



PAS TRA NA



EN EL NOMBRE DE LA GUERRA SUCIA

MANUEL
PASTRANA

JOAQUÍN
VIDAL

Memorias del guardia civil que se infiltró en ETA
y fue testigo del GAL y el 23-F

ÍNDICE

Dedicatoria

Agradecimientos

Nota de los autores

Presentación

1. El recomendado

2. El cocinero observador

3. Un agujero en el queso

4. Los recados de ETA

5. Una roja en las Arenas de Mascarrillo

6. El guardia tuerto

7. Treinta mil monedas de plata

8. Un *ABC* debajo del brazo

9. Un mal lance

10. Mis servicios más especiales

11. Lobo en una furgoneta

12. Mi 23-F

13. Agente de Interior

14. Matar al GAL

Epílogo. Hoy, que la memoria sigue siendo mía

Créditos

*A mis hijos, por permitirme dedicar casi toda
mi vida al trabajo sin quejarse.
A mi mujer, que siempre estuvo enterada de
todo lo que hacía y nunca dejó de apoyarme.
A mis compañeros de la Guardia Civil.
Yo fui uno más de los muchos que
lo dieron casi todo en la guerra
contra el terrorismo.*
MANUEL PASTRANA

*A mi padre, que siempre ha estado.
A mi hijo Lucas, que siempre estará.
A quien me ha recordado cada día que podía y
debía hacerlo. Suya es la inspiración.*
JOAQUÍN VIDAL

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Pilar Cernuda que viera esta historia desde el minuto uno, me pusiera en la senda y me avalara.

A la editora, que me ha alentado —y aguantado— a pesar de mis dudas y calamidades.

A José Luis Mora, que tuvo la paciencia de leer el original y saber picarme. A los amigos que han aportado granitos de arena y un rosario de frases que me han situado en la España de aquellos años.

Y a C.G., que nos presentó y nos guareció, envueltos en el humo de sus deliciosos habanos.

J. V.

NOTA DE LOS AUTORES

Estas memorias de Manuel Pastrana ni son exhaustivas ni son exactas en algunos pasajes. No por mala fe ni por ineficacia malintencionada del autor, sino porque muchos de los hechos siguen perteneciendo a la nebulosa de los secretos de Estado.

Manuel Pastrana es guardia civil y su vida profesional ha estado sujeta a la obediencia a los mandos. Y su carrera discurrió en unos años convulsos y violentos en la historia reciente de España.

En consecuencia, algún nombre es ficticio y otros se omiten voluntariamente, por razón del riesgo que correrían sus vidas o su reputación.

Los años más controvertidos del tiempo de servicio de Manuel Pastrana en el Cuerpo son aquellos en los que estuvo destinado en el Ministerio del Interior. En ese periodo el relato ha de ser especialmente cuidadoso y sutil, ya que hay hechos no solo aún no juzgados, sino desconocidos, que pudieran ser potencialmente delictivos por parte de terceras personas.

La opción que ha tomado el escritor de este relato ha sido completar la narración de Manuel Pastrana con la relación histórica de los hechos ya conocidos, con el fin de dar cuerpo al relato de aquellos difíciles años. Del mismo modo hay hechos protagonizados por Pastrana que están alterados en fechas en la narración, para hacer comprensible algunas circunstancias y sobre todo entender la forma de pensar y de vivir de aquellos servidores del Estado que se vieron obligados a enfangarse en la más pegajosa y sangrienta lucha contra el terrorismo.

PRESENTACIÓN

Me llamo Manuel Pastrana Griñán. Nací en Robledo en 1948 y soy subteniente de la guardia civil. Si soy el tipo ese que refleja el espejo veo a un hombre de casi setenta años, con el pelo blanco cortado a cepillo, bigote abundante y ojos azules. Tengo una cicatriz en la nariz, que hoy es ancha, pero antes era aquilina. He estado infiltrado en ETA dos años y he mandado en el GAL, participé en el 23-F y en muchas otras misiones del servicio. Me han disparado y nunca me dieron, he disparado y alguna vez acerté.

Soy un guardia civil que casi nunca ha llevado el uniforme, que me dejaba melena hasta los hombros, usaba pantalones vaqueros de campana y al que le han leído los derechos unas cuantas veces. Cuando yo estuve en el País Vasco, solo había dos tipos de guardias: a los que les habían leído los derechos y a los que no. Seguramente será, como me dijo mi primer teniente en mi primer destino: «Pastrana, usted es un ratón y ha nacido encima de un queso». Para quien a los diez años tenía que cuidar de los cerdos de la casa y a los doce era peón de albañil, estar destinado en un puesto de castigo de la Guardia Civil en Irún en 1973 resultaba ser un premio. Seguramente así empezó todo.

No, no acabo de reconocerme en ese hombre que ha echado tripa que veo en el espejo. Soy Manuel Pastrana Griñán y muchos dicen que soy el ejecutor de la guerra sucia contra ETA. No lo creo, lo que sí sé es que he sido uno de los tipos que más información ha manejado sobre ETA y que la mayor parte la he conseguido por mis propios medios.

Engañé a ETA, mentí un poco a mis jefes, declaré tres veces —dos ante el juez Garzón—, me he jugado la vida, he disparado y he guardado kilos de goma-2 a diez metros del dormitorio de mis hijos. Aunque apenas me reconozca hoy me puedo mirar al espejo porque hice caso al mejor consejo

que me dieron nunca —lo hizo un general al que siempre respetaré—: «Manolo, no mate, que luego todo se sabe».

No he matado pero sí han matado a compañeros. No he matado pero sí he prendido fuego, preparado bombas, huido, engañado y manejado mucho dinero. Soy un tipo al que dieron como primer destino un puesto de guardias castigados en el sitio más peligroso del País Vasco de los años de plomo, la década de 1970 y que, llámenme loco si quieren, allí vivió sus mejores años. Por eso seguramente he llegado vivo y libre al día de hoy y puedo dedicarme a mi huerto y a beber vino con mis amigos. Y seguramente por eso puedo contarlo. Y es lo que voy a hacer.

La guerra contra ETA fue dura, fue sangrienta y muchas veces fue sucia. Alguien tenía que hacerlo y la Guardia Civil ordenó que lo hiciera Pastrana. De entre los setenta y cinco mil guardias civiles que había, me tocó hacerlo a mí. Y así fue como lo hice.

EL RECOMENDADO

— **A** ver tú, el siguiente, pasa. ¿Traes alguna recomendación?

— Sí mi cabo, claro que la tengo.

— Dime. ¿Quién te recomienda?

— El alguacil de mi pueblo.

— Conque el alguacil, ¿eh? Pues te vas a Puntxas.

— ¿Y eso dónde es, mi cabo?

— Ya lo irás viendo. ¡Largo!

El día de la virgen, 15 de agosto de 1971, este guardia vestido de uniforme de paseo se presenta en el Tercio de San Sebastián, el 51 Tercio. Que me haya tocado el norte no me parece ni bien ni mal cuando estoy viniendo en el tren cruzando Castilla, nada más salir de la escuela de guardias de El Escorial. Ahora me tengo que ir a Puntxas, un puesto que depende del cuartel de Irún. En esa época no te llevaban ni se andaban con contemplaciones. De manera que este guardia de veintitrés años vestido con uniforme de paseo, con los correaes y todo, tricornio, mi máquina de escribir y la maleta de cartón se tiene que coger un tren que lo lleve de San Sebastián a Irún. Nadie me mira bien en el vagón. Más bien me miran mal.

Puntxas es en realidad un puesto de castigo. Yo no sabía lo que era un puesto de castigo hasta que me lo explicó un guardia aquí, en Puntxas. De veintiséis guardias que éramos, quince eran castigados, arrestados. Los mandaban al peor sitio, a la orilla del río Bidasoa, un poco al sur de Irún donde al mando de un sargento tienen que patrullar la frontera que marca el río Bidasoa con Francia.

Puntxas está en un pequeño acantilado, en el meandro del río, a pocos metros del agua, entre árboles. Una estrecha carretera que es carretera nacional nos separa del monte que tenemos a la espalda. La carretera es la que lleva a Pamplona y por ella pasan continuamente camiones pesados cargados

de metal para una fundición y áridos que se sacan río abajo. El sargento que me recibe en la oficina del puesto es bastante acogedor:

—No se preocupe, Pastrana, este es un sitio tranquilo. Quitando que la semana pasada nos pusieron una bomba de quince kilos, que por suerte no llegó a explotar...

Todavía no hay muchas muertes por ETA, pero pronto sabré que si ETA está en algún sitio, es aquí.

Como ya he dicho, soy Manuel Pastrana Griñán, de veintitrés años, nacido en Robledo, provincia de Albacete, y recién salido de la Academia de guardias. En su inmensa sabiduría la Guardia Civil me ha mandado a Guipúzcoa, al Tercio de San Sebastián, a la 511 comandancia, a uno de los puestos que tiene desperdigados marcando la línea del río Bidasoa que separa a España de Francia. Al sur tenemos el puesto de Mena y al norte ya está Irún, a seis kilómetros. Es la primera vez que llego más al norte de Madrid.

—Pastrana, para que se adapte bien a su nuevo destino, esta primera noche le toca la guardia exterior, a vigilar la puerta del cuartel.

—Sí, mi sargento, lo que usted diga.

En pleno agosto por la noche, del río saltan los cormoranes y debajo del puesto hay un gallinero del que no salen más que ruidos. Estoy aterrorizado y cada sombra me parece un etarra o un negro de los que cruzan a Francia. O alguien que me va a matar. Cargo el mosquetón que me han dado con bala en la recámara y me paso las horas apuntando a las sombras. Aquello que más tarde fue mi casa y hoy conozco como la palma de la mano. Me resulta hasta divertido acordarme de esa noche acojonado. Claro que en el puesto no había ni paciencia ni indulgencia con los guardias, menos si eran novatos. El sistema de trabajo es de ocho por ocho. Es decir, ocho horas trabajando, ocho descansando. Vuelta al turno de trabajo y paras a las ocho horas. Así de continuo hasta que llegue algún día libre, que es uno a la semana, si hay suerte y el sargento está de buenas. A los guardias solteros nos tratan un poco peor aún que a los casados que viven en unas casas fuera del cuartel.

A este puesto de castigo en el que hay alguna estufa y todo está lleno de humedades y piojos, pronto me entero de que lo llaman «la pequeña legión». No por lo bravos que son los guardias castigados, pobres, sino porque está lleno de delincuentes de uniforme represaliados por los jefes. Los medios no

abundan. Los seis kilómetros que hay hasta el cuartel de Irún hay que hacerlos o a pie o en bicicleta.

—La bicicleta se la tiene que comprar usted, Pastrana.

—Sí, mi sargento, lo que usted diga. A la orden.

La bicicleta que me compro de tercera o cuarta mano es rosa, de mujer pero barata, con dos bolsas a los lados. En una llevo el bocadillo con la bota de vino y en la otra la radio. Y así a hacer el servicio.

La Guardia Civil de 1971 no es un paraíso ni Franco la bendijo con demasiados medios. Hay algún Land Rover en el cuartel de Irún, algún «cuatro latas» (Renault 4L) y poco más. Los guardias vamos armados con una pistolita del calibre 9 corto. Hay mosquetones para los guardias, unos máuser y solo dos metralletas en todo Puntxas que son para el sargento y el cabo más antiguo. Así había que luchar contra ETA y otros enemigos de aquel Estado.

En Puntxas la misión principal es patrullar y poner puestos de vigilancia a lo largo del río, hasta un lugar llamado Endarlaza (Endarlatza). Hay desperdigadas por la orilla unas garitas hechas de ladrillo que no deben medir ni un metro setenta y cinco en las que si llueve nos podemos meter, aunque apenas cabemos. Yo creo que son lo menos de cuando las guerras carlistas. Muchos días el sargento nos vigila desde un puente, a cien metros de Puntxas, con unos prismáticos, así que no hay mucha escapatoria durante los servicios. Los vigilantes, vigilados. Es la Guardia Civil de 1971. Desconfianza y mala leche.

Además del cuartel de Irún hay tres puestos, Puntxas, Mena y otro en monte Igueldo, los tres de castigo. Los guardias que estamos en esta esquina de España no somos los más apreciados por la Dirección. La Guardia Civil manda aquí a los guardias descarriados y a los que solo tenemos recomendación del alguacil del pueblo. Se ve que somos carne de cañón para el Ministerio de Gobernación y los generales.

Lo que para muchos es un castigo para mí es una bendición. Me gusta Irún, me gusta la gente de Irún, los vascos. Yo había trabajado de cochiquero, ayudante de albañil y camarero en Albacete y Madrid, después de la mili y antes de la Guardia Civil.

Pronto me doy cuenta de que lo que sí hay son muchas posibilidades fuera del trabajo para un chaval de veintitrés años que, después de haber tenido que

cuidar de los cerdos en casa a los diez años, piensa que esto de estar destinado en un puesto perdido de la Guardia Civil es un regalo.

Tener a Francia pegada hace que Irún sea un sitio con muchos alicientes para un chaval. Y las vascas de la zona, bastante alegres y abiertas, una novedad para uno que viene de Albacete. Saco partido a mis ocho horas libres, de eso no va a quedar duda.

Hay tres discotecas entre Irún y los alrededores, aunque mi favorita es la Gwendoline. Mi favorita y la de otros guardias. Una noche nos llaman por la radio para que vayamos a Gwendoline de urgencia, que hay un escándalo allí montado. Resulta que el guardia Ramírez que es del puesto de Cabo Iguel, otro castigado, se ha presentado allí vestido de uniforme, con una capa y armado de un arco con flechas y estaba bailando como un loco. Vamos muertos de la risa, con las bicicletas.

—¿Pero qué haces con el arco y las flechas Ramírez? ¿Estás loco?

Lo que estaba era cocido en coñac.

—Es que como dicen que no podemos hacer daño a nadie, me he dejado la pistola y me he traído el arco.

—Andaaaa, tira para el cuartel, ¡loco!

No podemos hacer daño a nadie, pero depende.

En el puesto a veces hay tortas fuertes. Esto lo aprendo rápido también en la Guardia Civil y me impresiona. Hay guardias que tienen las manos que parecen piedras y de una torta le hacen una brecha al detenido. Luego hay que dar explicaciones pero no tantas. A veces las detenciones se arreglan con un par de guantazos, sobre todo las que tienen que ver con los que se saltan las normas de moralidad: parejas que se meten mano a hurtadillas, «maricas y tortilleras, Pastrana, eso no se consiente aquí». Aunque nadie nos libra de hacer papeleos en la máquina de escribir de carro pequeño. Por duplicado y si son atestados de accidentes de tráfico, que hay muchos, hay que coserlos con hilo rojo y dejar el margen de diez centímetros. En la Guardia Civil no hay bromas con las formas de los escritos.

A mí nunca me ha gustado hacer daño a los detenidos. Otra cosa es que te hayan disparado o pegado o intentado matarte y entonces se la devuelves. La torta.

—No lo detenga, Pastrana, que no podemos hacerle daño.

Manolo, *el Chichas*, es un vaquero que tiene el caserío a un kilómetro de Puntxas, monte arriba, no lejos de la carretera. Aunque tiene cien vacas es un bruto que no sabe ni leer ni escribir. Por eso me escamo cuando durante una patrulla por la orilla veo que hay cinco coches metidos en el granero donde guarda el pienso. Y se lo cuento al jefe del puesto.

—Mi sargento, ese es de ETA y lo vamos a detener.

—Pero no le haga daño.

—No se preocupe, mi sargento.

El guardia Pastrana de 1971 pesaba sesenta kilos y es fácil que el bestia de Manolo, el Chichas, estuviera en los ciento diez. El día que fuimos a por él, el hombre se echó a correr monte arriba, espantado, pero lo enganché rápido. Algo debía temer.

—Vamos, hijoputa, ¿de quién son esos coches?

En el puesto de Puntxas lo hacemos hablar rápido. Canta como un pajarillo a la media hora de que lo tengamos allí sentado, pero los etarras se han escapado. ETA está por todos lados, muchas veces se deja ver, incluso a veces es fácil de pillar, pero su cabeza se esconde en Francia. O sea, a cien metros de nuestro puesto. Al otro lado del río, tan cerca que los vemos casi cada día.

Fue una noche de servicio cuando vi al primer comando de ETA. Nuestro principal trabajo era vigilar que nadie pasara por el río. Hay que tener en cuenta que el paso fronterizo de Behobia está a seis kilómetros y que la carretera que discurre por la margen izquierda —la española de Franco, curiosamente— del Bidasoa es un corredor magnífico para soltar gente y que cruce al otro lado. Me tocó guardia con un cabo, de noche, no lejos de la curva de la muerte, en la orilla del río. Es lo que llamábamos un apostadero. Sí, parecido a la caza porque de eso se trataba, de esperar y cazarlos. Si podíamos.

Era de madrugada cuando se para en la carretera una furgoneta. El cabo me da un codazo:

—Prevenido, Pastrana.

Se bajan cinco sombras, que no se agachan ni nada, salen corriendo para el río. Aquí hay un paso en el que el agua del Bidasoa no te cubre más que hasta la rodilla. Cruzan a zancada rápida, pero tampoco corriendo.

—Mi cabo, hagamos algo. Esos son etarras.

—Quieto Pastrana, ni te muevas.

Van armados con metralletas, se ve cómo se balancea la sombra alargada de la metralleta colgada de sus hombros. Nosotros llevamos el mosquetón.

—Pastrana, si disparamos nos matan, que ellos van bien armados. Callado y a disimular.

Disimulamos viendo pasar a un comando etarra a Francia. En la otra orilla los estaba esperando otro coche.

—De esto no se da parte, ¿entendido?

—Entendido, mi cabo. Callados como putas.

Hay veces que es mejor callarse. Veo que se hace la vista gorda en la frontera, donde un guardia espabilado puede hacerse con un buen botín. Si eres un oficial, el botín además de en metálico puede consistir en una merluza y una botella de whisky cada semana. O angulas. Hay dos puestos fronterizos, el de Behobia y el puente de Santiago, los dos muy rentables porque el tráfico en la frontera está lleno de contrabandistas y de guardias con la vista nublada en ciertos momentos. La mezcla se hace clara para mí en pocos meses, hay un cóctel entre guardias civiles, contrabandistas y etarras entre el que tendré que navegar. Los contrabandistas son conocidos. Empresas de transportes o personas con nombres y apellidos, que todos en el puesto acabamos sabiendo. Se hace contrabando con todo, en aquella España de Franco. Pasan de un lado a otro vacas, camiones con tabaco, con pescado fresco, alcohol. Y se contrabandea con personas.

El límite sur de nuestra zona de patrulla es la casa del cartero, cerca de la curva de la muerte. Son unos seis kilómetros del puesto de Puntxas. El paisaje es siempre el mismo. Río, orilla, bosque, carretera, monte por el que huyen. En la Guardia Civil hay ley y orden y también enormes huecos y silencios que nos sirven a aquellos guardias castigados para sobrevivir a la espantosa burocracia y reglamentarismo de nuestros jefes. Una parte del tráfico que descubrimos en la frontera es el de personas, «los negros» los llamamos. Muchas veces a los negros nos los encontramos ahogados en el río.

—Esos son los ahogados, Pastrana. Yo te diré qué corresponde hacer cuando te encuentras a un ahogado.

—Lo que usted diga, mi cabo.

Rápido aprendo que si en nuestra orilla del Bidasoa aparece un ahogado, lo que hay que hacer es cogerle la documentación para hacer una ficha. Y, delicadamente, empujar el cuerpo hacia la orilla francesa. Nos encontramos ahogados muchos días en la orilla del río. Cartera para nosotros, cuerpo para la Gendarmería francesa. Y un parte explicando los hechos, pero que no hemos encontrado el cuerpo. Encontrarte un cuerpo es una faena importante. Tienes que sacarlo del río, avisar por radio a que venga el forense y el juez y los mandos del cuartel. Eso quiere decir fácilmente esperar al raso durante cinco o seis horas porque los señores jueces vienen cuando quieren, que puede ser cuando acaben en el juzgado, cuando acaben de comer o de jugar la partida con sus amigos. Y aquí, los guardias, helados con la humedad del río y un cadáver delante.

—Pastrana, usted los empuja delicadamente a la otra orilla. ¿Está claro?

Estaba clarísimo. Un buen guardia civil sabe cuándo tiene que meterse en problemas y cuándo no.

Una noche de invierno me toca patrulla por la zona con el guardia Sánchez. Nos acercamos a la casa del cartero. Antes habíamos pasado por la casa de María, que vivía debajo de Manolo, el Chichas. María es muy amable con nosotros y nos suele abrir la puerta. Un poco de calor, secos y un enorme vaso de leche cremosa que nos pone en la mesa con tapete de hule. Las mujeres vascas son muy amables. No solíamos ir demasiado ni dejarnos ver por la casa del cartero. Allí vivía una mujer que estaba empeñada en que nos casáramos con su sobrina.

—Pasen, pasen, que les invito a merendar.

Pero claro, te sentaba a la mesa a la sobrina, que era fea y casi parecía un hombre, gordota y sonrosada. Encima la chavala nos miraba con cara de mala leche.

—Sánchez, ¿este chico es nuevo, no?

—Sí, señora, me llamo Manolo y soy de Albacete. Acabo de llegar.

—Pues qué ojos azules. Te voy a presentar a mi sobrina.

No tardaba en llegar la oferta matrimonial.

—Muchas gracias, señora, pero yo sin permiso de mi madre no me puedo casar, ya se hace usted idea.

Esa noche la señora debía dormir, estaba todo apagado. Pero Sánchez se empeñó en ir allí.

—Noto algo raro, Pastrana.

¡Joder algo raro!

—¡Alto a la Guardia Civil!

Intentaron salir corriendo, moverse, pero el tricornio, la capa —por algo somos los cigüeños—, el mosquetón, la cara de mala leche... Se quedaron quietos. Había allí una partida de «negros» que alguien, seguramente la señora de la casa, iba a pasar a Francia. Eran dieciocho, acojonados, empapados y helados. No tenemos grilletes para dieciocho prisioneros, joder.

—Sánchez, esto es un lío, ¿qué hacemos?

No cabe duda de que Sánchez era un guardia con recursos. Se acercó a la casa del cartero mientras yo me quedaba apuntando con el mosquetón a los detenidos. Un mosquetón sin bala, pero eso ellos no lo sabían. Aparece al cabo de un rato con cuerdas. Pero ¿qué quiere este loco con las cuerdas?, ¿que los atemos? Pues sí. Un tipo con recursos.

Sánchez fue atando uno a uno a los «negros», pasando las cuerdas por el cuello y luego por las muñecas. Así los dieciocho detenidos. Y con los dieciocho hacia el cuartel por la carretera, con el txirimiri incansable corriendo por nuestras capas y los tricornios.

La estampa debía ser como para ser vista: dos guardias con rifles largos custodiando una genuina cuerda de presos seis kilómetros río arriba. El guardia de la puerta de Puntxas se quedó espantado. Y el sargento más.

—Pero ¿qué hacemos con dieciocho presos? Anda, llama a la comandancia. Es que no aprendéis.

En las patrullas por el río, en las literas de Puntxas, en cada atestado, con los guardias castigados de aquel puesto perdido de la Guardia Civil pensado más como penal de trabajos forzados para carne de cañón que como centro policial, fui aprendiendo lo que era un lío y cómo evitarlo. Las rendijas del sistema, la mejor escuela para alguien que iba a pasar veinticinco años de su vida luchando contra ETA por todos los sistemas y en su propia guarida. Aunque nunca he sido de los que rehúyen los problemas, que a veces te llegan sin darte cuenta. O rodando.

Los guardias también teníamos que hacer lo que la Guardia Civil llama «controles aleatorios». O sea, ponernos en la carretera y parar coches para pedir la documentación. Había que vigilar de dónde venían y a dónde iban. El objetivo prioritario eran los coches que llevaban radios porque eran con toda seguridad enlaces de comandos etarras. Etarras en resumidas cuentas. Aunque también podíamos encontrarnos con sorpresas, como la noche en que pescamos a un capitán jurídico del Tercio borracho como una cuba en un coche cargado de prostitutas.

—Usted mira para otro lado y nosotros seguimos.

—Mire mi capitán, que eso no podemos hacerlo.

—Te vas a enterar de quién soy yo.

—No, mi capitán, esta noche se va a enterar usted. Se baja de coche y nos da la documentación, usted y todos los que van dentro.

Sortear los «huevos» —ese castigo que te meten por detrás y duele tanto—, los líos, los problemas. En la Guardia Civil de la década de 1970 destinada al País Vasco casi todos tenían más que callar, que piarlas. Y pronto el ojo se me entrenó para detectar los camiones que entraban de matute, de qué pelaje eran las acompañantes de los jefes y si la merluza era de contrabando. Que con el sueldo de un guardia civil solía serlo.

Ganaba destinado en aquel agujero maloliente que se llamaba Puntxas menos de cinco mil quinientas pesetas al mes. La Guardia Civil me daba de comer —malamente pero caliente— y dos uniformes, uno de paseo y otro de faena. Cada dos o tres meses se pasaban por el puesto los sastres para tomarnos medidas y encargarnos los uniformes, que qué se pensaba, pagábamos los guardias. Un uniforme costaba unas dieciocho mil pesetas y firmábamos letras para pagarlos durante años.

Alrededor, se cocían los negocios, el contrabando, había dinero. Y ciertas formas de poder con las que iba a entrar en contacto, casi sin querer. Una de las cosas que nos encargaban de servicio era hacer controles. Se formaban unas caravanas de kilómetros, pero era nuestra obligación. Una tarde de domingo, el momento favorito de caza de la Guardia Civil de entonces, colocamos el control cerca de Irún. Había lo menos dos kilómetros de atasco, cuando veo que un coche se sale de la cola y enfila hacia nosotros. «¡Hostia que nos mata!», le digo al guardia Miguel, que se queda paralizado, ni saca el

mosquetón. Yo llevo la mano a la pistola, pero el coche se para cuando se me estaba saliendo el corazón por la boca.

—¡Alto!

—Tú, déjanos pasar, ¿no sabes quién soy?

Pues no lo sé, pero lo que sí sé es que vislumbro por la ventanilla las tres estrellas doradas de un capitán que va de copiloto. Capitán, pero católico no iba.

—Salgan del coche, por favor.

El capitán tenía la mirada torva como las mulas de intendencia. Miraba para abajo conteniendo la furia. Conducía un paisano al que pido la documentación.

—Es usted Juan Antonio Lecuona. ¿Profesión?

—Periodista.

El capitán se arranca hacia mí, un torbellino de furia.

—¿Es idiota? ¿No sabe que soy el capitán jurídico? ¡Deje paso, idiota!

Oí el clinc, clinc como si pasara en otro sitio. ¿Será hijoputa?

Luego noté el ras, justo a la vez que el agarrón.

—Me ha roto usted el uniforme.

Mis dieciocho mil pelas a remiendo. Será hijoputa este capitán. Está borracho y lo apunto con la metralleta.

—¡Idiota! ¡Le voy a quitar la ropa por idiota!

—Me ha roto usted la guerrera y queda detenido en este momento.

Para ser un especialista en evitar «huevos» y «marrones» y líos innecesarios me acabo de meter en uno mayúsculo. Nos llevamos detenido al capitán y al tal Lecuona en su propio coche. Entre el vaho y el aliento a whisky del capitán y su amigo y el miedo que tengo, me estoy mareando. Directos a Irún, esto en Puntxas no se ventila. Como dos boxeadores entre asalto y asalto, el capitán está a un lado de la habitación, fumando nervioso y yo sentado en la otra esquina. Nunca he fumado pero ese hubiera sido un buen momento para hacerlo si es que el temblor me hubiera dejado agarrar el cigarrillo.

—Esperen que ya viene el capitán de la compañía.

Irún es una compañía de la Guardia Civil y la manda un capitán, seguramente compañero de academia de este. O al menos se sentirá tan sangre azul como este hijoputa frente a un guardia de pueblo destinado en un puesto

de castigo. Estrellas en el hombro frente a la carne de cañón que el Cuerpo manda al norte.

—Pues ha hecho usted bien, Pastrana. El uniforme es tan sagrado como el servicio. Puede continuar.

El guardia Miguel sale escopetado del cuartel por si cambia el viento y acabamos los dos con un «huevo» metido donde más duele. «Pastrana, es usted un ratón y nació encima de un queso». Por si acaso voy a dejar de poner en apuros al patrón de los ratones.

Una tarde nos mandaron ir a un accidente de tráfico en la carretera a Pamplona. Cuando llegamos había un verdadero estropicio, había querido Dios que sin muertes. Bueno, sin muertes humanas porque delante del capó del Seat destrozado había una vaca destripada y reventada. En la escena del crimen, el paisano dueño de la vaca y un abogado de los potentes de Irún.

—Fíjese, guardia, qué desgracia.

—Nada, no se preocupe que esto se arregla enseguida.

—Vamos a hacer el atestado entonces.

—Usted no se preocupe. Siga tranquilo, no se preocupe por nada. Yo me encargo de redactar el atestado y se lo llevo al cuartelillo.

—¿Sabe lo que pasa? Que tengo una máquina de escribir. Y ese paisano lo que ya no tiene es una vaca.

—¿Pero qué dice?

—Pues eso, que me va a perdonar usted pero el atestado lo redacto yo y va usted a pagarle la vaca al paisano, que no tiene la culpa de nada.

Un guardia civil de mala leche no era poca cosa entonces en el corazón de Guipúzcoa, por más que fuéramos más pobres que las ratas. Pobres, con uniformes contados, a pie o en bicicleta. La bicicleta, quién lo iba a pensar, era hasta un elemento táctico en aquella Guardia Civil. Como íbamos en bicicleta, nadie nos oía llegar. Para un chico que sale de Albacete al gran mundo había muchas cosas que no sabía ni que existían y que iba a descubrir en aquel puesto remoto del País Vasco.

Una de las principales luchas del cuerpo aquellos años seguía siendo la moralidad. Dar un susto de muerte a las parejitas que se escondían en las orillas del río era casi un pasatiempo para nosotros. Luego nos partíamos de risa al contar las hazañas y cómo estaban las chavalas en la intimidad

maloliente del puesto de Puntxas por las noches. La bicicleta y su silencio. Por eso aquella tarde no nos oyeron llegar. Íbamos no lejos de Mena, casi en los límites de nuestra demarcación. Además, aquella tarde a Sánchez no le dio por parlotear que era lo habitual en él. En silencio pedaleábamos, yo mirando con cierta envidia lo verde de los huertos y pensando en lo seco que era todo en mi casa. Afloraban unos buenos repollos allí. Cuando un sitio es tan húmedo, además, los sonidos se amortiguan. Los cencerros de las vacas llegan como con sordina, apagados, no vivos y nerviosos como en Castilla. El caso es que las bicis resbalaban suavemente por el asfalto granulado sin hacer más ruido que el bisbiseo de las gomas contra los granos de asfalto. El mosquetón terciado a la espalda, el tricornio calado, zas, zas, un pedaleo detrás de otro, suave, sin prisas ni fatigas.

Las vi yo. Bueno, mejor dicho, vi el movimiento en unos arbustos, cerca del río. Siempre he tenido ojo de cazador. Ojo y oído, aunque seguramente hoy esté medio sordo por los tiros de la caza, precisamente. Un movimiento, un frufnú sutil de ropas, casi imperceptible.

—Sshh, despacio, Sánchez.

Así, con sigilo, las vimos. No eran feas, no. Tenían la blusa desabrochada, una mano en la entrepierna de la otra, hermosas tetas al aire húmedo del Bidasoa.

—¡Alto! ¡Guardia Civil! ¿Qué hacéis?

—¡Ay, madre!

El hallazgo no era pequeño. La mujer de un conocido político liada con la de un jefe de la Policía. Un escándalo. Un lío. Un marrón. Tanto para ellas como para nosotros.

—Vestíos, joder.

—¿Qué nos vais a hacer?

—De momento vestíos y ya veremos.

La mujer del político, era morena, me mira fijamente y me dice:

—Te hago lo que quieras. Pero no cuentes nada.

Sánchez me pega un empujón.

—¡Pastrana! Manolooooo.

—Calla, coño.

Nos vamos a un aparte, a unos metros de ellas. No se van a escapar porque no pueden y porque da igual donde vayan. El lío ya está montado. O no. Depende. Aquí hay que ser muy fino, Manolo.

—Mira Sánchez, ¿qué dices?

—Que están muy buenas y que vaya la que se va a montar.

—Vamos a dejarlas ir.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—No.

Me volví a ellas, ya se habían abrochado la blusa. Bajado las faldas. Recompuestas, pero mirando al suelo. La mujer del policía parecía avergonzada. La otra estaba mirando al fondo, hacia el río, pensativa. Si un guardia civil daba parte de su actitud, que atentaba contra la moralidad, ya estaban listas y se podían dar por acabadas. Y lo que no tuviera consecuencias legales las iba a tener en su vida por la calle porque iban a ser el hazmerreír y el escarnio de todos. Y para nosotros era un grave problema.

—Tú, guardia, te hago lo que quieras. Te doy lo que quieras.

—No, no me vas a hacer nada ni me vas a dar nada porque ninguno de los dos íbamos a disfrutar. Fuera, para el pueblo, marchaos.

—¿Así, sin más? ¿Vas a decir algo?

—No voy a decir nada.

Se marcharon en sus bicicletas. Bicicletas, verano, amor. Irún, Puntxas, tricornio. Bicicleta. Me cago en la bicicleta y la madre que la parió.

—Sánchez, ¿nos echamos un trago?

—Tira, dale a la bota.

—Sánchez, piensa que no lo iban a pasar bien y nosotros tampoco. Y que nos hemos quitado un lío de encima. Y además tú estás casado.

—Que sí, que sí, fuera hostias.

Irún, con sus cielos grises, su txirimiri y el humo de las fábricas, era una primavera para un guardia que salía de Albacete y tenía veintitrés años.

EL COCINERO OBSERVADOR

Cuando recuerdo Puntxas me vienen los olores a humedad, a maderas carcomidas, a pies y pedo de algún guardia marrano, a ropa poco lavada, a cuerpos sudados y a puchero. Puchero malo y pobre. Ojo, que había quien comía merluza fresca de pincho, pero no era en el puesto destartalado de Puntxas, donde estaban los malos y los guardias sin recomendación. En el puesto había un guardia cocinero que tenía que alimentar al pelotón de veintiséis castigados y poco recomendados que estábamos allí destinados. Mucha patata, mucho agua, grasa rancia. Una tortura, como para dársela a los detenidos y bastante hambre.

Menos mal que de vez en cuando, patrullando por los caseríos, alguna paisana nos daba un gran vaso de leche. Leche generosa, cremosa, color blanco roto, que dejaba espuma en el vaso y olía. Leche fresca de las vacas de allí, que si se quejaban de algo, tendrían que ver mi tierra, seca como las ubres de las vacas manchegas. Leche que sabía a pastos feraces y para distraer a los guardias, que no miraran mucho, ni el contrabando ni los movimientos de tipos con barba. Sospechosos siempre. La leche buena, siempre fuera del cuartel. Caseríos donde se hacían buenos chorizos de cerdos blancos y enormes. En el puesto había disciplina, ley, orden, patria. Fuera, odio a la patria, contrabando, terrorismo y prosperidad a ojos vistas.

Y en el puesto también había enfermedades casi de posguerra. Una mañana nos dijeron que el cocinero, el guardia Miguel, había caído enfermo de paperas. Muchos pensamos que caía enfermo de probar sus guisotes y sus pucheros, pero no, fue de paperas, una cosa peligrosa a ciertas edades. Tanto que se lo llevaron al hospital de San Sebastián en un «cuatro latas» de servicio con los colores de la Guardia Civil, tirado en el asiento de atrás.

—¿Quién se atreve a cocinar?

El brigada que venía de Irún me estaba abriendo una puerta a escaparme de las patrullas con los pies helados, el mosquetón a cuestas, pedalear de un lado a otro de la orilla del río. De que me acribillara un comando una noche de esas que te los encuentras de casualidad.

—Con su permiso, mi brigada, yo puedo hacerlo.

—¿Pero sabe usted cocinar o solo se quiere escaquear?

—Algo sé, mi brigada, pruébelo. Hago la cena esta noche y usted me dice si le gusta o no le gusta.

—Pues nada, Pastrana, a cocinar. Nos va a hacer usted las comidas.

—Lo que usted mande, mi brigada.

Lo que no hacía de vigilancia por el río me lo tuve que comer levantándome todos los santos días a las seis y media de la mañana, a oscuras, para hacerme cargo de la cocina. No es que compensara mucho pero me sentía más libre. Esto de cocinar a los guardias nunca he dejado de hacerlo hasta en los momentos y sitios más insospechados. Pero ya llegaremos a eso.

En Puntxas cada día tenía que preparar la sopa y sobre todo la verdura para la noche, que es cuando se juntaban casi todos los guardias. Cocinar para veintiséis no es complicado si sabes sazonar la comida. Para mí eso nunca ha sido un misterio. Mi madre nunca supo ni leer ni escribir pero era la mujer más lista que he conocido y no es pasión de hijo. Tenía mano en la cocina, en la costura y con las hierbas. Tanto, que hacía hasta las urgencias médicas en el pueblo. Cuando una mujer se ponía a parir por la noche en Robledo era un problema importante, el médico estaba a una hora de allí. Entonces llamaban a mi casa para que fuera mi madre a sacarlos del apuro. Traía el niño al mundo y recomponía a la parturienta.

Pues en la cocina pasaba lo mismo, tenía mañas que yo aprendí de crío sin imaginarme que iba a tener que usarlas para dar de comer a veintidós brutos, dos cabos y un sargento con cara de mal vinagre. Conmigo veintiséis a la mesa. Ser cocinero supone irte cada mañana a Irún a hacer los recados, no solo de la cocina y sus fogones y despensa. Comprar, ir al puesto-cuartel, llevar los papeles, recoger el correo de Puntxas y de los guardias. Empecé a recorrer Irún en bicicleta vestido de paisano con las bolsas de la compra metidas en las alforjas de aquel trasto de señora y cuarta mano. Entre recado y

recado por el pueblo había margen para un café en alguno de los bares y empecé a entender aquello a base de fijarme en los parroquianos. Para mirar.

Me daban cinco mil quinientas pesetas para hacer la compra del mes. Tenía que hacerlo en el economato para funcionarios que había en Irún de manera que, el dinero que me daban los guardias —y que habían cobrado del Estado— para comida lo recuperaba el Estado en el economato. Lo que pasaba por en medio era el gazzate de los guardias, su estómago y unas pesadas digestiones con la grasaza que nos metía aquel bestia de cocinero. No sé lo que hacía el guardia cocinero, Miguel, pero yo las cuentas las llevé con orden, de manera que convine con los guardias que lo que sobrara nos lo repartiríamos a final de mes. O sea, que algo podíamos sisar al Estado tragón para el bolsillo de los guardias hambrientos. Justicia Benemérita, vamos. Fueron esos días en los que entré a tomar un café por primera vez en el Faisán.

Jiu, jiu, jiu... la risa de Joseba es de las que no se te olvidan. Un gigantón fanfarrón y no mala persona que trabajaba para ETA. Bueno, eso aún no lo sabía, ni yo, ni creo que nadie. El gigantón trabajaba poniendo cafés y coñacs en la barra del Faisán y en los negocios que tenía alrededor. Entre otros, el alquiler de coches con Avelina, su mujer. Este bar chiquitujo, con un restaurante a la espalda que era también de Joseba, está justo en la parte española del paso fronterizo de Behobia. Visto desde Francia, la secuencia es la siguiente: Behobie (Francia), gendarmes, paso fronterizo, guardias civiles (generalmente espabilados), bar Faisán, España. Así, tal cual. Desde el Faisán: guardias corruptos, frontera, libertad a la francesa. Tal cual, créanme.

La primera vez que vi a Joseba se estaba riendo con esa risa grave que acababa en u, jiu, jiu, jiu. De momento para mí era un gigantón fanfarrón que me ponía el café, algunos días el sol y sombra. Luego sería mucho más. También su mujer, la Avelina. Mucho más. El Faisán era uno de los muchos sitios a los que iba por las mañanas. Cuando eres guardia civil en la España de la década de 1970, hay pocas alegrías en la vida y escasas posibilidades de sisa. Yo lo que sisaba era tiempo. Tiempo para ver, para oír. Para tomar nota.

Una cara es difícil que se me pase por alto. Hoy día, retirado y todo, cuando estoy de viaje, e incluso en el pueblo, ver dos veces la misma cara en diferentes sitios y a diferentes horas me hace ponerme en alerta. Un guardia civil que ha estado destinado en el País Vasco nunca se sienta de espaldas a la

puerta ni deja pasar una cara que se repite. Para un guardia en el norte, una cara repetida que se te pasaba por alto podía significar que te limpiaban de este mundo. No existen las casualidades. Y sí los que te quieren limpiar o enterrar vivo. Y hablo por experiencia, ya se imaginan.

Por eso aquella mañana, cuando bajaba por la calle Fuenterrabía sin pedalear, aprovechando la gozosa inercia de mis setenta kilos y cinco más de compra que llevaba en las alforjas, traqueteando con el empedrado del pavimento, se me levantaron las cejas. Y frené.

Tardé unos segundos en recomponer la escena en el espacio-tiempo. Aún no lo podía saber, pero esto que acababa de ver me iba a salvar la vida dos años después. Sí, el tipo chulo, moreno, gordito y con boina, ya lo he visto alguna vez. La boina tapa un cráneo calvo, con pelos echados a un lado al estilo persiana. Lecuona Narvarte, Juan Antonio. Domicilio en Irún. Profesión, periodista. Esa era su filiación. La que yo había tomado. Con los años la «c» de Lecuona pasó a «K» de Lekuona, pero entonces no estaban para estas cosas, Franco seguía vivo y coleando en el Pardo. Lecuona Narvarte, Juan Antonio, detenido junto a un capitán jurídico borracho que rompe las guerreras de los guardias honrados en un control de carretera.

¡Mira al hijoputa!

He frenado la bici y me he echado a un lado, detrás de un coche. Voy de paisano, de manera que no llamo la atención, no hay muchos coches circulando y sí bastantes bicis de los que se afanan haciendo recados por la mañana brumosa. Huele a estufas y catalíticas en Irún esa mañana, los olores aplastados por las nubes bajas, algo de humedad podrida de la ría. Un dato te puede salvar la vida y mis ojos registran la escena aún hoy con precisión. Lecuona, con uno de esos trajes con pantalón estrecho y corbatita oscura estrecha que no le tapa la tripa se acerca, bamboleándose con majeza, a una esquina. Allí está esperándolo otro trajeado, más estirado, el pelo engominado. ¡Me cago en la leche! El comisario de policía. Se pasan unos papeles.

Frontera, guardias pobres como ratas, gendarmes; frontera, negocio, espabilados, contrabando, barbudos. Todos los datos entran en forma de cartas de una baraja en la cabeza de un guardia civil con mala leche. Vale. Antes de que me vean, me lanzo a rodar cuesta abajo otra vez, mirando al frente. Nadie

se altera por el traqueteo de las coliflores en las alforjas. Voy de paisano, claro.

Manolo, la cagada del control te pudo salir carísima. Este tipo se anda de borrachera con un capitán y en tratos con el comisario. Un guardia que quería sobrevivir en el norte tenía que guardar cada dato como una ficha en el disco duro de la cabeza, aunque entonces al disco duro de la cabeza lo llamara el archivador, pero en lugar de disco duro yo tenía una Olivetti portátil de carro pequeño y un trasto de metal verde con cajones pequeños, tamaño ficha.

Joseba Elosúa, dueño del Faisán, y Juan Antonio Lecuona Narvarte, periodista de la agencia EFE en Irún, también de Radio Irún. Seguro que entonces no se percataron de la existencia de un guardia no muy alto, de ojos azules, bigote y pelo a cepillo. Ya nos veríamos más adelante. La información es clave para la supervivencia. Y lo que ya me quedaba claro es que pocas cosas eran lo que parecían a primera vista en esta esquina al norte del norte, en la sinuosa frontera con Francia.

Yo de momento vivía mi día a día entre mis pucheros.

—Pastrana, sabe usted sazonar la comida.

—Lo que usted diga, mi sargento.

Este negociado en el que no hago servicios de patrulla ni controles me da tiempo libre para acercarme por Gwendoline, Penélope y otros antros de perdición para un mozalbete de Albacete, con tal de estar en pie a diana a las seis y media de la madrugada. El fanfarrón de Joseba me cae bien y yo a él también. Y a Avelina, que tiene mucho peligro, pero de otra modalidad, también le caigo bien.

Fue por aquel tiempo cuando me vino a ver mi padre. El hombre agarró su maleta de cartón en el pueblo y se cogió el tren que tardaba casi doce horas en llegar de Madrid a San Sebastián. ¿Era mi padre un rojo? Si se lo digo a él se cae de espaldas del susto. Y también si el hombre se entera de las leyendas que circulan por ahí sobre él. Mi padre fue de esa quinta que tuvo la triste suerte de tener que coger las armas para dos guerras. De la primera salió vivo por azar, la de África. Era uno de esos quintos que pasaron tres años de mili en el Rif pegando barrigazos esquivando a los «pacos» —los francotiradores rifeños se conocían como «pacos» por el pac que hacía el chasquido de los

fusiles de cerrojo que disparaban— y recibiendo bofetadas de los oficiales soberbios. Todo por la patria. ¿Le hizo eso ser comunista? Pues mire, pues no.

Luego llegó 1936 y los dados del llamado Alzamiento hicieron que mi padre cayera en el trozo de tapete republicano. Se ve que a los Pastrana nos persiguen los líos. Pocos meses antes del derrumbe de 1939, el hombre, veterano de África, con ojo de hombre de campo y cazador, vio que aquella empresa iba a la quiebra. Una noche se escaqueó por la línea y logró no ser uno de los «cautivos y desarmados» antes de que el ejército de Franco llegara a sus «últimos objetivos militares». No sé cómo convenció a los nacionales para que le dejaran en paz. El resto de su vida, en la que no tuvo un fusil máuser en las manos, lo que tuvo fue una azada y un serón. Hasta que la artritis hizo que el niño Manolo se tuviera que encargar de los cerdos y de llevar un jornal a casa. También le dio tiempo a enseñarme a cazar, pero de eso ya hablaremos.

El caso es que el hombre se vino para recoger el cadáver de un familiar que había emigrado para trabajar en una fábrica vasca y acabar ahogado en la playa de Zaráuz, que ya hay que ser desgraciado en esta vida y en la otra. Lo que pasa es que en que la familia, recursos no había y la tierra es cara en el norte, hasta para el descanso eterno. Esto es como el chiste de la vaca y el paisano, no tengo explicación para el lío; a resultas de un follón tremendo y de casualidades, acabé teniendo que hacerme cargo del cadáver de mi primo lejano, ya reducido el cuerpo tras años de su muerte. Mi padre, como cabeza de respeto de la familia, vino a solucionar el asunto y de paso a ver a su hijo Manolo, del que solo sabe por carta. Pocas cartas recibe más, pero alguna hay.

Lo recuerdo nítido. Mi padre sentado en el camastro de mi camareta, la maleta en el suelo, la boina quitada, con una chaqueta sobre el jersey hecho a mano por mi madre.

—¿Y qué hay del primo, Manolo? Hay que hacerse cargo. ¿Cuándo vamos a por el cuerpo?

—Padre, usted tranquilo, no se ponga nervioso, pero si baja la mano, en la bolsa que hay debajo de la cama, ahí está.

—¡Pero te has vuelto loco!

—Bueeeeno, algo había que hacer. Se lo lleva usted en el tren, ya le diré cómo.

—En el tren, en el tren... Este frío te ha vuelto loco, Manolo.

Yo había ido a buscarle a San Sebastián en un Gordini de los de alquiler que me había dejado Joseba. Para explicarlo mejor, el coche era de Joseba, de su negocio, pero me lo dejó Avelina. Mi padre, impresionado al verme al volante de un auto. Después de lo del cadáver, espeluznado.

—Padre, no se imagina lo que se puede hacer con un carnet de guardia en el bolsillo.

—Manolo, es que no quiero saberlo, hijo.

Mi padre conoció a mis novietas, ninguna muy seria, comió a cuerpo de rey, vio el mar y concluyó que yo me había adaptado muy bien al norte, casi demasiado bien. Lo de las novietas —cada noche cenábamos con una de ellas— le tenía preocupado.

—Manolo, ¿no te estarás metiendo en un lío, hijo?

—¿Acaso alguna es fea?

—No, muy majas las tres.

—Pues entonces no hay de qué preocuparse, padre.

—Vale, pero a madre no se lo cuento.

Mi padre se volvió en el tren para Madrid, luego a Albacete. Esta vez con dos maletas.

—Lo más importante, padre, es que no se separe de la segunda maleta, no la deje por ahí. Si ve a dos de paisano mirando, hágase el paleta y no abra la maleta. Si le preguntan diga que lleva a un muerto y ya verá cómo no hacen caso.

Tener un carnet de guardia civil en el País Vasco de la década de 1970 podía ser un chollo a veces. El uniforme daba a la gente tanto respeto como repulsión. Yo por eso, desde entonces, prefería moverme sin uniforme, con el carnet y la pistola del 9 corto en el bolsillo. Y mejor solo que acompañado. Los compañeros suelen ser un engorro, por mucho que la Guardia Civil haya inventado el recurso táctico de la pareja. Hay gente muy torpe. Así, solo, sin miedo —porque la verdad es que aún no había demasiadas muertes en el norte—, me movía por Irún y Fuenterrabía. Fuenterrabía —ahora Hondarribia, de la misma manera que Lecuona es Lekuona— es mucho más bonita que Irún, el

final de la ría y el mar. Es donde están las mansiones, los edificios de piedra históricos. Allí hay buenos bares y también alguna discoteca, donde nos juntamos con los del puesto del monte Igueldo. Con coñac y whisky de por medias, no hay noche mala. Pero el meollo del asunto estaba en Irún.

Está claro que los guardias vivíamos ajenos a lo que pasaba en realidad, por debajo de esa superficie de fábricas, de caseríos y de pescadores. En aquellos tiempos las redes sociales eran las multicopistas. Sí habíamos detectado que ETA estaba distribuyendo propaganda por la zona en forma de panfletos y boletines, aunque ninguno llegaba a las manos de un guardia civil, por supuesto. La red de distribución estaba poco clara, nadie sabía dónde se imprimían, pero una, o dos, o decenas de «vietnamitas» estaban fabricando papeles de propaganda de ETA que se movían a toda velocidad por el pueblo. Era como si hubiera dos realidades. Los guardias, con el capote, el tricornio y el mosquetón patrullábamos sin descanso orillas, carreteras, mugas y calles. Pero solo vigilábamos la superficie.

Pronto descubrí que lo interesante de verdad se movía subterráneamente. O a veces no tan escondidamente. Veíamos pasar coches extraños, barbudos de un lado para otro, cruzando el río. Silencios incómodos cuando entrábamos en un local o al visitar un caserío. Si había algo en esta esquina de la España de Franco eran las redes clandestinas. Redes clandestinas para traficar con vacas francesas, con puros, angulas, alcohol, contrabando al fin. También para traficar con personas, pasando emigrantes clandestinos al maná francés, a la riqueza y la libertad.

Esas mismas redes movían algo mucho más peligroso. Peligroso para los guardias, para los militares, para los policías, para los funcionarios, para el Estado, aunque no lo supiera, para la misma sociedad vasca. Un monstruo autodestructivo, entonces no se veía tan claro, que crecía en graneros, traseras de las iglesias, las casas, los caseríos, por el monte. Aprovechando las vías de un lado para otro, los escondites, los recursos y las mañas del contrabando. Así ha funcionado siempre ETA.

De momento lo que tenía de cabeza a los del Servicio de Información eran los boletines de ETA, los papeles que aparecían por todos lados con propaganda. Pero es que para descubrir algo, no vale solo con la mala leche intrínseca del tricornio. Hay que saber mirar. A mí el alcohol nunca me ha

afectado demasiado. He sabido alternar y he tenido que alternar mucho en esta vida, pero nunca he perdido la mirada clara ni la serenidad. Muchas veces me iba la vida en ello. Empecé a coger afición a ir a tomar un coñac por las noches al Faisán. Me gustaba el ambiente, me gustaba la risa de Joseba, me gustaban las mujeres que allí había. Alicientes no faltaban.

Y yo también gustaba allí.

—Manolo, ¿un café?

—Mejor va a ser un coñac, que está la noche fría.

Con los meses, conseguí ser parte de la parroquia. Ellos sabían que era guardia, claro, muchos me habían visto de uniforme con el tricornio patrullando. Lo que pasa es que no era yo uno de esos guardias estrictos y reglamentaristas. Bueno, me voy a permitir algo ahora que estoy jubilado: uno de esos gilipollas que abundan y la van fastidiando por donde pasan. Hay que ser flexible y listo. Un ratón en un queso. Y el bar de Joseba, el Faisán, era un queso.

La radio con música, un matrimonio que era de Plasencia de las Armas, Joseba, Avelina, dos paisanos de los de boina, la camarera de turno, fuera lluvia y frío. Visto desde fuera, el Faisán era una luz cálida en medio de un panorama frío, invernal y gris. ¿Cómo no iba a acabar Manolo allí? Casi acabé siendo más vasco que ellos, pero nunca ocultando que era un guardia civil. Soltero como estaba, por magro que fuera el sueldo de la Guardia Civil, sí me daba para alternar por las noches, aunque a la mañana siguiente me tuviera que levantar a mis pucheros. Se hablaba de fútbol —que no ha sido lo mío—, de la gente del pueblo, ellos de sus traineras, de negocios, algo de Franco, siempre para mal. Pero con cuidado.

«Manolo, eres un buen tipo, jiu, jiu, jiu». Hoy veo la foto de Joseba, que preside una de las paredes del Faisán en homenaje y recuerdo al fundador y lo veo ya canoso, grande como siempre pero más delgado, con esos ojos bovinos y de tipo generoso. Ay, Joseba... Las noches se hacían alcohólicas y confusas. No tanto como para que yo viera los papeles que había en el bar. Con el *Marca* y el *Diario Vasco*, allí estaban los boletines de ETA, el *Zutabe*. Con naturalidad, yo leía el *Zutabe*. Y lo escaqueaba dentro de la zamarra en esas noches espesas de alcohol, canciones y en las que todas las barreras sociales

se derribaban. Ay, Joseba... Esos días Joseba delante de mí, de ETA no hablaba. Ya hubiera sido fiarse mucho de mí.

He vuelto este invierno al Faisán, con mi disfraz actual de jubilado. Más panzón, el pelo blanco a cepillo, un jersey de Ralph Laurent que me ha comprado Manoli, zapatos cómodos. Joseba ha muerto hace un tiempo, no mucho, ya nadie me reconoce allí. Pido un café en la barra y veo el retrato de Joseba, con esa cara de perro pachón y buena persona. Pienso que si me pilla vivo, me mata, pero ya nadie me reconoce allí. La camarera es rumana, los parroquianos son gente de paso, alguno que parece que espera un autobús y otro con bolsas de tabaco, engañados por la ilusión de que en la frontera el estanco es más barato. Reconozco perfectamente las escaleras. Y me viene a la cabeza aquella noche que me escaquee por ellas, aprovechando que los vapores etílicos habían nublado el ambiente. Reconozco las sensaciones del corazón golpeando fuerte y cierto cosquilleo.

El cosquilleo. Algo te sube por la nuca, un escalofrío, mientras paradójicamente te corren gotas de sudor por la frente. Se te suelta algo la tripa. A veces no puedes evitar el ventoseo.

Ay Joseba... Aquella noche subí, ni de puntillas ni rápido. Sin prisa pero sin pausa, decidido. Llevaba meses dándole vueltas al misterio del piso de arriba del Faisán, un sitio al que no suben los clientes, que parece el almacén. Pero a mí se me hace raro que pongan un almacén en el piso de arriba, donde hay que subir las pesadas cajas de refrescos, los barriles de la cerveza, los bidones de aceite. No, yo no habría puesto ahí arriba un almacén y creo que Joseba tonto no es. Ni rápido ni lento. Al paso decidido de un guardia. El cocinero observador sube al piso de arriba. No sé si me voy a encontrar a una camarera en acción con alguien, si las botellas de gaseosa o alguien con una pistola.

Ay, Joseba... El corazón me va a mil.

Allí están los boletines de *Zutabe*, apilados, a miles, arrinconados detrás de unas cajas de La Casera y los barriles de cerveza, en una esquina. Atados con una cuerda. Preparados para salir del Faisán en todas las direcciones, recién salidos del horno francés de una multicopista. Francia, frontera, guardia, el Faisán. O ETA, frontera, Faisán. Bajo, veo a Joseba, fanfarrón,

riéndose con una mujer rubia entradita en carnes. No se fija en mí hasta que estoy delante, haciendo como que vengo de mear en el baño.

Ay Joseba... Noto el cosquilleo. La traición es un espeluzno.

UN AGUJERO EN EL QUESO

Me costó entender que lo que los vascos llaman cardo, no lo es, sino que es una verdura de pencas carnosas y sabrosas. Al guiso no le falta la patata, el punto de ajo y las especias. No me gusta que huelga a olla podrida, aunque a veces no hay más remedio. El espinazo, la punta de jamón, rancio, barato, casi crudo, procedente de cerdo blanco y enorme que se estila por aquí, en el norte. Al pata negra, ni mentarlo por Puntxas. A estos que llaman «pikoletos» les gusta la sopa y les gusta la verdura bien condimentada, que para eso inventó Dios las especias, para disimular las carencias de la despensa o de la paga de los guardias, o las cosas adulteradas que salen del economato del Estado. O el regusto amargo de la vida de un guardia apestado en un puesto de castigo.

Lejos de patrullas y controles mi vida de cocinero es bastante apacible y libre. Mi éxito en los fogones tiene pinta de que me va a matar como guardia civil porque pocos saben mi trabajo nocturno en el bar de Joseba. Y en otros sitios, donde un guardia paletorro que se dedica a la cocina empieza a no crear recelo. La parroquia de Joseba es en sí misma muy interesante. Gente que pasa de un lado a otro de la frontera. Los guardias tenemos terminantemente prohibido pasar a Francia. Desde aquí, la otra orilla de la frontera se presenta interesante, un botín muy apetecible para un guardia inquieto y de setenta kilos como soy yo. El paso de Behobia y el paso del puente Santiago, solo de mercancías. A otro lado veo mejores casas, tejados inclinados, incluso parece que el asfalto y las señales de tráfico sean de mejor calidad. Veo circular los coches con esas luces amarillas que se llevaban en Francia aquellos años. El lado francés de la vida. Me llama.

Por el bar de Joseba pasan viajeros y comerciantes de la frontera. El contrabando es un secreto a voces, que nosotros, los beneméritos agentes, solo combatimos a medias. Más que nada porque nos enteramos de pocas cosas. Hay un Servicio de Información, los agentes secretos de la Guardia Civil, pero

los conoce todo el pueblo. Son guardias veteranos, ninguno vasco que, aunque se mueven como nosotros en bicicleta y autobús, son estrepitosos cuando van bobaliconamente de un lado para otro. Mucha gente de Irún vive del contrabando. Un estraperlo casi de posguerra en el que hay negocio porque lo que hay en el otro lado es mejor, aunque a veces más caro. Y lo que hay aquí es peor, pero se paga más por ello porque apenas hay variedad en la España de Franco, la que salía de la autarquía.

Un camión de puros valía un potosí. Y una vaca francesa no vale lo mismo que una española. La gasolina, el tabaco, las bebidas alcohólicas, las personas. Todo vale para traficar. Lo que en un lado está prohibido, en el otro vive en libertad. Los etarras que perseguimos, en Francia se mueven como pececillos. Pero como decía el calvo de mi pueblo: «Lo que hoy es pagando, mañana es gratis». O sea, paciencia. La gente que para a por un café o un coñac en el Faisán son viajeros y comerciantes de la frontera, muchos habituales. También los que buscan el ambiente. Joseba es un tipo importante en la organización clandestina. Quizás no tan importante como útil. Avelina, su señora, es otro aliciente para los parroquianos. También sus camareras. Una libertad nunca vista en los ojos que salieron un día de Albacete.

Por allí andaba Manoli, una chavala guapa de Burgos. Su tío era cabo del Cuerpo en Behobia. Ella trabajaba en la tienda de Joseba y a veces en el restaurante. Yo al restaurante poco iba porque las perras no daban para eso. Pero a rondar a Manoli, ahí no faltaba. Para vivir todo esto había que estirar el día. Yo lo hacía para los dos lados, como si fuera una manta elástica. A las seis y media diana, cuando ya habían cenado los guardias me iba para Behobia, al ambiente de la frontera. Mi prosperidad se notaba entre mis piernas. En lugar de ir subido a una bici de señora de cuarta mano ya me movía en un ciclomotor rosa Peugeot de quinta mano que me había comprado en Irún. No sé qué papeles tenía, yo creo que menos que una patera, pero con el carnet de guardia se consiguen muchas cosas.

Las noches son muy húmedas aunque no demasiado frías en el cobijo de la ría. Los seis kilómetros de Puntxas a Irún en el Peugeot son diez minutos en los que el bigote me llegaba húmedo, el flequillo al viento porque entonces lo de los cascos era para Ángel Nieto y los motoristas de Tráfico. Me ponía la bufanda, un chaquetón, jersey de lana y la camiseta, una buena costumbre de la

Academia que aún no he perdido. No esas camisetas blancas relucientes de ahora, sino las camisetas imperio, sin mangas, de algodón blanco roto, a veces casi con color beige por los malos lavados que llevaban. La última copa, siempre en el Faisán. Coñac o whisky con coca-cola.

«Jiu, jiu, jiu». Joseba lleva la voz cantante y yo soy el bicho raro pero simpático del bar. Manolo y Feli. Otro Manolo. Ella no es muy guapa, esas caras de caserío vasco, con mofletes sonrosados y orejas grandes. Él, un vasco clásico también, manazas enormes y nariz de gancho. A Joseba, que le gustaba jugar, le da por ponérmelos en suerte. O por ponerme a mí en suerte. Este es el juego de los espejos falsos, de las dobles caras. De las mentiras y las fachadas. Manolo y Feli. El juego de las dobles caras solo asoma por el espejo, de momento.

Con todo el mundo borracho y los vapores sexuales flotando en el ambiente, escaqueo cada vez más papeles de ETA del bar de Joseba. Se los llevo al despacho de Irún donde están encerrados los de Información. Estos tenían siempre la puerta cerrada, tecleos incesantes en las Olivetti, candados en los archivadores de fichas pequeñas de color verde. Allí manda un sargento de mirada torva. El tipo de mirada de las mulas de intendencia.

«Lo que hoy es pagando, mañana será gratis», decía el sabio calvo de mi pueblo.

—Estas judías están cojonudas. Pastrana, se viene usted conmigo.

—A la orden, mi teniente coronel, pero con su permiso ¿qué quiere usted de mí?

—Te vienes de cocinero. Cocinero mío personal. A San Sebastián.

El jefe del Tercio es un teniente coronel de los de entonces. Una panza redonda y baja que une la zona inferior de la guerrera con el pantalón. La barriga por debajo del cinturón donde cuelga la pistola. Mostacho de impresión, ojos pequeños, una voz que es un chillido estridente. Una voz acostumbrada a gritar a los guardias en los patios de armas de los cuartelillos. Una voz de ordeno y mando. Tiene ordenanza, conductor y escolta. Su llegada a la «línea» (el conjunto de puestos de la Guardia Civil a lo largo de la frontera) causa generalmente pánico porque va seguida de una oleada de arrestos y broncas por fallos en los uniformes o en la disposición de determinada guardia. Puto reglamento. Ninguna bronca porque no tenemos

calefacción o porque estamos casi desarmados y desamparados en la primera línea de una guerra que está empezando a estallar.

—Mi teniente coronel, con todo el respeto. Usted entenderá que yo cocino porque se ha puesto malo el guardia cocinero, pero yo quiero dedicarme al servicio, no a la cocina.

—No me joda Pastrana, que me he quedado sin el repostero.

Un aviso de llamada desde San Sebastián para el teniente coronel me libra del atosigamiento por unos minutos.

—Pastrana, ¿es que es usted tonto?

—¿Por qué lo dice, mi cabo?

El cabo que hace de ordenanza del teniente coronel es un tipo de más de cuarenta años, con el uniforme más planchado de toda la comandancia. Lleva un cordón dorado de fantasmón, el reglamentario de los ayudantes, que cuelga de la hombrera a un botón de la guerrera, en mitad de un pecho hundido, de posguerra. Es un pelota de mierda porque hay que ser muy lameculos para aguantar de ordenanza de un tirano como el teniente coronel. Va engominado y le brillan los zapatos casi tanto como los latones de los botones de la guerrera. Este la pistola la tiene de adorno. El tipo de vida que odio.

—Vas a tener una vida cómoda, idiota. Le preparas la comida y vives a cuerpo de rey en San Sebastián. ¿Es que te gusta vivir en un puesto de castigo, en medio de esta mierda?

—Mi cabo, es que yo soy muy torpe de cocinero y creo que solo sirvo para hacer de guardia.

—Tú eres tonto, Pastrana.

—Sí, mi cabo, soy bastante tonto, por eso solo sirvo de guardia. La voy a fastidiar y el teniente coronel se pondrá de peor humor.

—Eres más tonto que Abundio.

Cocinar en Puntxas era un buen escaqueo contra el pie de trinchera en la orilla del Bidasoa, los tiros de los barbudos que pasan al otro lado, los controles nocturnos con borrachos y pasando frío. Pero yo he nacido para hacer labores policiales. Si no, en lugar de a la Academia me hubiera ido a la Stándard Eléctrica, que también aprobé el examen en Madrid.

Luego, años después, Felipe González dijo aquello de «morir de éxito». Yo entonces no sabía ni que existía Felipe González, aunque sí trataba con

muchos sevillanos. Y no quería morir del éxito en los pucheros. En rotaciones venían al puesto unidades de reserva de Madrid y Sevilla para reforzarnos. A esos también les cocinaba y les resultaba gracioso ese guardia jovencillo manchego y astuto para el escaqueo.

La segunda tentativa para hacerme cocinero del Cuerpo vino del capitán de la compañía que estaba en Irún.

—Pastrana, se viene usted a cocinar a Irún.

El hombre tenía la servilleta atada al cuello para no mancharse. Era uno de esos capitanes viejos. Como todos los que estábamos en el norte, sin recomendaciones ni curso de Estado Mayor, no era un West Point de la Academia General de Zaragoza, sino un chusquero reenganchado y ascendido por méritos en el terreno, destinado a ser carne de cañón en el destino más jodido de España.

—Mi capitán, que yo no quiero ser cocinero, que quiero dedicarme al servicio. Lo siento mucho.

—Mire, Pastrana, esto es fácil. Usted solo va y les dice lo que tienen que hacer a los de cocinas. Me conformo con que solo sazone la comida. Ese rancho es una tortura que me va a sacar una úlcera de estómago.

En Irún comían cada día cuatrocientos guardias civiles. Es el epicentro del despliegue de la Guardia Civil en este peliagudo paso fronterizo. Hay guardias destinados en varios puestos, los que cubren pasos fronterizos, la línea con Francia y los que están de servicio en el aeropuerto de Fuenterrabía. De cuatrocientos que son, solo cuatro dedicados a Información. Mucho uniforme, correajes, tricornios y pocos agentes en el terreno.

—No sabe cómo se lo agradezco, mi capitán, pero me quedo en Puntxas.

La cocina es también un buen elemento de venganza. Hay mandos que no merecen ni respeto ni la obediencia ciega a la que estamos obligados. El sargento Pérez era uno de esos. Un tirano que, al llevar nuestro uniforme no estaba perseguido por nosotros, pero que de ser un barbudo iba a recibir buen martirio en un calabozo. Además era gordo, el cabrón, y golosón. Las tortas que pegaba a los detenidos se oían por todo el cuartelillo de Irún. Gordo como estaba, nada podía sentarle peor que tener que ir, en pleno verano, con un retén a apagar un incendio en un monte camino de Rentería. Los subieron a un camión del ejército y se llevaron a media compañía a apagar el fuego, con

tricornio y todo. Allí ya encontrarían ramas o lo que fuera porque apenas llevaban sus manos y la pistola del 9 corto.

—Díganle a Pastrana que vaya preparando los bocadillos y que meta una docena de latas de sardinas de las del economato.

La radio de la Guardia Civil, aquellos radioteléfonos casi de la guerra mundial, a veces podía transmitir órdenes muy surrealistas. Las latas de sardinas eran de las mejores cosas del economato. Con un punto picante, empapadas en aceite, de carne consistente, la verdad es que eran una delicia. Y le gustaban a ese cabrón de sargento que seguro que estaba sentado a la sombra mientras los guardias sudaban en el frente del fuego.

No dije «¡oído cocina!» porque no me gusta que me metan un «huevo», pero ganas me dieron. El Land Rover de techo de lona subió con una caja de bocadillos, unas botellas de vino, pero las latas de sardinas... Ay, las latas de sardinas se habían acabado, mire por dónde mi sargento.

—Díganle a Pastrana que ya se puede esconder, que le voy a meter un paquete que se va a enterar.

—Mire mi capitán, que ese sargento me quiere meter un paquete solo porque no hay latas de sardinas.

—Usted tranquilo, Pastrana.

Un ratón nacido encima de un queso.

El queso son los papeles que le escabullo al fanfarrón de Joseba. Ese queso aceitoso, caliente, proteínico, sabroso de información llega a los del Servicio, encerrados en su cuartucho de Irún. Ellos despachan los papeles a toda velocidad al Estado Mayor de San Sebastián, de donde empiezan a llegar felicitaciones. ETA está en pleno crecimiento y esa actividad se refleja en las octavillas y los boletines que le llegan a Joseba desde Francia. La empresa de coches de alquiler, los camioneros amigos, toda una red distribuye la buena nueva de ETA por el País Vasco desde el Faisán. Y el bufón, el espíritu de la fiesta del Faisán cada noche es un guardia con bigote, de Albacete. Cocinero para más señas.

Entonces las películas de espías eran diferentes. Yo ni soñaba con esas cosas, ni tengo hoy claro que entonces conociera la existencia de las palabras «doble agente». ¿Por qué me metí en semejante lío? Realmente aún hoy no lo sé. Sí sé que hubiera repetido todo lo que hice una y cien veces, aunque ahora

sé que pude hacerlo algo mejor y que si hubiera hecho menos caso a algunos jefes de esos gilipollas que entonces abundaban en el Cuerpo, hubiéramos sacado más provecho de aquello. Y muchas muertes hubiéramos evitado. Aunque a alguno más habríamos «limpiado» por el camino. Sacar aquellos papeles me hacía sentir diferente, ganaba méritos, vislumbraba, solo intuía, el regusto de trabajar solo y en las sombras. Mentiría si dijera hoy que, por aquel 1972, yo tenía algún plan. No, solo fue la intuición de que estaba haciendo un servicio al Cuerpo, a mis compañeros. No había idea de la patria, ni de la nación a lo grande. Mucho menos Franco, que me importaba un carajo. Esos hijoputas estaban matando compañeros y yo quería evitarlo.

Muchas veces he sentido el escalofrío del miedo, las tripas moviéndose, inoportunas y malolientes. Incluso me he despedido de la familia unas cuantas veces. Pero lo cierto es que entonces no había nada de eso. Yo, jugaba. Era un ratón que se acababa de subir a un queso y le estaba haciendo un agujero, al principio pequeñito. Bocado a bocado, papel a papel, subida tras subida a hurtadillas a aquel piso alto. Muchas veces con la excusa y coartada de ir detrás de una falda de vuelo ligero. Doble beneficio, doble victoria. Me metía los papeles por debajo de la camisa o los doblaba y al bolsillo. No era aún un trabajo de cazador. Eso vendría después.

Podía intuir el principio de lo que estaba haciendo, el camino que empezaba, pero lo que tenía clarísimo es que si me dejaba encerrar en las cocinas, por ahí nunca pasaría de guardia cocinero, con la tez cetrina de no ver el sol y la piel aceitosa de los vapores de las cacerolas. No. Eso era para otro. Pero la amenaza y la molicie de la cocina estaban acechando.

La Guardia Civil por aquel entonces era aún más dura que hoy en cosas de personal. Por eso tener un permiso para casarme fue algo excepcional. Manoli, de blanco, en Madrid. Con el tío cabo vestido de gala, con el uniforme que le quedaba algo estrecho a la altura de la panza. Y su consejo:

—Manolo, pide el traslado a paso fronterizo. Hazme caso, que ya eres un hombre casado.

—No me va a mí eso.

Lo que me va es moverme por detrás, sin que me vean. No disfruto pavoneándome con el brillo del charol del tricornio. No saco lustre a los latones de la botonera. Sí me gusta el tacto tranquilizador del metal en la

cadera, la pistola enganchada a la cintura, entre el pantalón y la piel. Aunque sea un 9 corto, de cerca dejás seco al que se te plante.

El casado casa quiere y encontramos un piso en las viviendas de Chartres. A solo doscientos metros del Faisán. Y el casado pidió nuevo destino porque Puntxas ya parecía más una cárcel que el escondrijo donde jugueteaba con los guardias viejos y castigados. Salió una plaza en Información y me fui a reforzar el equipo. Cuatro éramos al mando de ese bestia de sargento. Yo era el más joven y el único que me atrevía a moverme fuera del ambiente del Cuerpo, por el pueblo con el paisanaje.

No es que el sargento valorara en mucho mis virtudes, pero sí le gustaba que lo felicitaran desde San Sebastián, o desde el Tercio, por los papeles que le estaba distrayendo Pastrana al gran Joseba Elosúa. También sucedía que era el único que tenía vehículo a motor. Los agentes de campo se movían en autobús o bicicleta en la Guardia Civil de ese 1972.

Joven, con moto, el último en llegar.

—Pastrana, vaya al puerto de Fuenterrabía, parece que hay una protesta allí.

—A la orden, mi sargento.

Agentes de campo que no salían al campo. Muy propio de aquella pobre Guardia Civil violenta la mayor parte de las veces por mera impotencia ante lo que estaba creciendo a su alrededor. La legendaria mala leche.

Estar en Información me permitía no llevar uniforme, aunque sí que estaba obligado a trabajar con un compañero. Los turnos seguían siendo aquel infierno de ocho por ocho. Ocho horas trabajando, otras ocho descansando, las siguientes ocho trabajando, en un bucle casi infinito.

Y mis visitas al Faisán. Ser un tío dispuesto es algo muy útil en la Guardia Civil y lo era también en el Faisán. Feli y Manolo, que viven en Bayona, vienen a España a comprar comida y la información y los consejos que le da el chico de Albacete les vienen muy bien. Ellos son agradecidos. Nos llevamos tan bien, que me hacen un regalo de bodas.

—Manolo, ¿estos quién son?

—Unos locos que viven en Francia y son amigos de Joseba.

—Siempre estás con cosas raras.

Siempre hago cosas raras. Y algunas que no se deben hacer, pero que proporcionan buenos «radios» a San Sebastián. Por ejemplo, me paso a Francia. Ha habido un incidente grave hace un mes y han muerto dos agentes de aduanas en Francia a tiros. Apesta a asuntos turbios y guardias que hacen la vista gorda, un lío tan grande que desde San Sebastián se decide tirar por la tangente. Ni dios pasa a Francia. En este caso, ni guardias ni policías. Pero San Sebastián está muy lejos, sobre todo para guardias que tienen que ir en bicicleta.

En el salvaje oeste de la frontera con Francia los que están de puesto tienen la vista muy fatigada. Y casi todo el mundo tiene mucho que callar. Y cada día me resulta más claro que, en ese juego de cómplices pringados por un cartón de tabaco o una simple merluza fresca que revender y con la que completar las nueve mil pesetas de la paga, es por donde se escabullen las redes contrabandistas y la autopista de ETA para moverse de un lado a otro del río Bidasoa como, nunca mejor dicho, pez en el agua.

Joseba se ríe mucho conmigo, pero también se ha dado cuenta de que tener un guardia entre el arsenal de amigos es muy útil. No sé a dónde me va a llevar todo esto, nadie en el cuartelillo, ni mucho menos en el despacho de Irún, sabe qué estoy haciendo en mis ocho horas libres. Ni siquiera Manoli lo sabe todo.

—Manolo, si tienes un rato, vente conmigo, joder, damos una vuelta, que tengo que comprar unas cosas y tienes buen ojo. Luego nos tomamos una sidra.

Joseba busca lazarillo avisado y se ha encontrado con uno. Cuando haces algo que antes nadie ha hecho sientes un poco de vértigo. Ahora lo veo como algo normal, tenía que ser amigo de Joseba para llegar a donde llegué. Pero aquel día que me fui con él a hacer sus recados el cosquilleo me recorría el espinazo porque los recados eran al otro lado, donde los coches de las luces amarillas.

Fuimos a Francia. Comida que viajaba a Francia, volvíamos con puros y alcohol.

Contrabando. Leve, pero contrabando.

—¡Pastrana! ¿No sabe qué hora es? ¿No tiene reloj?

Me cago en la manta. Se ha roto por arriba.

—Mi sargento, las ocho y dos minutos.

—Aquí se está a las ocho, ¡me cago en la leche! ¡En qué hora lo saqué de esa cocina!

—Yo lo siento mucho, mi sargento.

—Y lo vas a sentir. Se copia doscientas veces el artículo 19 del Reglamento Disciplinario. Ya mismo. ¡Me tiene usted hartos!

—A sus órdenes, mi sargento.

—Y luego hace usted los servicios que se le manden y sin rechistar.

—A la orden mi sargento.

Ya me las pagaría él. El queso empezaba a tener un agujero en el que cabía ya casi el ratón completo.

LOS RECADOS DE ETA

«Tiroteada una pareja de la guardia civil cerca del puesto fronterizo de Puntxas».

«Irún, 18. (Pyresa) Sobre las 14.30 horas de hoy, sábado, una pareja de servicio de la Guardia Civil de fronteras cercano al puesto de Puntxas, enclavado junto al río Bidasoa, entre Behobia y Endarlaza, fue tiroteada desde un lugar desconocido, al parecer de la orilla francesa.

»Uno de los guardias fue alcanzado por un disparo de bala en la parte inferior de la pierna, cerca del tobillo, siendo trasladado urgentemente al hospital de la Cruz Roja de Irún, donde fue curado de dicha herida y objeto de varias radiografías y observaciones para su ulterior traslado al Hospital Militar de San Sebastián.

»El hecho ha sido puesto en conocimiento de los jefes de San Sebastián, quienes inmediatamente se han interesado por el herido y se han iniciado las correspondientes diligencias para esclarecer este extraño caso».

«Este extraño caso».

—Pastrana, saque la lista de los de la Guerra Civil.

Pocas veces salía Puntxas en los periódicos. No hay rastro en la hemeroteca de la bomba que casi estalla unos días antes de que me destinaran allí. Nada se contaba en los periódicos de los tiros que salían de algún coche que pasaba a toda velocidad, a ver si cazaban al guardia de la puerta. Cuando tocaba guardia en la garita de la entrada había que estar vivo y pendiente porque de un Seat 600 que derrapara de las curvas que vienen de Endarlataz podía salir cualquier cosa, hasta el cañón de una metralleta. Pero a veces había heridos y eso ya no se podía tapar. Juan Antonio Lecuona era corresponsal de varios periódicos en Irún y solía estar al tanto de lo que pasaba, sobre todo si la cosa era tan escandalosa que había que llevarse al pobre diablo herido a la Cruz Roja de la calle Fuenterrabía.

La lista de los de la Guerra Civil estaba en uno de mis archivadores en el despacho cerrado del Servicio de Información del cuartel de Irún, donde este guardia patán ya está destinado e instalado con todas sus consecuencias. Al otro lado del río, donde los faros de los coches son amarillos, ETA vive como si fuera un balneario. ¡Y aun así sus comandos se quejaban de estar un poco solos y no ver a la familia! Los que estaban solos eran los de verde que vigilábamos esta orilla del río. Soy el responsable de tres archivadores, de metal verde irisado, cargados de fichas pequeñas, de las que caben en las Olivetti de carro estrecho que tenemos por dotación. Un tricornio, una pistola y una Olivetti: y con eso vaya usted a hacer la guerra a ETA en la frontera con Francia.

—Putá vida.

Yo esos ficheros los veía como la demostración de nuestra frustración, de lo ciegos que estábamos sin poder ver lo que pasaba dentro de las casas, de los caseríos, por la noche, cuando nosotros patrullábamos con el mosquetón y ellos hablaban al amor de la catalítica o de unos vasos de sidra. Hablaban de matarnos. Las fichas, cada cual en su archivador, se corresponden cada una a un tipo delictivo contra la España de Franco. A cada cual peor, se puede imaginar. Estaban a la espalda de mi mesa. Según me giraba, a la izquierda el archivador de los sospechosos políticos. En el centro, las fichas de los peligrosos seguidos y anotados por asuntos de la Guerra Civil (y desde la Guerra Civil, no han llegado aún los cuarenta años de Paz de Franco). Y a la derecha, las fichas de ETA. Este archivador cada día estaba más cargado.

Cada vez que matan a un compañero, o a un policía, o secuestran a un empresario; cada vez que hay un altercado, o tirotean a un pobre guardia como ese de Puntxas, sacamos fichas de uno de los archivadores, cinco o seis nombres, vamos a por ellos, los detenemos unas horas. Caen unas hostias y a casa otra vez. Se van llenos de amor a España y sus fuerzas del orden público. Todo muy inteligente.

Yo me niego a dar, salvo que haya tenido que perseguir al detenido o me haya disparado. No me gusta, me repelen las escenas de caras partidas, huesos rotos o golpes hasta con la máquina de escribir, esos gritos que retumban en las paredes desconchadas de los calabozos, en los sótanos del cuartel. No porque tenga miedo o repugnancia a la sangre, que soy cazador, sino porque

me parece injusto. Y muy poco inteligente. Pues treinta y cuatro años después del último tiro de la Guerra Civil, esa tarde vamos a ir a por seis incautos, ya para jubilarse, de los que tenemos registrados. Y hostias les van a caer, eso es menú fijo con este sargento.

El sargento que manda la unidad de inteligencia es el más claro ejemplo de la falta de la misma, la que nos lleva a cometer error tras error y estar ciegos ante lo que sucede ahí fuera, mientras ETA crece a ojos vista. Es un psicópata de los que les gustan las tortas a los detenidos. Realmente las tortas y los golpes no están autorizados, están prohibidos. Pero los jefes los entienden. Demasiados años con el tricornio una talla pequeño, apretando aquellas frentes. Entre los tres archivadores hay veintiséis mil fichas de sospechosos habituales. Yo no sé si es uno de cada dos de los que viven en la comarca. Todo muy inteligente.

Como cada vez que pasa algo, me toca a mí ir al lugar de los hechos. Además de ser el último en llegar y el más joven, soy el único que tiene manera de moverse, con mi ciclomotor ya no rosa y con matrícula española. Un lujo. No me quejo porque me gusta moverme, enterarme de lo que pasa. En el despacho donde están encerrados mis compañeros no te enteras de nada. Vuelvo a Puntxas, donde los guardias castigados tienen un ánimo aún más sombrío que cuando les guisaba las judías con patata y tocino blanco. Saben que están en una ratonera, en un agujero, absolutamente vendidos. Pero es que los guardias castigados son la carne de cañón de la Benemérita en esta guerra que cada vez es más cruenta.

Años después, cuando subía en coches camuflados saltándome todos los límites de velocidad por la carretera de Burgos con mi equipo de Servicios Especiales, al pasar por Pancorbo, siempre se oía en la radio:

—¡Ya estamos en la guerra! ¡Carguen las armas!

Era coña, claro, más que nada porque si vas con el arma cargada lo menos que te puede pasar es que te pegues un tiro en los huevos. Pero sabíamos que éramos el enemigo a batir por bombas trampa, francotiradores o por traidores. Y nosotros íbamos para batir al enemigo. Sin política ni hostias.

—Pastrana, lagartón, ¿otra vez por aquí? Llegas a tiempo de la merienda, tripón.

—Bueeeeno, a ver qué lío habéis montado...

—El pobre García, ya ves. Un tiro que le han dado.

No lejos de Puntxas, en una curva camino de Endarlatza, hay un monumento antiguo, de los de piedra enmohecida con verdín, con una cruz y placas. Allí pone que lo erigieron en 1915 y a mí, cuando me tocaba patrullar aquella zona, me gustaba parar a mirarlo, a la paz de los robles silvestres que nacen en la ladera del Monte Erlaiz. Está dedicado a la memoria de los treinta y nueve desgraciados carabineros que se pasó por la piedra un cura carlistón y su partida de guerrilleros a finales del siglo XIX. El cura Santa Cruz, que los rodeó y, después de que se rindieran, a causa del barullo, decidió pasarlos a todos por las armas. Solo se salvaron cuatro, que saltaron por la ventana y cruzaron de mala manera el río camino de Francia.

Puntxas es una ratonera a la que solo van destinados los desgraciados a los que no importa sacrificar. Carabineros y curas. Guardias civiles y curas. La ecuación no cambia, unos de uniforme dejados de la mano de sus jefes en ratoneras, otros de negro con el crucifijo y detrás los de las barbas. Antes, carlistas. Ahora nacionalistas vascos. Da igual, la cosa va de matarse y de traiciones.

Ser amigo de Joseba y hacer sus recados me está dando mucha información y muchos datos sobre las redes de contrabando por las que se deslizan los comandos. Pero aquel Seat 600 blanco no lo paramos porque yo supiera nada del lado del Faisán, sino porque el que lo conducía se creía que era inmune e intocable. El cabrón de don Aniceto era el cura parroquial de la iglesia de Santa María del Juncal, la que hay a la entrada de Irún, según se entra de Francia. Un tipo con barbas, que no vestía apenas de cura, más euskaldún que una ikurriña. Un digno heredero del cura Santa Cruz.

La arrogancia lleva a cometer errores. Otra cosa no tendré, pero vista, una poca sí que tengo. La suficiente para darme cuenta de que el Aniceto y su Seat 600 de color blanco son lanzaderas que usan los etarras para moverse evitando nuestros controles. Para no delatar a nadie colocamos un control casual, como quien no quiere la cosa. Yo estoy pendiente, por detrás, de paisano mientras los compañeros con tricornio paran a unos sí, a otros no, sin tener ni idea de por qué. El teniente que manda aquello sabe quién es el objetivo: el Seat 600 del cura.

—Alto, documentación.

—Soy el cura, déjenme en paz.

—Lo siento, señor cura, pero hágase a un lado y baje del coche.

Ahí estaba, disimulada entre la guantera y una gabardina tirada en el asiento de delante. Una radio.

—Nos va a acompañar usted al cuartelillo.

Unas palabras mágicas que desatan el infierno para el cura Aniceto. A decir verdad el tío era duro y parte de razón tenía para creerse a salvo de nosotros. Aunque unas hostias se llevó. A mí me valía solo saber que llevaba la radio y que era un correo de ETA. El cabrón. La información era buena. Una ficha para mi archivador verde.

El cura salió libre. Llegó la noticia al obispado de San Sebastián y movieron los hilos para que lo dejáramos en paz. Dos días de calabozo y un rosario de golpes como penitencia. Ahora nos tocaría a nosotros otra penitencia.

—Pastrana, este domingo va usted a las homilías.

—A la orden mi sargento, pero no se preocupe usted, que yo a misa ya iba a ir.

—Se va a ganar un «huevo» como siga tocándome los cojones, Pastrana.

—A la orden, mi sargento. Yo voy a misa, no se preocupe usted.

La mañana de domingo hay que ir recorriendo iglesias. La parroquia está compuesta de vascos con boina y mujeres, cada cual por su lado, al estilo vasco. Paraguas, lluvia eterna, la paz de Dios. Con Gloria vayan. Chavales que están impacientes para salir a jugar con la pelota y niñas con faldita y medias. El protocolo de vestuario es estricto en las iglesias vascas. El cura con sotana y casulla, que se acerca al púlpito. Yo estoy en los bancos de atrás, donde no se me vea mucho, con mi bloc de notas. El objetivo táctico, la misión que en su enorme sabiduría me ha encargado la Guardia Civil es escuchar el sermón para hacer un informe sobre el separatismo vasco en la misa de este domingo. Así todos los domingos, en todas las iglesias.

—Esperen y tengan paciencia.

Don Aniceto tiene una voz firme, con acento vasco cerrado, habla a gritos, sin micrófonos ni hostias. Solo las consagradas. Apenas le quedan marcas de las que le metió el sargento.

—No voy a empezar mi sermón hasta que abandonen la iglesia las fuerzas del orden.

Murmullos y la parroquia con la cabeza girada hacia el guardia con bigote. Qué hijoputa eres, cabrón, pocas hostias te dimos. Hay que echarle cara al envite porque ya no hay salida discreta que valga.

—Mire usted, don Aniceto, haga el favor de empezar porque hasta que no oiga la homilía yo no puedo ir a la siguiente misa y no me va a dar tiempo a ir a comer a casa.

Yo no sé si se ríen por lo sinvergüenza que soy o porque la situación no puede ser más absurda.

—Sea entonces, pero se va a enterar usted.

¿Ha murmurado un *txakurra*? Yo creo que sí.

No, nunca me llevé bien con don Aniceto, ni con los curas en general. No voy a perdonar nunca a la Iglesia que haya traicionado su mandamiento del «no matarás» a la vez que dejaba a esos curas organizar ETA, sabiendo que nos iban a asesinar. Se me puso la antipatía en la boca del estómago. Había dos redes, que son las que ha usado ETA siempre. Los contrabandistas y los curas.

Irún está lleno de empresas de transporte. En la entrada sur de la ciudad, según se subía desde Puntxas, estaba Jerotrans, con cuyo dueño años después tendría un encuentro interesante. Esa era de las pocas limpias porque todos los demás se dedicaban a llevar lo que no debían, contrabando material y humano.

El caso es que había localizado a una gallega que vivía en el barrio de San Miguel de Irún, la Otilia. Una de esas emigrantes que llenaban de maketos los barrios de Irún, la mano de obra barata con la que luego se metían los hijoputas como el cura Aniceto. Que fuera gallega no es casualidad, como se entenderá a continuación. Que la Otilia movía contrabando estaba claro. Ella estaba especializada en llevar a los «negros» que pasaban hacia Francia por el río. A los pobres desgraciados los escondían en caseríos, a veces en el mismo bosque, hasta que por la noche los pasaban al otro lado. Bueno, los colocaban en un paso del Bidasoa poco profundo incluso en invierno. Lo que pasa es que entre el acojone, el frío y el hambre, alguno perdía pie y acababa ahogado. Nosotros de un empujoncito, los mandábamos a la otra orilla. Total, si ya estaban en el otro barrio, que más les daba también ir a la otra orilla.

Yo me enteré que además de «negros», la banda a veces la utilizaba para pasar comandos de un lado al otro de la frontera. Escondidos en camiones o usando las redes de cómplices que Otilia tenía en los caseríos. Pero había algo que me tenía mosqueado. A Joseba, tan fanfarrón, pecho hinchado, se le escapaban cosas. Detalles que solo se debían saber en determinados cuarteles o comisarías. Mis jefes nunca nos daban órdenes claras para que acabáramos con los contrabandistas, que eran conocidos y casi descarados a la hora de trabajar. Solo fuegos artificiales de vez en cuando con ellos, cuando eran demasiado descarados.

Había una parte que yo entendía bien. En las casas de dos capitanes que tenía en Irún se comía merluza fresca todas las semanas y por lo que me enteré, hasta llegaban las angulas. Esos puros que fumaban determinados sargentos no eran normales, ni salían del sueldo que pagaba la Dirección General. A ver si no iba a ser yo el único que estaba jugueteando por la frontera. Ser el que está en la garita de entrada, o mandar al que estaba en la garita de entrada que no mirara un rato era una tentación muy grande, sobre todo teniendo en cuenta los salarios de hambre que cobrábamos. Pero había algo más.

Tomar café en los bares es una actividad muy rentable para un agente de información. Igual te sube la tensión, pero yo en esas cosas no pensaba con veintitantos años. En los bares la gente bebe, habla y se suelta. Hay que estar muy pendiente.

Al comisario aquel de policía no lo conocía solo por los bares, claro. Yo llevaba los recados del Servicio de Información y a veces llegaban por radio órdenes de San Sebastián que había que transmitir a la policía.

—Pastrana, ya sabe.

—Voy mi sargento.

Estar con el culo en una silla nunca fue aconsejable para un agente de información. Tampoco contar cómo nos enteramos de determinados asuntos y de este en cuestión no debo ir más allá. La ciencia infusa que ilumina la mente y la sabiduría de un agente de campo me hizo saber que Otilia preparaba una operación una noche de agosto, con buena luna, con «negros» y un comando. Seguramente ahora tendría el pecho más lleno de medallas si no hubiera sido tan zorro. Pero también es probable que, o no hubiera llegado a viejo, o no

hubiera envejecido en la Guardia Civil de no haber tenido estos cien ojos. A nadie amarga un dulce y el comisario se quedó goloso, saboreando lo que le estaba contando.

—Joder, Pastrana, es un pedazo de operación.

Un paso de «negros» y un comando. Así, puesto en bandeja de pasteles al comisario de la Policía Armada, el «secreta» de Irún.

Pero la policía no es tonta.

—¿Y por qué no lo hacéis vosotros, Manolo? ¿Por qué me pasas a mí esta perita en dulce?

—Mira, las obras del cuartel nos tienen sin calabozos para tanta gente. Si llevamos todos esos detenidos vamos a tener un follón y un altercado y nos cae la bronca del Tercio, seguro.

—Vale, vale. Nos ocupamos nosotros. Gracias, Pastrana.

—Un placer, ya me lo devolverás, hombre.

La operación fue un éxito policial. Los cazaron dónde y a la hora que les dije. Unos cuantos desgraciados que iban a trabajar a Francia y otros tres desgraciados hijos de puta que iban a Francia, recién reclutados por ETA, para entrenar. Vamos, hacer el campamento de la mili, como quien dice. La mañana siguiente recibo recado por escrito en el cuartelillo. Una nota del comisario. En media hora, en el mismo bar.

—Pastrana, ¿me la has jugado?

El comisario tenía mala cara, el pelo engominado todo en su sitio, pero cara de haber dormido poco. Dos cafés solos en la mesita junto a la ventana, las sillas terciadas mirando a la entrada del bar. Ningún parroquiano cerca.

—Nos tomamos el café y nos vamos. Vaya pifostio, Manolo. Aquí no hablamos, no me fio ni de Dios.

—Ya me dirás qué ha pasado.

La isla de los Faisanes a un lado, paseamos por la vereda del río.

—Manolo, ¿qué pasa aquí?

—No sé, dime.

—Esta madrugada me ha llamado el ministro en persona.

—Cojones, ¿Fraga?

—Fraga, casi me da un infarto, a las dos y media.

—¿Para felicitarte?

—Qué va. Me ha metido una bronca. Que qué hago deteniendo a quien no debo detener.

—Coño, Otilia es gallega, a ver si va a ser eso.

—Y yo qué sé. El caso es que los hemos soltado a todos.

—Jooooder, ¿a los barbudos también?

—A los putos etarras también. Todos fuera. Que Otilia es intocable.

El comisario, que era buena persona, seguía despistado. El contrabando crea autopistas por las que circula mucha gente. De un lado para otro. Van y vienen. Ya estaba claro. Había ventanas que comunicaban un lado y otro de este conflicto, de las trincheras de la guerra. Joseba sabía cosas que no debía saber y no era yo quien se las contaba. Yo me gané su complicidad y su confianza a base de hacer favores, de ser el tonto útil que llevaba un escudo de invulnerabilidad en forma de carnet de la Guardia Civil. Contar a qué hora se monta un servicio o un control no es pasar información de la gorda, de la buena. De la que emana de los estados mayores.

Veo una niebla delante de mí, una niebla espesa de cosas que salen de Francia y otra que regresan a Francia y el vértice está en el Faisán, ese bar cutre de frontera. Algo está en marcha y por mucho que me escaquee al altillo del bar allí no está la información. Ni está escrita en boletín del *Zutabe* alguno. Se está cocinando algo, mi olfato de cocinero me lo dice, pero no veo a través de esa nube de humo que me han puesto delante. No estoy aún en ese nivel, en el piso superior de la inteligencia de esta guerra. Ya llegaré.

—Hay que ir a los chalets de Fuenterrabía.

«Hay que» es una expresión muy simpática. Parece que se suelta al aire, a la atmósfera: «Hay que». Indeterminado. Leches indeterminado. Todo lo que «hay que» es que le toca a Manolo, el guardia joven del Servicio de Información. «Hay que» ir a los chalets de Fuenterrabía. Fuenterrabía, hoy Hondarribia, es el saliente del lado español de la ría. Enfrente está Hendaya. A un lado tiene el aeropuerto, que llaman de San Sebastián aunque la ciudad queda a más de media hora. Un puerto, un casco viejo hermoso y amplio, una fortaleza en lo alto del monte dominando el pueblo y la ría. Y unas laderas verdes, jugosas, despejadas, con vistas privilegiadas, para privilegiados. Allí los de Información no van a detener a nadie, menos en este mes de agosto que en el norte se hace con chaqueta siempre, aunque sea al hombro con majeza de

vascos. Allí veranean varios ministros de Franco. El mismísimo Franco lo hace en San Sebastián, en su palacio, y los ministros se vienen aquí al buen clima fresco y a no estar lejos de lo que se cuece en la corte del dictador.

—Buenos días, somos de la Guardia Civil, venimos a ver si se le ofrece algo a su excelencia.

—Buenos días. Pues nada de particular pero espere que le digo al señor ministro.

Vamos a los chaletazos donde veranean a ponernos a su servicio y ver si está todo en orden aunque hay guardias con mosquetones haciendo la vigilancia de la zona. Ellos nos cuentan si van a ir al cine o a cenar a algún sitio para que nosotros tengamos despejado el lugar y les hagamos la escolta.

—Dice el señor ministro que a las siete dará un paseo por el puerto.

—No se preocupe que estaremos pendientes.

—Pueden pasar a la cocina a tomar un café.

—Muchas gracias, señora.

No nos atiende el ministro, claro, salvo que se le ofrezca algo que quiera contar en persona. Nos habla el servicio y nos tratan como unos empleados domésticos más. Pero no es el peor servicio que puedes hacer cuando estás destinado en Irún. Escoltamos a estos peces gordos a sus divertimentos. Cuando tienen una cena suelen —no siempre— sacarnos un bocadillo de las cocinas para que aliviemos el rato. No es que sean muy hábiles. Dejar que un tipo de Información tenga acceso o vea con quién se trata un ministro siempre da datos. Algunos me ayudan a entender por qué los contrabandistas hacen lo que les da la gana. O por qué hay información sobrevolando por la densa capa de niebla que me plantan delante algunos parroquianos de Joseba.

UNA ROJA EN LAS ARENAS DE MASCARRILLO

Siempre he sido de madrugar, no me cuesta levantarme pronto de la cama. Además, el servicio más vale hacerlo temprano. Esa mañana me hice el recorrido de cada día con el ciclomotor rosa como si no supiéramos nada, haciéndonos los tontos. Es lo mejor. Yo tenía que estar cada día en la oficina del Servicio de Información, con mis compañeros. Pero de la oficina nunca salía la información buena. La noche anterior, como casi todas las noches, la primera y la última copa habían sido en el Faisán, donde Joseba. Lo que pasa es que no todas las noches son igual de productivas. En el Faisán tomamos el «chispacito» de coñac normal, charlando con la parroquia. Un poco chulos, un poco paletos. La receta funciona, más que nada, para que no te conviertas en el listo del barrio, el primero al que eliminar. Con Joseba me reí como siempre, el muy fanfarrón.

Una de las cosas buenas que ha tenido mi vida en la Guardia Civil es que casi nunca he tenido que llevar el uniforme ni el pelo corto. Aunque es difícil disimular el acento de Albacete siempre me he tenido que mover solo por todas partes. Soy el más joven del destacamento de Información y el único que tiene vehículo propio. No un coche, claro. Mi motocicleta Peugeot; el vespino rosa por el que me conoce ya todo Irún. Con la moto me he evitado tener que ir en bicicleta —que es como se hacen los servicios— pero a cambio me toca a mí ir a todos lados.

—Pastrana, esta tarde hay una manifestación en la fábrica de aluminio. Va usted.

—A la orden, mi cabo. Voy yo.

No me importa. Así salgo del cuartel. Madrugas y el día se hace largo. Y si está lluvioso se hace aún más largo. Pero antes de la noche, por muy impaciente y nervioso que estoy, hay que pasar el día. Disimulando, con el disfraz de paleta.

Esa mañana me fui a recoger las cartas del cuartel a Correos de Irún. Aunque llueve y el suelo está resbaladizo a mí me gusta ir en mi Peugeot. La rutina me sienta bien y además mantengo al día el contacto con la gente. Una de las ventajas de tener que hacer recados para el cuartel es que hay tiempo para ver, para tomar un café, para charlar con la gente.

Me toca, además, ese día hacer de enlace entre los puestos de la línea. Para esto es importante no ponerte el uniforme porque entonces estás muerto.

Soy un guardia civil de veinticinco años destinado en el norte que se pasa la vida con vaqueros y el pelo largo. Y mi bigote. Esto no me lo enseñaron en la Academia, en los meses de El Escorial, los del reglamento y la disciplina militar. Un guardia en vaqueros es lo último que se le hubiera ocurrido al capitán Sánchez y su bigotillo como el del Caudillo.

—Vamos hombre, Pastrana, que es usted un guardia.

—¿Y qué otra cosa voy a ser sino un guardia, mi capitán?

Es importante dar apariencia de tranquilidad cuando te traes algo entre manos. Ni siquiera Manoli sabe que hay algo. Y mira que tiene paciencia conmigo. Otra noche más tengo que ponerla a prueba porque no voy a estar en la cama cuando ella se retire, después de cenar, en la casucha de la Guardia Civil. No sé lo que le durará la paciencia, ni el marido, pero por su tío cabo ya sabía que esto es una guerra. Y los turnos del ocho por ocho. Ocho horas trabajando, ocho libres, ocho trabajando...

Nuestra casa da a la ría pero no es una maravilla de paisaje. Entre la humedad y el humo la pobre tiene que apañárselas de cualquier manera para tender dentro de la casa. No hay calefacción, los suelos son de madera viejos, la vida de un guardia en Irún no es un paraíso, no. Desde la ventana se ven casas altas de ladrillo, renegridas las fachadas por el humo, la bruma y la humedad. Es un poco deprimente, hay pocos días de sol, pero mejor hacerse a la idea. Ella se irá a atender las mesas en el Faisán y yo a mis cosas.

Este día que he desayunado un café con la madalena, he ido en moto, que he llevado cartas de un lado a otro, que he txiquiteado un poco con la parroquia, que he comido con mi mujer unas patatas con carne bien sazonadas, me parece un día normal. No sabes nunca el día que va a ser el último, más vale no pensarlo, pero sí temerlo. Para poder llegar a viejo. Este día no pienso en ello. Por la tarde he salido de casa con el chubasquero azul, bufanda, las

botas de reglamento y los vaqueros. Y el 9 corto en la cintura, sin funda, nunca en la sobaquera. El plan de hoy es fácil. Hay que colocarse en el apostadero y esperar a que llegue la pieza.

Hace tiempo que estoy con la mosca detrás de la oreja cuando oigo a los del Faisán. Me doy cuenta de que algo se está cociendo y que los de la organización están tramando un movimiento con Joseba. Se fian de mí pero tengo que seguir disimulando, no poner demasiado la oreja. Hay intuiciones y hay cosas que ni siquiera uno sabe explicar cómo han llegado pero supe que esa noche me tenía que poner a la espera en el apostadero de las Arenas de Mascarrillo, donde el asador.

Hoy cuando veo los controles de la Guardia Civil pienso que son una exageración: todoterrenos, cables con púas, conos de colores, fusiles de asalto y chalecos antibalas, quince tíos...

Esta noche voy en coche de línea hasta el asador y me coloco debajo de un alero del edificio para no mojarme. Como se colocan los cazadores, a la espera, en el apostadero. Me gusta trabajar solo. No doy explicaciones, no hay nadie que meta la pata, voy a mi aire. Ni siquiera en el Tercio en San Sebastián, ni los de Irún saben muy bien en qué anda Pastrana. Cuento lo justo porque sino no me dejarían hacerlo.

Algo pasará, o no. La vida de un guardia es pasar muchas horas a la espera. Antes de salir me he asegurado de llevar dos cargadores de reserva, aunque no es que el 9 corto que tenemos de dotación sirva para gran cosa. Muchas veces mi cabo, cuando vigilábamos en el Bidasoa cubriendo la frontera, me decía: «Manolo, si vienen disimula, que ellos llevan metralletas y no es cosa de palmarla así». En todo el cuartel solo hay una metralleta para veintiséis guardias y seis mosquetones que parecen de la Guerra Civil, de cerrojo. Esos no los quiere nadie. A la calle todos con el 9 corto.

El café bien cargado que me he tomado en el bar de enfrente de la parada del autobús me tiene que mantener despierto y caliente al menos las tres horas que pienso estar aquí. No es que llueva, es ese rocío que te va regando poco a poco a todas horas, es ese olor a húmedo y a árboles que en Albacete no hueles más que en lo más crudo del invierno y solo un rato. No es que tenga miedo es que tengo aprensión. No es que esté aquí de noche porque todo sea por la patria, es que yo soy de hacer bien el trabajo igual que soy de madrugar.

Por esta carretera pasan pocos coches pero la verdad es que no estoy esperando coche alguno. Vamos, ninguno en concreto. Estoy esperando como un perro perdiguero a que el olfato me diga qué debo hacer y a quién debo parar. Ojo, que nos equivocamos mucho. Doy paseítos, chocando las suelas de las botas para que no se congelen los pies. No miento si digo que me estoy poniendo nervioso. Cuando estás esperando a parar a alguien tienes ganas de que llegue ya pero también tienes ganas de que no venga nunca. El pulso se acelera unas cuantas veces con las falsas alarmas.

Hoy que recuerdo esto lo que no consigo es saber ni qué había cenado, ni si cené. No recuerdo los coches que pasaron, solo recuerdo uno. Lo que recuerdo es que cuando hacías esos servicios en un apostadero, al llegar a casa tenías todos los apéndices helados, hasta los testículos estaban congelados, pero solo te dabas cuenta cuando el resto del cuerpo entraba en calor y la sangre no llegaba bien a los extremos del circuito. El frío y el miedo. Vaya mezcla.

El instinto del perro cazador me dijo que parara a ese coche. Un tío solo a estas horas, un Citroën. Puede ser.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Salgo al centro de la carretera, tengo el 9 corto apretado contra la cadera.

Cuando te disparan no te sueles creer que te están disparando. Como que la cosa no va contigo. Pero joder que si va. Que te quieren matar. El coche se para pero el coche no se rinde. Los disparos suenan un poco en sordina. Apagados por la densidad húmeda del aire. El tío tampoco es que tenga demasiada puntería pero va a ver si yo la tengo. Hay un intercambio de tiros. Por el rabillo del ojo veo que hay otra furgoneta blanca que se ha parado. Hay gritos.

—¡Me cago en la leche, joder, te voy a matar hijoputa!

Pero el tipo sale del coche y se pone a correr monte arriba. No es que hiciéramos mucha gimnasia en la Guardia Civil, pero joder, tengo veinticinco años y estoy delgado. Lo he visto. Corre entre los árboles el muy desgraciado. Ahora no puedo dejarlo ir porque ya me ha visto la cara y en la frontera todos me conocen. La suerte es que el idiota no se para a disparar, dispara a la carrera, medio volviéndose. Yo no le disparo. Lo tengo a tiro. En ese momento me planteo matarlo. Por hijoputa. Pero él no tiene puntería, no dispara bien y

el imbécil no se para porque si se para y se gira y me apunta me mata. De eso sí me doy cuenta. Pero cada vez pienso menos claro porque la carrera monte arriba no se acaba. ¿Cuánto llevo corriendo? Ni idea, pero ya me duelen los pulmones y la piernas me flojean. Lo que pasa es que cada vez lo tengo más cerca. Lo pillo, lo voy a pillar. La sangre me da golpes en las sienes.

—¡Hijoputa, párate!

Se va para el cementerio, me acabo de dar cuenta. Allí no tiene cómplices ni nadie que lo pueda ayudar. Son las tantas de la madrugada.

Ya lo tengo cerca.

—Para, hijoputa, que te voy a matar.

Ya no dispara, solo quiere correr pero mis veinticinco años pueden con sus kilos, el tío no está demasiado delgado. Veo terror en su cara. Lo tengo enganchado con las piernas debajo de mí. Debe acojonar bastante tener encima a un guardia civil con bigote, cabreado y la pistola en la sien. El 9 corto de cerca sí funciona. A diez metros no haces nada ni das en el blanco, pero de cerca, a quemarropa, sí.

Pero no lo voy a matar. Lo hubiera hecho antes si hubiera querido. Pero yo no soy de hazañas sangrientas. El hijoputa va a cantar todo lo que sepa. Mejor vivo. En ese momento me doy cuenta de que no llevo grilletas. Será mejor la disuasión y el miedo para que no se me escape. Acojonarlo. Bastante cagadito está ya. Así lo bajo del monte, agarrado por detrás, encañonado con mi 9 corto. Me lo puedo cargar cuando quiera y él se ha dado cuenta porque debo tener cara de loco.

Va acojonado.

—¡Vamos, baja, hijoputa, que te mato! ¡Camina, me cago en todo, te vas a enterar!

—No me mates.

En el fondo son unos cagados estos putos gudarís.

—¡Vamos, cabrón!

Ni filiación ni hostias, me lo bajo a la carretera. Tenemos como media hora de camino para volver al asador y de momento pienso que solo le voy a atemorizar, que sienta el miedo porque sin esposas puede salir corriendo y no quiero otra carrera por el monte no vaya a ser que lleguen los suyos y salga escarmentado yo. El tío está agotado y yo también. Joder con el tabaco.

Al llegar a la carretera me encuentro un espectáculo dantesco. El coche que había visto por el rabillo del ojo resulta que era una Dyane 6. Está cargada de etarras que se ponen a disparar. Joder. Los suyos.

—Putas vida. Escóndete, cabrón, hijoputa.

El follón es ya considerable. Hay muchos disparos y la pareja de la Guardia Civil que custodia la ría se da cuenta del incidente. Vienen corriendo por la otra orilla de la ría y se suman a los disparos. Llevan los mosquetones, oigo el cerrojo que deja pasar una bala y otra. Yo me he escondido con el tipo este, que se llama Vicente, en la cuneta y respondo al fuego como puedo. Los guardias están lejos, al otro lado, y me parece que disparan a bulto, menos mal que aquí nadie tiene puntería.

Los etarras se dan a la fuga pero veo que hay otro coche parado del que salen unos gritos horrorosos, de chica. Es curioso pero lo que mejor recuerdo es que la chica es guapa. Qué leches, es muy guapa, morena, con cara de vasca. Muy guapa. Pero tiene un tiro que le ha dado en las dos piernas y está sangrando. El novio está muerto de miedo y no reacciona. La situación es cojonuda: de noche, llueve, tengo un etarra detenido sin grilletes, no sé dónde están mis compañeros, los guardias de uniforme se están dando mus al otro lado del río —normal, acojonados con el cristo— y tengo a una chica guapa sangrando y gritando. De aquí poca ayuda voy a sacar. Lo que tengo más cerca es la Cruz Roja de Irún.

Sin aire aún en los pulmones y yo creo que movido por la inconsciencia, pienso:

«Hay que curar a esta chavala, no se me puede escapar el hijoputa este, hay que irse de aquí antes de que los etarras vengan con más y mejor puntería».

—Al coche, hijoputa, nos vamos.

Cojo el coche de la pareja, me subo detrás al etarra, dejo a la chica a mi lado y me voy para Irún, a la Cruz Roja.

—Como te muevas te mato, ¿me oyes, hijoputa? ¡Te mato! Te limpio de este mundo y me fumo un puro. ¿Me oyes?

Yo creo que tiene más miedo que yo. Debe pensar que estoy loco. Los kilómetros no son muchos pero la chica no para de gritar y de llorar.

—A ver, tiene que curar a esta chica.

El médico, bata blanca, mira al suelo.

—Mire, yo no voy a hacer nada. Eso es una herida de bala y no quiero saber nada. No quiero líos.

—¡Hijoputa, la curas o te mato a ti también! A ti y a este y me quedo tan tranquilo, que me da igual. ¿Oyes?

Hay que entender al hombre. Si el herido es de un lado, malo porque tendrá problemas con nosotros. Si es del otro, de los nuestros, malo porque tendrá problemas en el pueblo. Ha visto llegar a un tipo con cara de loco, encañonando a otro, con una chica sangrando acribillada. Bueno, y el novio, que está blanco del terror y no sabe ni hablar.

—¡O la curas o te mato, hijoputa! ¡Y a este también!

A veces hay que activar un poco el juramento hipocrático.

—Vale, vale. Pero luego llamamos a una ambulancia que se la lleve a San Sebastián.

—Luego lo que sea, pero para la hemorragia que se nos muere.

La chica es verdaderamente hermosa. En qué cosas se fija uno a estas horas y con este lío. Morena, ojos almendrados, melenita, muy buen tipo. Una vasca bien hecha, joder. Muy guapa. «En qué cosas te fijas, Manolo, con lo jodido que se ha puesto el tema». Yo ya no sé ni qué hora es ni a qué hora me he tomado el café. No hay café ni hay nada en el puesto de la Cruz Roja de Irún, en la calle Fuenterrabía (hoy Hondarribia, claro). Los que nos han oído llegar, como para no oírnos, han disimulado. El médico sutura, para la hemorragia, inyecta un calmante. El etarra lo ve todo con los ojos desencajados.

—Como te muevas te pego un tiro. ¡Cabrón!

No se mueve. ¡Hombre que no se mueve! Debo tener cara de asesino, todo manchado de sangre. Yo creo que tengo sangre hasta en el bigote. La chica se ha tranquilizado, está medio dormida con lo que le ha puesto el médico. El hombre me mira con mala cara, le he jodido la guardia y lo he encañonado con una pistola, tampoco es que se lo vaya a reprochar. Es un paisano pero creo que no es de Irún, debe hacer guardias para la Cruz Roja de un lado para otro porque no lo había visto nunca. La chica es de verdad bonita, esto no se me olvida, y el novio un pasmarote, eso tampoco.

Al etarra lo tengo acojonado sentado en un lado pensando que en cualquier momento me lo liquido. Este es un correo de Antxón con los comandos y no me he jugado la vida por nada. Son las cinco de la mañana cuando aparece la ambulancia que se va a llevar a la chica al hospital de San Sebastián. Dejan al novio que vaya con ella.

—Gracias.

Está bastante drogada pero echo un último vistazo. Si la dejo allí, donde las Arenas, ya está muerta, no había cabina de teléfonos cerca y cuando pasa una cosa de estas la gente desaparece en kilómetros a la redonda por si acaso. La sirena monta un escándalo en las calles de piedra y se va para San Sebastián.

Y ahora me tengo que ocupar de este, que ya sé que se llama Vicente Cenarro. Han pasado cuarenta y cinco años y recuerdo la filiación y la cara. El caso es que sigo solo allí con el etarra, sin grilletes y con la pistola que le he quitado metida en el cinto y la otra en la mano. Me lo tengo que llevar al cuartel ya porque no aguanto más, estoy agotado, ya no queda en mi cuerpo ni una molécula del café ni del azúcar que me tomé anoche. Al cuartel hay lo menos media hora andando. Salimos de la Cruz Roja y caminamos hacia la plaza, que hay una parada de taxis. El taxista es al penúltimo al que voy a meter un susto esta noche.

—Tú, hijoputa, métete en el taxi y como te muevas te pego un tiro.

—Pero ¿qué hace? ¿Quién eres tú?

—Calla, venga para el cuartelillo de la Guardia Civil.

—Hostia.

El penúltimo en llevarse un susto porque el último es el guardia que hace puerta en el cuartel de Irún, mosquetón al hombro y con el capote puesto.

El taxi se para a la puerta.

—Tenga, veinticinco pesetas.

—Agur.

—Vamos, hijoputa.

Bajo el primero y luego, encañonado, baja el etarra.

—¡Pastrana!

Sí, soy Pastrana, traigo un etarra detenido y estoy lleno de sangre por todos lados porque, era guapa pero sangraba como una bestia.

—Coño, nos habían dicho que te habían matado en las Arenas.

No es que hubiera muchos guardias despiertos pero se había dado la alarma del tiroteo en las Arenas y nadie sabía dónde andaba. El cabo de Información pensó que me habían matado. Pues casi, no hubiera sido tan raro. La voz se había corrido por los que estaban de guardia esa noche, menos mal que Manoli no se ha enterado de nada.

—Pues no, traigo a este hijoputa.

Cuando hoy veo los todoterreno verde oscuro, blindados, los coches camuflados, los chalecos antibalas, las armas largas, metralletas, me suelo acordar de aquella noche. Un guardia solo, primero en el coche de unos heridos, luego se lleva en taxi a un etarra detenido sin grilletes ni nada, un detenido metido en un taxi.

—¿Quién es este, Pastrana?

—Vicente Cenaarro, es un correo de Antxon con los comandos, mi cabo.

—Hay que llamar al Tercio.

Aquella noche acabó muchos meses más tarde. En medio, Cenaarro nos dio información para que cayeran ochenta y siete etarras. Lo que recuerdo es que subió hasta el director general y que hubo un helicóptero. Las detenciones las hicimos nosotros y también los de la reserva porque trajeron guardias de todos lados. La medalla me la dieron en el despacho del coronel del Tercio, en San Sebastián, semanas después.

—Pastrana, tienes una roja. Enhorabuena.

—Bueeno, mi coronel, se dio bien la noche.

Hacerme el paleta siempre me ha funcionado. Me tienen lástima y me dejan en paz. Es verdad que la medalla al mérito con distintivo rojo no viene mal a un guardia raso como yo pero lo mejor de aquello es que me conoció el coronel, que se interesó por lo que estaba haciendo yo en Irún.

—Pastrana, a partir de ahora me informa usted a mí por medio de mi ordenanza, el capitán, ¿está claro?

—Claro, mi coronel.

Como para que no lo estuviera. Ese capitán era el sobrino del coronel.

Iba a seguir trabajando solo, pero por un camino por el que no había ido nadie. Me ha venido bien que me conociera el coronel.

EL GUARDIA TUERTO

Cuando llueve los coches ruedan en «A», su sonido es un shaaass que llega amortiguado. Los árboles acaban en gris, camuflados con el cielo de nubes grises que se desploman. Una estridencia en «A», pero con sordina. Nunca me acostumbraré a los días de lluvia continua, sin tregua, de gente chepuda bajo los paraguas y los impermeables. Puede que fuera joven e irresponsable, que el carnet de guardia me diera licencia para casi todo, pero no estaba tan ciego como para no saber que estaba jugando con fuego. La risa, la broma, el bolsillo alegre de Joseba no tapan el chute de adrenalina que me estoy inyectando cada día.

Pasar a Francia está prohibido y yo no solo paso a Francia, sino que me voy a ver a etarras, o a quienes yo creo que son etarras. Les llevo comida y recados desde España. Colaborador necesario, cómplice. Ese diría yo que es el tipo penal. Traidor, me dirían otros. Ay, la traición. Quien crea que solo tiene una cara, ¡bueno va! Hay días que la adrenalina se me sube por el estómago hasta la garganta, hasta casi no dejarme respirar. Es una bola invisible que se aloja bajo el esternón. Irrespirable.

La rutina del Servicio de Información, los turnos que caen, como martillazos, uno tras otro en la Guardia Civil, los cien recados que hago en moto, mi pluriempleo ganándome a Joseba. La traición.

Hay días en que necesito ponerme el impermeable, agarrar el paraguas y marcharme solo por la orilla del Bidasoa. Me gusta quedarme mirando la isla de los Faisanes. Me parece el sitio más bonito y especial de Irún, de Behobia, de esta frontera infernal que a veces parece un juego entre estraperlistas, espías y guardias tuertos: por un ojo ven, por el otro no quieren ver. La gente se cree que Franco y Hitler se encontraron en Hendaya, en la estación de tren. En realidad los trajeron a esta isla, donde les montaron un servicio de plata y mantel blanco de hilo y se jugaron las castañas, como si esto fuera el Risk.

«Paco, métete en la guerra, hombre». «Me das Gibraltar a cambio». «No, que se me enfadan los ingleses aún más y te vas a poner fuerte». «Pues solo te ajunto a medias». «Pues hala». Me imagino cómo sería el encuentro entre los dos dictadores bajitos. Todo vigilado por la guardia mora, cetrina, canija y asesina; y por los SS hitlerianos, rubios, espigados y asesinos. Franco está vivito y coleando aún en El Pardo y al otro lo enterraron, después de aplicarse a sí mismo el picado del pasaporte al más allá, entre cascotes de un bombardeo en Berlín en mayo de 1945. Está claro cuál de los dos era el más listo.

Me gusta evadirme pensando en estas cosas para intentar capear el monumental lío en el que me estoy metiendo. La isla en realidad es un paraíso en medio de cruces de carreteras, edificios cuadrados feos, fábricas y trasiego de camiones. Hay, evidentemente, faisanes y un bonito bosque de ribera, de esos que no abundan en mi Albacete. La isla no es demasiado grande, como dos manzanas del barrio de Salamanca de Madrid o así, cuajada de árboles. Algunos días de la semana hay un transbordador que te lleva allí, donde ahora hay un pequeño merendero al que van algunos románticos.

El amor y las traiciones.

La Avelina me pide de vez en cuando que la acompañe a San Sebastián, aunque sabe que conmigo no hay ni habrá tema, pero a ella le gusta jugar a los dobles juegos. Juega a que va para hacer recados de los negocios de Joseba, pero decir negocios es una acepción muy amplia de la palabra para lo que en realidad hace. Cuando no lleva escolta (a mí) hay citas galantes. Citas galantes con barbudos. Hay recados que se hacen en San Sebastián por encargo de los que están en el otro lado, en Francia. Y, hombre, algo para el negocio también cae. Yo diría que Joseba Elosúa es un comodín para la banda terrorista ETA. Hace muchos papeles y está al quite de lo que haga falta. Él es legal y eso es útil para la banda que necesita que haya gente con negocios, que gane dinero, que pueda tener relaciones con gente como yo.

—Hola, ¿qué tal? Te presento a Manolo, un sobrino mío de Burgos.

Pero algo raro se trama cuando me presenta así, con lo difícil que es que yo, con mi acento manchego, pase por uno de Burgos. Y eso que yo me he hecho pasar por muchas cosas en esta vida. Mi tapadera preferida era la de camionero. No tienen por qué conocerte, ya que eres de fuera, pero te pueden

haber visto muchas veces. Te permite preguntar por un sitio o una persona y a la vez hacerte el tonto. Un camionero toma café en los bares, puede ir a un puticlub, compra en las tiendas y es plausible que esté desorientado en la calle, sin saber demasiado bien a dónde va. Y preguntar por direcciones, que es lo principal.

Así, como su sobrino, me presentó a Manolo y Félix, amigos suyos de Plasencia de las Armas. Un día que estábamos los cuatro con unos txiquitos de vino les dijo:

—Bueno, os cuento la verdad. Manolo es guardia civil.

No, no se espantaron. Era un cuento para mí porque ellos se tenían ya ventilado qué era yo y qué querían para mí. Todos jugueteando. Con fuego. Manolo y Félix, ya lo he contado, son unos tipos de Plasencia de las Armas, un pueblo que está en el Bajo Deva, aunque viven en Francia, en Bayona. Allí tienen un taller de niquelado. Esto es tierra de metalúrgicos, nada de andarse con industrias chiquitas. Son simpáticos, amables y a mi mujer, Manoli, le caen muy bien ellos y sus señoras por el regalo de boda que nos hicieron. Ellos vienen de compras a España, ponen gasolina porque está más barata y regresan siempre pasando por el Faisán. Tienen furgonetas, lo que es clave en el negocio del que estamos hablando. Y no hablo de niquelar piezas, precisamente. Un guardia con mala leche nunca cree en las casualidades.

Tienen una furgonetilla de esas blancas, no recuerdo la marca. Lo que sí recuerdo es que miro la furgoneta con ojo de guardia que hace controles y me doy cuenta de que siempre tiene las ballestas bajas porque va cargada hasta los topes. Podría ser normal si te dedicas a las compras, pero hay bares mucho más majos que el Faisán para detenerse a tomar un café. Estos andan en el ajo. Luego sabría hasta qué punto estaban en el ajo. El ajo y el perejil, eso eran ellos. Una salsa de tomate completa.

Mirar cómo las nubes bajas se enganchan en las ramas del bosque de la isla de los Faisanes me relaja. La isla no queda lejos de mi casa, de casa (mi padre decía: «El casado, casa quiere»), las viviendas de Chartres, un conjunto de bloques a menos de doscientos metros de la frontera. Un nido para maketos y obreros sin lujo de ningún tipo, pero mucho mejor que la podredumbre del pabellón de casados de la Guardia Civil. Entre otras cosas tenemos calefacción y no hay ningún superior que tenga derecho a entrar en tu casa

cuando le dé la gana, con tu mujer en bata, con los rulos, o sin nada de lo anteriormente dicho, creo que estoy siendo suficientemente claro. La ordenanza de la Guardia Civil dice que las casas están a disposición de los jefes y que pueden entrar en ellas cuando les dé la gana. Es una especie de derecho de pernada que no respeta intimidad familiar ni nada. Menos mal que ya ha cambiado.

Si me vieran desde lejos, la verdad es que soy un guardia bastante atípico. Poco marcial, diría yo. Pero abnegado por el Cuerpo porque por el Cuerpo me estoy empezando a jugar la vida. Pero hay veces que, o le echas agallas, o mejor te vas a casa. Y yo a Albacete, de momento, solo quiero ir en Navidad a ver a los padres.

Seis y media de la tarde. Ya está bien de recreo, Manolo. Me enderezo, apoyo las manos en la barandilla para estirar la espalda y me doy la vuelta. He dejado la moto junto a una señal de tráfico, atada. Desde aquí a Fuenterrabía es un paseíto de nada pasando por el polígono industrial, con cuidado para que quien no me pase por encima sea un tráiler de esos cargados de acero. Recorro en moto toda la orilla de la ría. Llego hasta el muelle de piedra que hay a la entrada del pueblo. Me detengo y miro un momento. Han regresado los pesqueros de faenar y están trajinando en cubierta los pescados, preparando los lotes para la lonja. No menos de media docena de merluzas irán a parar a la nevera de algún tuerto que yo me sé. Los pescadores llevan esos petos impermeables, jerséis de cuello alto, gorros de colores para ser vistos si caen al mar. Almacenan palés de madera cargados de pescado que aún colea. Veo las laderas verdes, feraces, las vacas gordas, los barcos cargados de pescado. Pienso en mi tierra raída y seca, exprimida como las ubres de una oveja vieja.

Enfilo hacia la calle empedrada donde están los bares más animados de Fuenterrabía. La cita es en una taberna vieja y discreta, donde ya me conocen. Yo soy un guardia atípico y quien viene ahora mismo tiene la planta típica de un militar de academia. De hecho, para mí ha supuesto recuperar la esperanza en los que salen de la Academia de Zaragoza. Es un guardia civil bien planchado pero con la cabeza perfectamente amueblada. Puede que yo sea un guardia atípico pero ya tengo la roja en mi pechera de gala, ¿sabes? Y ese guardia de reglamento que viene vestido con pantalón gris, chaqueta azul, sin corbata y una gabardina como de espía de película, de momento no tiene

ninguna. Lo único que le falla en el atuendo es que sobre los zapatos castaños de cordones tipo inglés lleva un ridículo dobladillo, como si fuera un lord salido de una casa de campo donde cazan el zorro y me parece ridículo.

Huarte es hijo de un coronel que había nacido para ir a la Academia de Zaragoza. Pero algo se torció, que suspendió el examen y ahora está aquí, destinado al norte. Aunque eso sí, a la sombra del coronel jefe del Tercio para que no le pase nada. Al menos Huarte me está librando de tener que tratar con el animal de mi sargento del Servicio de Información. Él estaba con el coronel cuando tomamos el vino para celebrar las «rojas» por la operación de Vicente Cenarro.

—Pastrana, después de esto, lo que usted me pida. No me puedo negar.

—A sus órdenes, mi coronel, ¿qué voy a querer yo, un pobre guardia?

—Hombre algo habrá, que nos conocemos.

El coronel es un tipo fino, alto, de academia. Ha estado en la Legión y tiene fama de que está chinado, loco, que sale por donde menos te lo esperas.

—Yo, mi coronel, con todo el respeto y la obediencia debida, solo le pido que me quite de encima a ese sargento de Irún.

—Cojones, Pastrana, que es tu jefe.

—Me va usted a perdonar, pero si le parece normal que un agente operativo de campo se dedique a copiar doscientas veces un artículo del código disciplinario...

El coronel se descojonaba. Aquí el guardia bufón, no te jode.

—Es usted un pieza, Pastrana, a saber qué hizo.

Huarte estaba en el Estado Mayor del coronel jefe del Tercio y tenía criterio. Era un pijo, pero con criterio.

—Yo me puedo ocupar, mi coronel.

—Hecho, Pastrana, su enlace conmigo es directamente Huarte. No pase las cosas valiosas por el pobre sargento que no sabe dónde tiene la mano derecha ni la izquierda.

—¡A sus órdenes!

A los jefes les pone cachondo ver un imbécil con una medalla al mérito de color rojo. Pero hay que aprovecharlo. Contactamos en la taberna, un par de txikitos y nos vamos a hablar por ahí, donde no oiga nadie. Huarte no sabe, pero es listo e intuye. Algo le cuento sobre de dónde estoy sacando la

información. Mi máxima siempre ha sido la discreción, que nadie sepa exactamente lo que estoy haciendo. Por eso casi todo lo que he hecho ha sido solo, sin nadie que pueda meter la pata. Le hablo de lo que se cuece y oye en el garito de Joseba. También le pongo al corriente de unos cuantos que estoy cebando. Les estoy soltando la mano para que se confíen. Hacer la vista gorda, o estar tuerto pero con el ojo entreabierto, hace que ellos vayan enganchándose al lazo. Tengo tres o cuatro que están pasando gente y material. Y que se están confiando. No son mi objetivo, mi objetivo es llegar al centro de la madeja que está en la otra orilla: en Francia.

No le hablo de Joseba, ni del Faisán, ni de los matrimonios de Plasencia de las Armas.

—Vale Pastrana, ya sabe. La información normal, por el sargento y el cable con el Tercio. El resto, me llama y me pego un paseo a Fuenterrabía, que está bien estirarse y salir un poco.

—Vale Huarte, así lo hacemos.

—No se meta en líos.

Huarte me mira de abajo a arriba y no debe sacar demasiadas buenas conclusiones.

—Mejor dicho, no se me meta en demasiados líos.

—Se hará lo que se pueda.

Un apretón de manos y cada cual por su lado. Humo y aquí no hubo nada.

La frontera es un no parar de camiones, en los que lo raro es que no se contrabandee. La gente de ETA se está moviendo como le da la gana y claramente la Guardia Civil está rebasada por los acontecimientos y la realidad exterior. No comprende lo que está pasando y está perdiendo esta guerra incipiente. Ellos están muy seguros, casi fanfarrones. Yo hablo muchas horas con Joseba. Me pide que lo acompañe en coche a Francia a hacer recados y compras. La verdad es que el tío es un campeón del contrabando. Hace de todo: puros, angulas, carne, champagne francés, terroristas...

Tiene tres pisos en Irún en los que mueve la mercancía con una facilidad pasmosa. La verdad es que hasta me cae bien y no creo que sea síndrome de Estocolmo. Yo me meto de copiloto y cruzamos para Francia. Los guardias de la frontera me saludan, aunque yo disimulo porque lo que estoy haciendo es absolutamente ilegal. Pero la pieza está entrando cada vez más en el lazo. Ya

apenas disimula conmigo. En el coche hay papeles, lleva sobres de un lado para otro, habla con gente...

Un día me veo tomando una sidra, cerca de Hendaya, con unos de barbas.

—La hostia, Joseba, ¿qué te cuentas de la Avelina?

—Jiu, jiu, jiu.

Cojones, Manolo. En la tertulia reconozco a uno, a pesar de la barba. Claro que he visto la foto en la comandancia y está en las fichas que tengo asignadas. Echave Abengoa, Joaquín. Perteneciente a la banda terrorista ETA. Estoy en el epicentro. En el santuario. Joseba no dice delante de mí que soy guardia, para ellos sigo siendo el sobrino de la Avelina. Mantengo el tipo como puedo. Delante de mí van pasando muchas fichas, muchos de los que tengo en mi archivador.

Mi familia siempre me ha respetado y me ha permitido hacer todas estas cosas. Desaparecer de casa fundamentalmente y perderme la infancia de mis hijos. Pero inevitablemente alguna vez llegan las preguntas, algunas preguntas que no quieren ir a sitio alguno.

—¿No te daban ganas de detenerlos?

Quizás de matarlos. Pero en realidad no. En mi cabeza todo esto es un juego aunque soy consciente de que me estoy jugando la vida. La fama que tengo es que Pastrana se la juega a todo el mundo. Pero allí no se la estoy jugando en realidad a nadie. Igual que dicen que cuando hay un tiroteo todo pasa a cámara lenta (es mentira, doy fe), cuando estoy trabajándome a los etarras yo diría que mis sensaciones son más de que estoy haciendo una travesura. Más tarde me daría cuenta de que todo esto me podía costar un tiro en la cabeza y que me limpiaran de en medio... Pero eso sería más tarde.

Lo que pasa es que cada día Joseba y Avelina me reclaman para más cosas. Y me empiezan a pedir favores, cada vez más complicados, que me podrían costar muy caro. En mi oficina, en el cuartucho de los del Servicio de Información, tengo que dar algún tipo de explicación porque cada día falto más, estoy más ausente.

Le he pedido a Huarte que le exponga al coronel que me quite de encima al sargento, que no me deja moverme. Me hace un marcaje que recuerda al de Magriñán a Di Stefano.

—Huarte, que te digo que es un burro. No atiende a razones.

—Yo se lo cuento al coronel pero usted, de momento, no dé motivos para que sospeche.

¿Y por qué me habla este hombre de usted, si los dos somos guardias rasos?

—Hay que tenerse respeto, Pastrana.

Y que eres hijo de coronel, mamón.

Mi nuevo jefe es el cabo del que dependo jerárquicamente. Con el cabo me llevo bien y lo metemos algo en el ajo. Ahora mismo técnicamente solo hay tres personas que saben lo que estoy haciendo. El coronel, el cabo y Huarte, que es el que va con los recados de Fuenterrabía a San Sebastián. Para todo el resto de la Guardia Civil y de la Policía Armada, si se enteran de lo que estoy haciendo para Joseba, me meten en la cárcel o directamente un tiro. Muy tranquilizador todo. Por suerte, en casa Manoli no rechista, entiende mi trabajo porque a ella le confieso por las noches los manejos. Ya tenemos un niño y eso la tiene agotada como para pensar demasiado.

Pasar al otro lado se hace ya rutina con Joseba y los etarras me tienen asimilado como un mono más de la función. La rutina es la misma. Joseba carga comida y papeles en el coche y cruzamos por Behobia a Behobie. Desde allí subimos por la carretera hacia Hendaya. A veces paramos en Bayona o en Biriattou... rara vez llegamos hasta San Juan de Luz. Vamos dejando cosas en casas y nos juntamos a txikitear un poco en una sidrería. Las conversaciones cada vez son más sinceras entre ellos y yo me hago el loco o el tonto, como que soy el secuaz de Joseba.

A Huarte le cuento que estoy cebando, es la época de siembra y no hay que ponerse demasiado nervioso. Yo ya he pensado cuál es mi límite, hasta dónde voy a llegar en la complicidad sin parar y detener a esta gente: las muertes.

Siento el escalofrío de que estoy traicionando pero me tranquilizo pensando en la meta.

—Me dice el coronel que sigas así, que no aceleres más de la cuenta. Que la información está siendo buena y ya la ven en la Dirección General y en el ministerio.

—Pues me va a salir una úlcera con todo esto.

—Anda, anda, Pastrana, que estás disfrutando como un maricón con lombrices.

Ayyy, maricón... En el fondo Huarte me caía bien, era eficaz y amable. Lo que tenía que ser, un tío de una pieza. Pero en toda historia lineal, sobre todo cuando se juega con fuego, hay piedras que hacen que, o se pase por encima de ellas, o haya que dar un rodeo. Cada día se me encoje más el estómago al pasar la frontera. Cada vez las preguntas son más complicadas, aunque creo que Joseba les ha contado por detrás que soy guardia y a ellos les gusta sonsacarme. Se descojonan de que un pikoleto les esté llevando la comida y la ropa sucia, como si fuera su sirviente. La piedra fue en realidad un golpe, pero de los bien dados. Ya digo que la Guardia Civil no se enteraba de gran cosa. Cuatro de Información en Irún, uno de ellos yo, no teníamos ni para empezar. El golpe fue en la empresa de transportes Daka. Lo dio un comando que había pasado de Francia. Bien dado, profesional. Diez millones que se llevaron de la caja. O sea, casi mil doscientas veces mi sueldo de un mes. Pero la huida no sale bien y se les ve escondiéndose por el bosque.

Empieza la caza al hombre. Y en esta caza, enrabetada, la Guardia Civil no escatima medios. Llegan guardias de la reserva, de San Sebastián y vemos aparecer un helicóptero. Pocos helicópteros había visto yo en mi vida, ahora que lo pienso quizás ninguno. La caza empezó cercando y rastreando el monte. Vamos, las generales de la ley. Poca imaginación. Perros, guardias, Land Rover de aquí para allá.

Yo me quedo fuera del operativo. Afortunadamente. No me gustan esos líos, las órdenes ladradas y las armas demasiado largas.

—Manolo, ¿me acompañas a unos recaditos? Merendamos en Behobie.

—Vale. Vámonos.

Joseba va risueño, muy tranquilo.

—Vaya lío que están montando tus amigos los pikos, Manolo.

—Ya veeesss.

—Jiu, jiu, jiu.

Hijoputa. Ya os pillaremos. El coche pasa por el puesto, yo miro para otro lado, pero el guardia me guipa sin problema. Levanta la mano con risa socarrona.

Me cago en la puta vida. Lo del robo me ha puesto de mala leche. Me toca mucho los cojones que vengan a robar de esa manera, que se monte semejante barullo de guardias y se me alborote el gallinero, que lo llevo yo bien cebadito con su grano y sus dosis de cianuro. Ya pillaré a todos los hijoputas de una vez.

—Hoy tengo que ir a la carpintería. Me esperas en el coche, Manolo.

—No te preocupes.

El txirimiri va ensuciando el parabrisas. Los limpias hacen un chirridito irritante. Seguramente lo recuerdo más irritante de lo que era por la mala leche que llevaba en el cuerpo. Estaba inquieto. Esta puta lluvia que no se acaba nunca. Es como si cogieran el mar a paletadas y lo subieran a las nubes a descargar. Me parece lluvia que viene de lo más oscuro del océano que tenemos ahí delante. Lluvia atlántica, fría.

Casi agradezco cuando Joseba se baja del coche, a unos cien metros de la carpintería. La carpintería de ETA en una nave que está situada en el polígono industrial que hay justo al entrar en Francia, en Behobie. Casi ribereña de la ría. Desde allí se ve la orilla española perfectamente. Yo tengo prohibido siquiera acercarme.

—Ahora vengo. Espera aquí.

Joseba se va a zancadas, sin paraguas, a la carpintería con una bolsa de deportes. No digo eso de «¿aquí cuándo se merienda?» como los niños pequeños, pero poco me falta por el mal humor que tengo. El agua va ganando terreno a las zonas secas del cristal del coche. Se va formando el vaho por mi transpiración aunque tengo un poco de frío. Me gusta cómo caen las gotas en los cristales, me hacen sentirme seguro dentro del coche, a salvo. Pero soy guardia civil, cojones. No dejo de mirar, el instinto, siempre con una rebaba de malicia. Veo figuras que van y vienen, un poco a la carrera para huir del chispeo. Abrazos. ¿Por qué están tan contentos?

Joder, porque la rápida sucesión de ojo-memoria-ficha me hace ver, entre las brumas del vaho, que esos tres son del comando. ¿Lo son? Joseba regresa a la carrera, con los brazos y las piernas descoordinados como un grandullón que es. Lleva la bolsa llena de nuevo. Una bolsa Adidas azul oscuro con el símbolo de la marca a un lado, parece de las de los mundiales o algo así. Y yo

qué cojones sé, si para no hacer deporte me he dejado medio sueldo en una vespino.

—A estos ya no los pillan tus pikos, jiu, jiu, jiu.

—Joder.

—Jiu, jiu, jiu. Que no, Manolo, que ya pueden echar gasolina al helicóptero ese. Jiu, jiu, jiu.

Una piedra que altera el orden lógico, lineal y previsto de los acontecimientos. Ninguno de los dos sabíamos que desde ese momento se iba a alterar todo ya para siempre. Había cerca de seiscientos guardias, media docena de perros y un helicóptero haciendo el ridículo buscando a un comando etarra bajo la lluvia por un monte. Este no era mi límite, pero la risita jactanciosa de Elosúa me ha sacado de quicio. Me da igual que todo se vaya a la mierda. Joseba me deja pasada la frontera, le digo que quiero andar un poco.

—Tú estás loco, Manolo, has tomado demasiada sidra, ja, ja, ja.

Tu puta madre y la sidra que la parió.

No debo correr, busco una cabina de teléfonos. Echo la moneda (luego aprendería a llamar por la cara, pero eso aún no pasaba).

—Huarte, vente echando hostias.

—Leche, Pastrana, qué prisas. Donde siempre.

—Corre, hostias.

El cable llegó rápido y dejaron de gastar gasolina del Estado inútilmente. Había subido a San Sebastián hasta el director porque se olía que iba a haber presa. Qué ciega estaba la Guardia Civil. Y tenía que ser precisamente un tuerto quien les devolviera la vista. Pero la piedra ya estaba rodando, monte abajo.

—Pastrana, váyase para San Sebastián, le quiere ver el coronel.

Pérez, el sargento, rumiaba desde el escritorio de la esquina maldades contra mí. El hijoputa de Pastrana se le estaba escapando vivo, ¿qué coño tiene con el coronel ese pelagatos? En San Sebastián me van a despachar rápido. Me recibe Huarte, con los botones brillantes y el uniforme con una raya que podría cortar jamón, afilada. Qué arte tiene el tío.

—Pastrana, a ver en qué lío me está metiendo. El director general me ha dicho que baje usted lijando melodías a Madrid y se presente en la Dirección

General, ante el jefe del Estado Mayor.

No hay traición detrás de este escalofrío. Está la imagen del enorme mostacho gris de José Antonio Sáenz de Santamaría y su cara de ogro feroz.

—Eeeh, a la orden de usted, yo bajo a Madrid.

—¿Pero se puede saber cómo se enteró usted de que esos habían huido a Francia? Prefiero no saberlo, eso se arregla usted con el coronel Santamaría.

La secuencia estaba bien clara, muy propia del estamento de la época. El recado de Huarte había llegado derrapando por las curvas a San Sebastián. El jefe del Tercio ordena que se pare la búsqueda. El director general se entera en su hotel, donde nadie se atreve a chistar cerca de su habitación, de que se ha parado la búsqueda y se ha pegado el paseo para nada. Pide explicaciones al coronel. El coronel se encoje de hombros. ¡A mí la Legión! La piedra rueda ya a toda velocidad.

Presentarse delante de un jefe de Estado Mayor, coronel del Ejército a todo esto, no es moco de pavo para un guardia con la escueta recomendación del alguacil de su pueblo. Llevo los botones brillantes, los zapatos limpios, el mejor uniforme de los que tengo, si bien ya me está apretando un poco por el abdomen. Lo cubre el cinturón de charol, con hebilla de latón. Ya no llevamos, desde hace un año o así, ese uniforme que venía desde la guerra mundial, que parecíamos soldados de la Wehrmacht. En lugar de cerrar el cuello con unos corchetes, ya llevamos corbata. Una cosa más civilizada. Yo creo que eso le parece una mariconada al bestia de Sáenz de Santamaría. Ojo, que su aspecto engañaba. Tenía pinta de fiera, con la mandíbula algo salida, como de brontosaurio carnívoro, pero era muy listo. Muy fino.

Los guardias que trabajan en el Estado Mayor llevan un gorro cuartelero de dos picos, en lugar de tricornio, con una borla sobre la frente. Yo llevo el tricornio no tan brillante como quisiera. He parado una operación de la Guardia Civil del copón de la baraja por mi cara y ahora tengo que rendir cuentas al director general. Un guardia destinado en el último agujero del territorio nacional. Pastrana en persona.

Las cosas no van tan mal con Sáenz de Santamaría.

—Eso que está usted haciendo es muy peligroso, me imagino que lo sabe.

No van tan mal, pero yo sigo allí firmes, ¿sabes? El tricornio sobre el antebrazo, que se me está durmiendo. Joder con el general. El nudo que me

apretaba el esternón se está relajando, no obstante.

—Sí, mi coronel, lo tengo asumido.

—Con que asumido, ¿eh? Le pueden matar en cualquier momento. Y lo que es peor, ellos o nosotros.

—Puede merecer la pena, mi coronel, con su permiso.

—Puede. Dígame qué necesita. Mejor dicho, dígaselo al coronel jefe y que se encargue. Ya mandamos desde aquí un fax.

—A la orden, mi coronel.

—Pero que conste que no está usted obedeciendo órdenes, que actúa bajo su iniciativa.

—Si así tiene que ser, mi coronel...

—Buen trabajo Pastrana.

Uno de los oficiales allí presentes es Cassinello. No lo conocía. Quizás la persona más inteligente que he tratado en mi vida. La piedra lleva ya velocidad de crucero. Tengo permiso para seguir tuerto a mi aire. Me siento fuerte para adentrarme más en el territorio enemigo.

Los días pasan rápido, los árboles se llenan de hojas verdes, los prados se ponen lujuriosos, el río baja crecido por los deshielos. Y yo sigo haciendo recados con Joseba, con Avelina, con Azurmendi, con la madre que me parió.

Al sargento lo destinan a Madrid. Por mí que se hubiera ido a las Chafarinas, no se portó bien conmigo. Con el cabo al frente de la oficina del servicio en Irún las cosas son más fáciles. No estoy usando nada de la información que tengo y que voy acumulando para operaciones. Mi trabajo oficial es la rutina. Detenciones de sospechosos habituales cuando hay un atentado, perseguir a contrabandistas —sin tocar a la Otilia ni a Joseba—, controlar manifestaciones, ir a la misa a oír qué barbaridades soltaba don Aniceto.

Con la primavera crece el vientre de mi mujer. Nuestro segundo niño viene en camino, mientras la piedra rueda, descontrolada, camino de impactar en la diana. Pasa otra vez el calendario cuesta arriba, camino de otro invierno. El niño va creciendo en la tripa y se desnudan de nuevo los árboles de la isla de los Faisanes. El otoño triste, la rutina interminable, la adrenalina que me despierta cada día que pasamos a Francia. Enfila ya diciembre.

—Manolo, a ver si un día hablamos con más calma, que siempre venimos corriendo con la compra y de vuelta a Francia.

Félix tenía las orejas grandes de vasco, las manos grandes y hablaba un poco a graznidos. Solía llevar la voz cantante de los dos socios. Manuel era más callado, más reservado. Solía conducir el coche, claramente por el camino que a Félix mejor le parecía.

—Pues claaaro, cuando quieras, hombre. Yo soy muy de hablar.

—Te estás portando muy bien, la verdad es que no sabemos cómo agradecerte lo que haces por nosotros.

—Naaaada, hombre. Ya sabes que hoy por ti y mañana por mí. Encantado, no tiene importancia. Yo lo hago encantado.

—Es que no es fácil encontrar gente como tú. Tus compañeros son más bien bestias.

—Si yo te contara. Pero nada, hombre, son buena gente, lo que pasa es que ganan poco.

Ya he descubierto que el taller de estos en Bayona es una tapadera. Es un cuartel donde duermen durante unos días los etarras que pasan a Francia. Un refugio logístico, aunque los muy hijoputas hacen trabajar a los barbudos unos días en el taller de niquelado. Hay algunos a los que a hijoputas no los gana nadie.

Me he ganado la confianza de estos matrimonios de Plasencia de las Armas que viven, trabajan y refugian a ETA en Bayona. Son ETA. No los voy a detener ni los detendré nunca jamás. Me va la vida en ello. Y una operación muy importante. La cabeza de la fiera está ya casi totalmente en el lazo. Ya solo hay que correrlo muy poco a poco, sin prevenir a la pieza. Instinto de cazador.

—¿Para cuándo sale Manoli de cuentas?

—A la mitad de diciembre, dos semanas.

—Bueno, seguro que va a ir todo bien.

La cita se hace por medio de Joseba. Que tiene recado de Félix, que va a venir con Manolo, sin las mujeres.

—El jueves aquí.

El jueves, joder. Mi mujer está a punto de dar a luz. Es sábado. Tengo que ir a Madrid.

Huarte. Huarte-coronel. Coronel-San Sebastián. Me ordenan viajar a Madrid, a ver al jefe del Estado Mayor de la Guardia Civil de nuevo. Esta vez no me llevo uniforme ni historias. La cita es rápida. Viajo el domingo y mi mujer quiere matarme.

—Manolo, que salgo de cuentas y a ver qué hago.

—Vuelvo mañana, te lo prometo.

El despacho del coronel Sáenz de Santamaría es enorme, con alfombras. Está panelado con maderas nobles, escritorio que parece de cerezo, lamparitas por todos lados. Banderas de seda cara. Pero hace un frío del carajo. Se me están acalambrando los dedos de los pies. Estoy firme pero es un poco ridículo porque llevo traje con corbata, el de la boda, no uniforme.

—Pastrana, usted verá, se lo repito.

—Con su permiso, mi coronel, ya estamos casi.

—¿Y cree que se lo van a pedir?

—Están a punto de caramelo.

—Pero sabe usted que en cualquier momento le pueden matar. Le pegan un tiro en cualquier cuneta de Francia y se deja a la mujer viuda, no se entera ni dios.

—Lo sé, mi coronel.

—Sabe que es bajo su responsabilidad.

—A la orden, mi coronel.

—Tenga usted cuidado.

—A la orden.

La piedra, que ha cogido velocidad, va a impactar en cualquier momento. Estoy listo. Llevo en el País Vasco —entonces lo llamábamos Vascongadas— desde hace tres años. He bebido litros y litros de coñac, vino y sidra con Joseba. Alterno con etarras. Les he convencido de que soy un sinvergüenza. Llevo parche en un ojo, como los piratas.

Ha llegado la hora. Y estoy acojonado.

TREINTA MIL MONEDAS DE PLATA

—Si no te importa me voy a sentar junto a la pared. Si me matas quiero ver llegar la muerte de frente.

—Jajajaja, qué tipo este.

—Dirás lo que quieras pero estoy muerto de miedo.

—Tranquilo hombre, que vamos a hablar de negocios.

Domingo Iturbe Abasolo, alias *Txomin*. Otra ficha del archivero que estaba a mi espalda. El jefe de ETA. En la ficha, de frente, no se le veía tan bien que tenía nariz de gancho. Moreno, pelo fuerte y bueno. Bigote. Alto, delgado. Un profesional. Me puede matar ahora mismo.

Me carga, me empalaga, me marea el olor de los hospitales. No la sangre, no el olor a medicamentos, a desinfectantes. Me mata el olor a las cocinas de los hospitales, que se vuelve penetrante cuando suben el rancho a los enfermos. No he dormido, tengo demasiada tensión en el cuerpo y en la cabeza.

Manoli rompió aguas y yo le pedí a Joseba que me llevara en un coche de los suyos.

—Tengo que llevármela al hospital, que viene el niño.

—Hostia, corre pues.

Un vasco de Zumaya, el muy cabrón.

—Gracias.

En la habitación hay cuatro camas, todas de parturientas. Ha venido la tía de Manoli, la mujer del cabo de Behobia. Menos mal, un poco de tranquilidad, entre ellas se entienden y a mí me dejan un poco de lado. Si pasa eso cuando nacieron mis nietos, a mis hijos los destierran, pero estamos en diciembre de 1974, las cosas y la vida son muy distintas. Hoy, por ejemplo, ya apenas queda nada de ETA. El crío ha nacido de madrugada y yo solo quiero irme a tomar un café, a quitarme el repugnante olor a rancho que hay en el hospital.

Es jueves, 14 de diciembre. Para los anales de la Guardia Civil quedará que nació el hijo de un guardia civil llamado Pastrana y destinado en Irún y que a la vez arrancó la Operación Caroco. Aún hoy no sé bien a quién se le ocurrió el nombre. Seguramente al coronel jefe del Tercio. La piedra que llevaba meses corriendo y haciendo una bola a su alrededor ha acertado de pleno y es el día D. Aún no la hora H.

Tengo el corazón encogido, un dolor casi físico. No soy capaz de disfrutar del nacimiento del niño, no se me va de la cabeza la cita, mi cita. Es como si una enorme mano se metiera dentro de tu pecho y te enganchara todo el paquete muscular que rodea al corazón, sin dejarte casi ni respirar. Es diciembre y sudo. Gotitas me caen por la frente, me noto las axilas húmedas.

—Manolo, hombre, que solo es un niño que ha nacido, vaya cara de funeral.

La tía de Manoli es una mujer hacendosa, se ve que hay prosperidad en casa del cabo. Me podrían haber retirado el carnet de padre. Paseo nervioso por la habitación, por el pasillo, miro el reloj. Las horas no pasan, los minutos no corren. Hoy lo llaman ansiedad, creo. Se me encoje el corazón y se me sueltan las tripas cuando me acerco a mi mujer. Soy padre de nuevo desde hace unas horas y me tengo que ir. En la Guardia Civil no hay mucho permiso de paternidad, pero en la lucha contra ETA, ni unas horas de tregua.

Cuando el coronel jefe de Estado Mayor me dio la orden de retirarme se levantó de la mesa, ceremonioso. Yo, en posición de firmes, me quedo atónito cuando veo que se acerca. El sorprendente apretón de manos es para mí el verdadero arranque de la Operación Caroco. La infiltración en ETA de un agente de la Guardia Civil natural de Albacete. Y con bigote, añado.

Los únicos informados de la operación vamos a ser el coronel José Antonio Sáenz de Santamaría, jefe del Estado Mayor de la Dirección General de la Guardia Civil, el coronel jefe del Tercio de San Sebastián y Huarte, claro. El cabo de Información de Irún va a dejarme un poco tranquilo para mis movimientos, pero no sabe nada de lo que estoy haciendo. Me voy a meter en ETA con mi carnet de guardia, mi pistola del 9 corto y mis cojones.

Ahora mismo estos andan retraídos, encogidos, acogotados. Me tengo que despedir de Manoli, que aunque no viste uniforme es la cuarta persona de este bando que sabe lo que voy a hacer. La mujer tiene un temple que para mi

quisiera. Parturienta, medio dormida, con dolores, el bebé enganchado a la teta y su marido con un discurso patético.

—Manoli, no sé si voy a volver de esta. Ya todo va a ser muy peligroso, pero confía en mí. Y si no regreso, perdóname y cuida de los críos.

—Anda, vete ya señor tragedias.

Joder con las de Burgos.

Con la zamarra, los pantalones grises, una bufanda, botas de reglamento para no calarme con la lluvia y un paraguas soy la imagen de la derrota. Nadie se puede imaginar el dolor que siento en mi alma al irme de esa habitación. Todo del tirón, como cuando te arrancas una tirita con sangre seca que va a dolerte. Me duele tanto que acelero el paso por las escaleras, decido no mirar para atrás y hacer la faena cuanto antes. El trabajo hecho nunca da pereza. Así he sido toda la vida. Puntual y cumplidor, mejor antes que después.

Cojo el autobús pensando en mil y un finales terribles de todo esto. El peor, claro, que me limpian de un tiro. Veo el cadáver tirado en una cuneta con la cabeza reventada. Esa imagen la he visto ya en otros, varias veces. También que me secuestran. Casi peor. Me meten en un agujero y piden dinero. Nadie va a dar un duro por un guardia sin recomendación alguna. Mal asunto. Lo peor de todo, el coronel me lo ha dejado claro: es asunto y responsabilidad mía. La Guardia Civil no se va a hacer cargo si las cosas salen mal. La victoria mil padres, la derrota es huérfana.

Mil cosas pueden salir mal y repaso al menos novecientos noventa y nueve de ellas en el trayecto de San Sebastián a Irún por la carretera llena de curvas que va junto a la costa. La que más me preocupa, que mi capacidad de mentir se agote, que rompa el hilo.

Cebar a un «confite» es un arte. Llevo más de un año cebando a todo este grupo, haciendo favores, recados, haciéndome el tonto. Y un matiz más, dejándoles claro que soy corrupto, que estoy harto de la Guardia Civil que paga mal y es desagradecida. Porque está claro que, con mi acento manchego mal lo tengo para hacerme pasar por un patriota vasco, un gudari, como ellos se creen que son.

También puede salir mal algo de lo que hagan en el otro lado; los míos. Hay mucho gilipollas en la Guardia Civil, mucho tonto. Si a un agente de campo le hacen escribir doscientas veces un artículo del reglamento es que

cualquier cosa puede pasar en ese ambiente carcamal, casposo, con olor a repollo, de obediencia ciega y casi infantil. Si me pillan haciendo según qué cosas algún gilipollas me puede pegar un tiro. Eso ya sería como mear y no echar gota, el colmo, vamos. Pero no lo descarto. En estos momentos es una amenaza más que crece en el interior de la cabeza como un fantasma oscuro. El pecho encogido de angustia.

De entre la ceguera de mi Cuerpo sobresale ya como una honrosa excepción la capacidad de los que están en Información. En Irún hacemos lo que podemos pero en Madrid y en San Sebastián ya hay gente competente. Es la esperanza para ganar esta guerra. Y mi modesta aspiración como topo infiltrado en ETA.

El autobús me deja en la plaza, casi enfrente del Faisán. Lluve, cómo no, ya hay poca luz porque son los días más escuetos del invierno. Dejo pasar al autobús y cruzo. La calzada brilla por efecto del lavado de miles de gotas que llevan semanas cayendo, entre la grisura general. Las luces del Faisán brillan y me llaman. Voy.

—Un coñac.

No está Joseba, quiero templar los nervios. Soy perfectamente consciente de que hay un coche con dos tipos aparcado en la acera de enfrente. No son de los míos. En el bar hay la clientela normal, nadie conocido. Estoy convencido de que los del coche han pasado por radio a los otros que ya estoy aquí. También puede suceder que yo soy demasiado puntual. Jueves, 14 de diciembre de 1974. A las cinco de la tarde. En el bar de Joseba. Sí, las instrucciones estaban claras. O puede pasar que no quiera nada más que hablar conmigo de algún otro favorcito. El coñac no me está templando los nervios.

Hace poco más o menos un año que los de ETA se llevaron por delante al presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco. Yo, tengo que decir la verdad, no me enteré de nada. Que había movimientos, sí. Que había cosas que no pasaban nunca por mí, clarísimo.

Cuando reventaron el coche del almirante —y a su chófer, que de los de la infantería nunca se acuerda nadie— llamaron a generala en la comandancia. Orden de detener a los que pilláramos, sin cuartel, sin contemplaciones. El Régimen se revolvía furioso y el coletazo llegaba a la esquina del País Vasco. Hicimos lo que pudimos, pero sacamos poco en claro. La operación no se

había gestado aquí, sino en Madrid. Y las órdenes venían del otro lado del puente de Santiago, de Francia. Allí, en la carpintería donde Joseba nunca me dejaba entrar, lo veo claro ahora, estaba el cuartel general de ETA. Entonces solo lo vislumbraba. A menos de quinientos metros de España, que se veía al otro lado de la ría. Tan cerca y tan inalcanzables. ETA había demostrado que era capaz de hacer algo grande. Yo creo que se lo dieron hecho, que alguien de dentro del propio Régimen decidió limpiarse a Carrero Blanco. Lo que he sabido después, gracias a la Operación Caroco me deja claro ya en aquellos años, que los de ETA no eran tan profesionales como para montar semejante magnicidio. Eran pistoleros, alguno era muy bueno, pero estaban en mantillas para poder trabajar en Madrid. Fue una operación dopada desde fuera.

Joseba llegó al cabo de un rato bastante tranquilo. Tenía un lío con un camión que no había dejado lo que debía donde debía, algo rutinario en la vida de un contrabandista.

—Aúpa Manolo, ¿qué tomas? ¿Ya ha nacido el niño?

—Una chispita de coñac. Sí, bien guapo, no se parece al padre.

—Jiu, jiu, jiu.

Quince minutos después de la hora de la cita veo a Manolo aparcar la furgoneta blanca en la puerta del Faisán. Del asiento de al lado se baja Félix. Los veo ni serios ni contentos. Intento escrutar en sus caras o sus movimientos algo que anticipe mi destino, lo que va a pasar. Podría suceder que hubieran descubierto que soy más falso que Judas y llevarme a una encerrona donde darme el finiquito.

Cago en mi puta vida, quién te mandaba Manolo. Vaya lío de los cojones.

—Eh, Manolo, buenas tardes. ¿Ha nacido el niño?

—Sí, hombre, muy sano y gordito. Cuatro kilos y pico.

¡Qué lejos me quedaba el hospital donde acababa de ser padre!

—¡Aúpa! Enhorabuena, joder. Tienes cara de funeral, cualquiera diría que te ha dado un disgusto, hombre.

—No te creas, la suegra ya viene mañana, que es la que me da disgustos.

—Mira que eres cabrón, jajajaja.

Una charla sin más, un ratillo que pasa lento, con los nervios ahora atacándome el estómago. El coñac me ha sentado como un tiro. Me maldigo por pensar en la palabra tiro precisamente hoy.

—Qué, Manolo, ¿nos vamos entonces?

Un retortijón me lleva al baño. Vámonos. Voy. A la furgoneta. Me siento detrás, conduce Manolo, dirige Félix. A la frontera, doscientos metros de nada. No escondo la cara al guardia, casi estoy deseando que nos pare.

El agente de fronteras levanta la mano, mira dentro, no ve nada sospechoso, sí a un compañero, hace una mueca y adelante. Los guardias civiles del servicio de fronteras no llevan tricornio sino una gorra de plato. Debe ser para dar menos miedo a los que entran en España y que se confíen. Ya sabrán lo que es un tricornio y la mala leche que pone en cuanto se metan para adentro.

Entramos en Francia. Me sé el recorrido de memoria aún hoy. Primer cruce a la izquierda, pasamos el puente, dejamos la entrada al pueblo a la izquierda, seguimos la carretera para Hendaya, subimos la cuesta y Manolo pone el intermitente. Dejamos pasar un par de coches de luces amarillentas, cruzamos la carretera, entramos por un camino de grava que lleva a la sidrería.

Hoy es un sitio hasta elegante. Entonces me parecía normal. Es más, me importaba un pimiento si era de piedra, de ladrillo o de madera. Como en las Arenas de Mascarrillo, cuando el tiroteo, el corazón late fuerte, estás deseando llegar y a la vez que el viaje dure mucho y no llegar nunca. Se trata de un caserón de piedra con ventanas y puertas de madera maciza. Tiene dos pisos, tejado de piedra, al modo de la construcción popular de la zona. «Arroenia, sagardotegi-Jatetxea», pone en la puerta. Sidrería-restaurant, cojonudo. Los neumáticos de la furgoneta hacen ruido por la grava, deslizándose por la ladera, hasta llegar al aparcamiento. Manolo se detiene en batería. No apaga el motor. Me pone nervioso la gente que para el coche y deja que los limpiaparabrisas sigan chirriando en el cristal ya casi sin agua que limpiar. Me dan ganas de meter la mano para apagar el limpia. Tengo que intentar concentrarme.

—Manolo, te vamos a presentar a una gente. Tú tranquilo, ellos saben quién eres y cómo te estás portando.

—Vale.

—Vamos.

Bajamos, cierro la puerta consciente de que es la última oportunidad que tengo de salir corriendo de allí. Aunque es mentira, estoy demasiado enterrado en toda esta historia. Si descubren el pastel tendría que irme corriendo de Irún, que me destinaran a otro lado, vaciar la casa, proteger a mi mujer, los niños...

Sé que ya estoy marcado de por vida y no hay camino de salida. No sé de nadie que haya hecho esto, al menos que lo haya hecho y luego pudiera contarlo. Al ratón se le puede acabar la suerte enseguida y pueden cerrar el agujero del queso. En cualquier momento.

Cuando nos acercamos al edificio nos abren la puerta, educadamente. Noto el roce del 9 corto en la cadera, se me está clavando un poco el percutor porque estoy echando algo de tripa. Vaya momento para pensar en ponerme a dieta, joder. En la sidrería hay media docena de tipos delgados y con jerséis. Cuando entramos se me ponen dos a los flancos y un tercero me viene a la espalda. Las manos toquetean rápido.

Tiene cojones, cachear a un guardia civil, me cago en mi puta vida. Me quitan la pistola. «Esta aquí se queda, ¿eh?». Lo que tú digas, hijoputa.

—Pero hombre, fiaros de mí...

En el interior de la sidrería hay esos enormes barriles de sidra como de dos metros y medio con un grifito. El suelo está lleno de serrín esparcido por todos lados. También hay una barra de madera que recorre longitudinalmente el local, casi al final de la misma hay un tipo alto charlando con otros dos. Moreno. Con bigote.

Iturbe Abasolo, Domingo, alias *Txomin*. Nacido el 7 de diciembre de 1943 en Mondragón, provincia de Guipúzcoa. Sospechoso de pertenecer a la banda terrorista ETA. Considerado muy peligroso. Las fichas están al día, manda huevos. Txomin es el jefe de ETA. Me mira de lejos con gesto divertido. Los otros que charlan con él se largan.

—Hostias, Manolo el guardia. ¿Qué hay hombre?

—Buenas tardes.

—Soy Txomin, siéntate.

Manolo y Félix se han quedado cerca de la puerta, respetuosamente. Les falta una gorra en la mano y la cabeza gacha para ser los aparceros de un gran señor. Joder con el socialismo marxista leninista vasco. Con ojo de guardia veo qué posibilidades hay de salir vivo en caso de que la cosa vaya de bastos,

ninguna. Seis más los de Plasencia de la Armas hacen ocho contra uno. Nada que hacer a las malas, menos sin pistola. No porque yo sea uno de esos de la reserva que parecen comandos, sino porque un tiro al aire siempre siembra la confusión y da ocasión de salir de najas. Qué va, de aquí no voy a salir así, hay que echarle cara y agallas, Manolo.

Me siento en un taburete, la espalda contra la pared. Que la muerte venga de frente. Me da igual que se ría este tío. Luego lo conocí mucho mejor. Sorprenderá que diga que hasta le tuve afecto al hombre por más que fuera un hijoputa asesino. Pero era un hijoputa con huevos y profesional de lo suyo. Un tipo fino de cabeza y muy serio. No me extraña que fuera el líder porque era el mejor de los que conocí esos años. Mucho mejor que Argala bajo mi punto de vista. Luego él me quiso matar varias veces. Una cara a cara. La otra en plan amenazas. Él también se llevó lo suyo. Pienso que murió realmente de accidente, aunque tiene miga eso de estrellarse con un coche contra un poste en medio del desierto. De momento me mira con sonrisa franca y enseña una buena dentadura el jodido.

Lleva un jersey rojo de pico, camisa azulada de picos largos en el cuello, como era la moda entonces. Yo diría que llevaba pantalones de pana, ligeramente acampanados como los llevábamos todos. Cuando le insinúo que igual me quiere matar se ríe. Para mí que ya le he entrado por el ojo bueno. Me dice que quiere hablar de negocios. Negociemos, aunque pocas cartas tengo yo.

—Pues ya me dirás qué quieres de mí.

—Eres guardia y me dicen que te estás portando, que eres un tipo legal.

—Bueeeeno, no te creas, soy normal.

—Yo creo que algo más que normal. Nos puedes ser útil. Pero tranquilo. Nosotros te vamos a pagar bien, no como esos miserables de tu Cuerpo. No te vamos a matar porque en realidad te necesitamos.

—¿Pero qué queréis?

—Una ayudita a ciertas cosas. ¿Cuánto cobras en la Guardia Civil?

—Joder, qué pregunta. Gano nueve mil ochocientas pesetas.

—Hostia y ya tienes dos hijos. Sobrado no vas.

—No, pero me vale.

—Mira, no quiero andar con rodeos. Nosotros te vamos a dar treinta mil pesetas cada mes. Pagamos bien, al día. Cobrarás en Francia, en un sitio aquí cerca que luego Félix te enseña, la carpintería. Igual Joseba alguna vez te ha llevado, ¿no? Aunque no quiero que vengas solo, intenta traerte siempre al Joseba o a estos. No quiero verte solo.

—Treinta mil me valen. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero hacerme caso solo a mí. Esto a veces de verdad parece una banda. No, solo a mí. Las cosas que yo te pida para nosotros. No quiero que te quemes haciendo recados para las familias ni hostias.

—Está claro.

—Hecho, pues. Venga la mano.

Caroco ha pasado el Rubicón. Ya pertenezco a ETA.

Técnicamente soy un traidor a mi patria y a mi Cuerpo y, sobre todo, a mis compañeros. Nadie me ha instruido ni me ha enseñado este oficio, si es que ser un topo en una banda terrorista es un oficio.

Yo a ellos les venía muy bien. Lo había dicho muchas veces txikiteando o con el coñac: «No te imaginas la de cosas que se pueden hacer con un carnet de guardia civil». Ellos necesitan información. Y necesitan pasar gente de un lado para otro con seguridad. Del cuartel de invierno que es el sur de Francia al frente que es el País Vasco, Vascongadas entonces.

Ya esa primera tarde en que nos relajamos después de negociar noto una enorme sintonía con Txomin. Él está comiendo jamón, muy amigo de Aya Zulaica, que se ha unido a la conversación. Yo ya llevo tres coñacs, añadidos al que me tomé en el Faisán. No hacen efecto. Txomin me mira a los ojos y es un tipo franco. Yo tengo mis habilidades para ganarme a la gente, pero tampoco es que le caiga bien a toda la gente que le paso por delante. Han sido meses y meses de cebar amistades y de cebarme yo mismo a base de coñacs, sidras, txikitos y de todo con Joseba y su banda.

Txomin me prohíbe terminantemente hacer trabajos para familiares de los etarras huidos a Francia.

—No, Manolo, que te quemas a lo tonto. Solo me haces caso a mí, joder.

La frontera es físicamente casi invisible, pero es una barrera para una familia normal que quiera ver a sus hijos. O para que los hijos o los novios pasen a España a ver un ratillo a su gente. Se puede pasar, pero

ordenadamente, usando las redes de los contrabandistas, la estructura que ha montado Txomin con su gente.

Txomin creo que me gusta porque es casi un militar. Muy serio en el trabajo. Si es un militar, su jefe de estado mayor es Arrieta Zubimendi, que es el que se encarga de las finanzas. También Aya Zulaica, que es el etarra que vi en la carpintería el día de la gran operación con un helicóptero tras el robo de diez millones en una empresa de transportes. Y *Fangio*, José Joaquín Villar Gurruchaga, que tenían unas manos maravillosas con los coches, de ahí el apodo. Nada que ver con el *Fitipaldi* que luego cogimos en Bidart con *Pakito*, en 1992, en la Operación Artapalo. Pérez Revilla era otro de los de la cuadrilla de Txomin, de los que siempre estaban con él.

Parecían un grupito de amigos, casi todos de la misma edad, que siempre estaba de charla. Los recuerdo así, en la barra de una sidrería, en una terraza, con un txikito, un zurito o un café. Hablando y fumando. Eso de día, de noche eran más peligrosos. Se movían libremente por todo el litoral vasco francés, Iparralde. Los gendarmes es que ni los veían. Franco, el de la isla de los Faisanes, había apoyado en su momento a la OAS. La OAS era la organización del ejército secreto (Organisation de l'Armée Secrète) que montó el golpe de Estado en Francia, que no salió. El ejército desplegado en Argelia y los paracaidistas de la Legión Extranjera. Pues estos tuvieron su santuario en España. A alguno lo conocí bien, gente competente y militar. Francia no perdona ni olvida. ETA estaba muy bien plantada allí.

No les faltaba financiación. Se movían en buenos coches. Y sobre todo, me pagaban el triple de lo que cobraba en la Guardia Civil. Pasadas unas semanas Txomin se relajó un poquito conmigo. La operación empezaba a tomar velocidad y yo estaba ya casi entregado en cuerpo y alma a ETA. Me tiraba cuatro días en Francia, yendo y viniendo desde Irún y luego dedicaba otro día a explotar la información con Huarte y el coronel del Tercio.

Pero aquella tarde la adrenalina acabó viniéndose abajo. Esa droga natural que produce el cuerpo humano y que te mantiene en pie y alerta solo por orden del cerebro, cuando las fuerzas se han acabado. El sistema nervioso acaba resintiéndose. Seguramente por eso, cuando Manolo y Félix me dejaron, sonriéndome con la boca llena de dientes, en la parada del autobús de enfrente del Faisán, me vine abajo. Bebimos para celebrar el acuerdo y seguramente

para calar de qué temple estaba yo hecho, aunque estoy convencido de que Txomin me tenía estudiado de hacía tiempo. Al salir, las caras avinagradas de sus escoltas se convirtieron en cortesía, ruda, pero cortesía. Me dieron de nuevo la pistola, que miraron con ojos profesionales y cierto gesto de condescendencia. Ellos, la banda terrorista ETA, tenían mejores armas que los agentes de campo de la Guardia Civil. Subí de nuevo a la furgoneta, que tembló un poco al subir por la rampa de grava de la sidrería.

—Qué, ¿te gustó el Txomin? Un buen tipo, joder.

—Buen tío. Fino.

—Ya lo creo.

Tampoco dio para hablar mucho más. A esas horas no había atasco de camiones ni tráfico en la frontera y pasamos en un momento. La cúpula de ETA estaba reunida a menos de tres minutos en coche del puesto de la Guardia Civil. Lo que pasa es que en los mapas políticos que había en las escuelas se pintaban de color diferente: España marrón, Francia azul.

Decidí irme de nuevo al hospital. El bajón anímico hacía que me sintiera como huérfano, necesitado de brazos y qué mejores brazos que los suaves y amorosos de Manoli, que debía estar ya hasta el moño de su tía y del bebé y del Cristo santísimo. Llegué al hospital casi ya a las once de la noche. Me metí en el bar de enfrente y encargué un bocadillo de tortilla de patata y un botellín de cerveza para subírmelos a la habitación. Ahora caía en que no había comido y sí había bebido bastante. El estómago necesitaba algo sólido. Con esta dieta no me extraña que me estuviera saliendo algo de panza. Nada preocupante aún.

Manoli estaba medio dormida, el bebé en una cuna de las del hospital. Un beso en la frente y se despertó.

—Hombre, si has vuelto vivo, después de tanta tragedia.

—Yaaaaa veeeees.

¿Hasta cuándo se puede mantener cuerdo un agente doble? Yo nunca he sido de mucho leer, mucho menos las novelas esas de espías. Yo vengo de otro sitio, donde no caben novelas. ¿Qué parte de Pastrana es la real, la que está en el hospital al lado de un bebé que no tiene aún un día, con su mujer, el que va al cuartel cada mañana y aguanta firme media hora con Sáenz de Santamaría y su aspecto de ogro, o el que se hace el simpático y acaba de ser contratado

como un sicario traidor por los mandos de ETA? El verdadero Pastrana estaba ahí dentro, viendo pasar los acontecimientos.

Un traidor al Cuerpo y a la patria, un Judas que no se vende por treinta monedas de plata, sino por treinta mil cochinas pesetas. El ratón que habita en mí meneas el rabo por un momento. Bien mirado, este bebé ha nacido con un pan bajo el brazo.

UN *ABC* DEBAJO DEL BRAZO

Mi madre me decía que cuando el diablo se aburre, mata moscas con el rabo. Y yo estoy coqueteando con el diablo a diario. Cada vez son más días en Francia y casi soy un activista más de la organización. Me van asignando a los comandos y vamos pasándolos a España; y luego de vuelta a pasarlos a Francia. Un contrabandista, pero de terroristas con bigote y barba. Cada pocos días me escaqueo del control de Txomin y del comando que me han asignado, el de Eustaquio Mendizábal Benito y me dedico a informar a Huarte para que se lo pase al coronel. Los informes van desde allí a Madrid por fax.

La información es tan delicada que utilizan un sistema de cifrado absolutamente rudimentario. Ahora me acuerdo y casi me parece de risa pero es que lo que no sobraba en la Guardia Civil de la década de 1970 eran medios, precisamente. La clave se hacía con un libro convenido que tenían en los dos lados de la línea, en San Sebastián y en el Estado Mayor, los del equipo del coronel Sáenz de Santamaría. Escribían tres cifras por cada palabra. La primera era la página, luego línea y el número de la palabra de esa línea. Así componíamos los mensajes que llegaban para analizar en Información de Madrid. Todo muy complicado.

Pero si el final de la línea de todo esto era el despacho de maderas nobles de Sáenz de Santamaría en la Dirección General de la Guardia Civil, el principio estaba en los pueblecitos pintorescos del País Vasco francés, donde yo me movía con total libertad con los pistoleros de ETA.

Tenía grabadas las palabras de Sáenz de Santamaría cuando tuve que volver a consultas.

—Mire, igual le pegan cinco tiros como que le van a tener todo el tiempo que ellos quieran. Ya sabe usted que este es un asunto muy delicado. Si sigue es porque usted quiere.

Muy tranquilizador, mi coronel. Así da gusto. Lo que pasaba es que tuve que consultar si podía saltarme algo el guión. Txomin me ha prohibido pasar a los familiares de los etarras. Lo que pasa es que cuando Txomin no mira, se me acercan los chicos de los comandos.

—Joder, Manolo, me vendría de perlas que me hicieras un favor. Dos meses llevo sin ver a la madre.

Ganarme la complicidad de los miembros de los comandos me es muy útil. Ellos me dan mucha información operativa que no está bajo el control de Txomin. Si algo se escapa al menos yo no lo sé por el jefe y salgo de la lista de sospechosos habituales por filtrar.

—Mire, mi coronel, me están pidiendo que pase familiares a Francia para que vean a los etarras que están allí fugados. Me parece que es una buena manera de ir cebando.

—No veo que nos haga mal y se gana usted la confianza. Adelante, Pastrana.

En estas visitas fugaces al entonces coronel Sáenz de Santamaría estoy eximido ya de llevar uniforme. Hasta me deja sentar, la Operación Caroco tiene buena pinta y él se está apuntando muchos tantos en el Ministerio de Gobernación. Y está dando frutos, además, sorprendentes.

Las citas con los familiares las hago en el Faisán. Les digo a los familiares que se me presenten con un *ABC* debajo del brazo. No es que sea el periódico más leído en Irún y la frontera, por eso los localizo rápido. Luego se iban a Francia dos o tres días a estar con sus familiares de ETA. A veces dormían en la fábrica de Manolo y de Félix en Bayona, otras en casas que ellos ya tenían alquiladas por toda la costa.

La gente llega apresurada y acojonada. Con mucha expectación y también con mucho miedo. Al fin y al cabo lo comprendo, no dejo de ser un guardia civil y todos los guardias que han visto en su vida tenían cara de mala leche y la mano larga para zurrar. Por eso nos van tan mal las cosas.

Lo del pan bajo el brazo de mi hijo es verdad. Los familiares llegan apresurados, nerviosos, quizás, pero también cargados. Me regalan una merluza fresca o unas angulas o una botella de Armagnac. La cosa llega a tanto que Manoli empieza a estar un poco rebasada con tantos regalos y está

repartiendo a las mujeres de otros guardias. Le pido que sea prudente, por Dios.

Quizás en Irún haya sido el sitio donde más feliz haya sido en mi vida. Pero a mí el País Vasco ya se me está haciendo amargo. Vivo en una total esquizofrenia. Estoy todo el día trabajando con etarras como un comando más y al tiempo, cada vez que me llega la noticia de un atentado, siento un mazazo en la boca del estómago. Sé que estoy siendo eficaz pero a veces la paciencia no me llega.

Cada vez hay más ametrallamientos de compañeros. Los enfrentamientos son a tiros con ametralladoras y largos, sin que lleguen refuerzos con demasiada prisa, me cago en su puta vida. Si te están tiroteando en tu propio país lo menos que puedes esperar es que los refuerzos lleguen rápido. Los Land Rover están destartalados y no hay casi armas largas. Afortunadamente los mosquetones están desapareciendo y llegan más metralletas, las del modelo Zeta que también usa el Ejército.

Me estoy jugando la vida en los dos bandos. Como se sepa lo que estoy haciendo y alguien de los míos se vaya de la boca soy hombre muerto. Tengo muchas ocasiones, de hecho, para ser hombre muerto.

Aya Zulaica era un tipo que me daba escalofríos. Muy frío, era médico, pero había trabajado hasta de pescador. Sin duda era el pistolero más frío y sanguinario que tenía Txomin a sus órdenes.

—Eh, Manolo, ¿te acuerdas de la movida del robo de los diez millones? Joder con los pikos, sois la leche.

—¿Tú estabas?

—Joder que si estaba. Me echaron los perros y me enterré en barro. Me pasaron por encima los guardias.

Y luego huyeron a Francia. Qué cerca estuvieron. Hubiéramos quitado de en medio a un buen elemento. Luego, con los años, lo cogieron en Francia y lo llevaron a la isla de Yeu, con Argala. Aya Zulaica, Francisco Javier, alias *Trepa*. Era el pistolero de confianza, sin duda.

Las conversaciones muchas veces me ponían los pelos y los nervios de punta. Con toda la información que me estaban dando había para empapelarlos a todos, seguramente para detener a unos cuantos, pero el objetivo no era evitar un atentado en concreto sino llegar a la raíz, extirparlos. Me ponía

también de los nervios el manejo que podrían estar haciendo de la información que estaba pasando. Mi doble juego era muy peligroso y como alguien se fuera de la lengua estaba liquidado. Me costaba mucho contener a mis propios mandos de que metieran la pata.

Txomin me llamó para que fuera a la sidrería. «Manolo, súbete rápido para Hendaya, por favor. Te esperan allí».

Hendaya es un paraíso para el que tenga dinero y vacaciones. Yo por aquel entonces de eso no tenía demasiado. Un enorme puerto deportivo, una playa de arena clara kilométrica, recta. Apartamentos de vacaciones, todo vigilado por un castillo. Enfrente, Fuenterrabía con su correspondiente castillo mirándose el uno al otro, cada cual desde su orilla, banderas tan contrapuestas que una tiene listas horizontales y la otra verticales, España-Francia, tan cerca y tan lejos.

La cita era cerca del puerto pesquero, que lo hay. Algo deben comer los turistas que vienen a este pueblo balneario. Los veleros se mecen en los pantalanos de al lado, con el entrechocar metálico, clinc, clinc, de los cables de las jarcias. Es como una campanilla que llama a salir a la mar. Yo de mar soy poco. En un lado del puerto un comando está rondando un camión. El camión está casi cargado pero unos operarios están trajinando la estiba.

—Qué, Manolo, ¿te gustan los puros, quieres uno? Uno, dos, o doce, los que quieras.

Es un camión cargado de puros Rolling, no habanos, pero sí muy valorados. Son para llevar a Rentería y Bilbao. Los chicos se quedan en Rentería. Aya Zulaica estaba preparando el paso de un comando entero a España, camuflado en el camión. El camión lo fleta uno de los contrabandistas habituales de la frontera.

—Va por el puente de Santiago. Tú te encargas.

Casi digo: «¡A la orden!» Porque era una orden. Soy un asalariado de ETA que encima me paga más del triple que mi país. Ay, el dinero...

—Yo me ocupo de que pase sin contratiempos. Me voy marchando para la frontera.

Tengo muchísima prisa. Arranco el coche y salgo disparado para el paso de Behobia. Calculo que necesitan aún como media hora para preparar el camión con el escondrijo para el comando. Esa es la ventaja real que tengo

para organizarme porque en la carretera llena de curvas y de coches no les puedo sacar mucho. Y, bueno, pienso mientras traqueteo la caja de cambios medio destrozada del Seat 124, el atasco de mercancía del puente de Santiago.

Decido que mejor avisar desde Francia aunque la conferencia internacional me va a costar unas perras. Aún no he descubierto el truco que tenían los de Servicios Especiales para trucar las cabinas de teléfono. Justo antes de bajar a Behobia veo una cabina.

—Tercio de la Guardia Civil. ¡Hable!

Siempre me ha sobresaltado cómo cojones cogemos el teléfono en la Guardia Civil. Parece que ya estamos amenazando o deteniendo al que llama. La leyendaria mala leche...

—Póngame con Huarte. Soy el guardia Manolo, de Irún. Él sabe.

Huarte es un tío rápido y competente. Sé que el coronel va a estar avisado rápidamente y que llegará al puente de Santiago en poco más de media hora. Estamos a tiempo. Nadie de los observadores y colaboradores que tiene ETA en el pueblo se va a extrañar que yo esté charlando con dos oficiales de la Guardia Civil. El coronel, habitualmente fino y con buen criterio, me ha desconcertado porque ha aparecido de una manera tal que parece el general Rommel de inspección en el paso de Kasserine. No es ya lo malo que haya traído dos coches y escolta, que no la necesita, sino que se ha traído con él al teniente coronel Miñana Llorens que es un tipo muy soberbio. El prototipo de tonto de Academia que nunca se portó bien conmigo.

—Mi coronel, a la orden.

—Cuenta, Pastrana, ¿qué pasa aquí?

—Van a meter un comando en un camión con una carga de puros Rolling, mi coronel. Se lo llevan a Rentería donde bajarán medio camión y al comando y luego siguen a Bilbao ya solo con medio cargamento de tabaco.

Miñana se revuelve inquieto, reglamentarista, sobrebio y obtuso.

—¡No van a pasar! Los paran los de fronteras y revisan la carga. ¿Qué tonterías dice usted, Pastrana? Nunca pasarían un comando así. ¿Y qué sabe usted de cómo pasa un comando? Mi coronel, esto es una majadería de este guardia.

—Miñana, relájese. Vamos a ver qué pasa.

—¡Si pasa ese camión, me fumigo a todo el destacamento del puente, joder!

Este es tonto.

—Con mi permiso, mi teniente coronel, ni se le ocurra.

La Operación Caroco se puede acabar aquí mismo. Aya Zulaica y Txomin saben que yo soy el único que está enterado y va la Guardia Civil y les revienta la operación. Soy topo muerto. O quizás, incluso, Pastrana muerto.

—No lo haga que me deja tirado, mi teniente coronel.

—Vale, pero entonces me voy a tener que fumigar a todo el destacamento. Hay veces que le obligan a uno a ser malo.

—No lo puede hacer, mi teniente coronel.

—Hombre que si puedo. Son unos corruptos.

—Mire mi teniente coronel, que sé yo que cada semana le llevan a casa una merluza fresca de pincho y unas angulas.

El coronel jefe casi se tira al suelo de la risa. Miñana me mira con odio, pero se calla.

—Bueno, Pastrana, pues entonces me los voy a tener que limpiar yo.

—Mi coronel, que yo le tengo mucho aprecio, pero en su casa también se come merluza fresca. Además, si se revienta esto me reviento yo también porque al detenerlos en el puente saben que yo lo he dicho porque, el único que sabía que iba a pasar el comando, mire por donde, soy yo.

El coronel encargó un seguimiento discreto con dos coches camuflados. El camión pasó sin pega —aunque dejándose un par de cajas de puros como peaje en el puente— y se fue a Rentería donde, como yo les dije, se quedó el comando junto a la mitad del cargamento. El resto se fue para Bilbao.

Lo que gané en crédito como agente de información lo perdí en el terreno personal. Humillar a dos coroneles no puede salir gratis. Huarte me dice que el coronel quiere verme. Me da cita, fecha y hora. Es raro porque la prioridad es la operación a la que me tengo que dedicar en cuerpo y alma. Pero en la Guardia Civil la obediencia no es una opción de manera que me presenté en el Tercio, en el despacho del coronel.

—Pastrana, me dicen que está usted viviendo a cuerpo de rey. Llama la atención y no sé si eso es peligroso.

—Bueno, mi coronel, piense usted que a las ocho mil pesetas que me paga la Guardia Civil le añado las treinta mil que me dan en Francia, que tengo ya dos chiquillos.

—No me parece bien, Pastrana. Llama mucho la atención. Lo que vamos a hacer es que me entrega usted el sueldo que le pagan allí, las treinta mil pesetas y yo se lo guardo en un banco hasta que pase todo este lío.

—Lo que usted ordene, pues lo haré mi coronel.

ETA pagaba religiosamente a final de mes. Me llamaba la atención pero no fallaban, funcionaban como un reloj, o mejor dicho, como una empresa. Yo tenía que ir a la carpintería de Behobie al otro lado de la frontera. Nunca me dejaban entrar, yo me quedaba en la puerta. Si llovía —que solía llover—, dentro del coche. Si no, dando paseítos alrededor o charlando con los que estaban de guardia. De la carpintería salía Arrieta Zubimendi con un sobre.

Desde la desmoralizadora charla con el coronel y mi sobrada en el puente de Santiago esas treinta mil pesetas iban directas al despacho del jefe del Tercio. Pero es de justicia dejar claro que, cuando acabó la Operación Caroco, el coronel me dio el número de cuenta y allí estaba hasta la última de las pesetas que gané como mercenario de ETA.

Por supuesto que Joseba no había salido de mi vida. Seguíamos siendo amigos y me juntaba ahora con más razón en el Faisán, por donde andaba la Avelina con sus cosas, los de Plasencia de las Armas de vez en cuando y toda la fauna de la frontera.

Una tarde estaba de recados con Joseba por Bayona. Joseba es un tipo popular, con lo que es normal cuando vas con él que lo vaya saludando gente sin parar. No es cosa de que me presente a todos. Yo me quedo reservado, a un lado, simulando que miro el reloj mientras me aparto de la conversación. Joseba sabe a quién debe presentarme y a quién no. Pero al tipo que llegaba con otro yo también lo conocía. Era una leyenda de ETA. Moreno Bergareche, Eduardo, alias *Pertur*. Uno de los del comando que reventó a Luis Carrero Blanco en Madrid. Pieza mayor. Iba con su primo.

Esa tarde de 1976 *Pertur* desapareció sin dejar rastro. Las teorías son innumerables para explicar su muerte. Alguna alude incluso a un ajuste de cuentas entre facciones de ETA. Yo no soy quién para desmentir ninguna, pero yo creo que las cosas fueron diferentes. La Armada había montado un equipo

de inteligencia naval. Más que un equipo eran unos juramentados, con el objetivo de no descansar hasta que dieran venganza a la muerte del almirante Carrero Blanco. Más tarde hice amistad fuerte con uno de los de ese equipo. Conocido como «Pedro el marino», realmente Juan Manuel Rivera Urruti, capitán de fragata. Todos o casi todos los miembros del comando de ETA de la Operación Ogro cayeron tarde o temprano por la tenacidad de este equipo. Pertur, estoy convencido de que entregado por su propio primo a cambio de dinero, también cayó. Y creo que literalmente cayó desde la borda de un patrullero en alta mar. Jamás se encontró su cadáver.

Al margen de todo esto yo seguía mi vida habitual. Iba haciendo mandados con Joseba con quien ya hablaba abiertamente. Él de quien era más amigo era de Joaquín Echabe Abengoa porque los dos eran de Mondragón. El pueblo de Joseba, donde está la famosa Cooperativa Mondragón, es el centro del Valle del Goyerri, el epicentro industrial de Guipúzcoa y también quizás el de ETA.

A Joseba le gusta alternar también con Pérez Revilla, otro de los pesos pesados de la banda. Seguíamos siendo amigos, pero las relaciones eran distintas. Yo tenía que dedicar mis días a lo que dijera Domingo Iturbe, Txomin. Lo que me dijera y lo que decía porque aquello era una autopista de doble dirección. A Txomin le gusta presumir de mando y, aunque es un tío serio y con un carisma que me atrapa hasta a mí, a veces tiene flaquezas humanas. Y aunque reniegue es español y, como tal, algo dispuesto a largar de más.

—Franco está jodido.

Txomin y su gente me cuentan con detalles y pormenores insospechados el estado de salud del dictador. Unos detalles que solo pueden salir del círculo más cercano al mismísimo Franco. Mi coronel no da crédito a lo que le cuento.

—Pero vamos a ver, Pastrana, esas cosas no las sabe ni el coronel Sáenz de Santamaría, ¿cómo pueden saberlas ellos?

Yo no lo sé pero ellos están al tanto de todo lo que se cuece en el palacio de El Pardo, en la residencia del llamado Generalísimo. Ya son muchos cabos sueltos los que me voy encontrando que me dicen que las cosas a veces no son como parecen. Es imposible que no ligue esa información tan cercana al

dictador con mi opinión de que el atentado contra Carrero Blanco se hizo con la connivencia de un sector del poder. A veces hay conexiones de un extremo a otro y sí me he dado cuenta de que el Ministerio de Gobernación ha dejado vías abiertas por las que comunicarse con ETA.

La muerte del almirante Luis Carrero Blanco fue una verdadera conmoción. No es verdad que yo supiera ni me enterara de esa operación de ETA, aunque detectara en Joseba y esa gente excitación los días previos. Lo que está claro es que aquel atentado en la calle de Claudio Coello de Madrid, a doscientos metros de la embajada americana, en pleno barrio de Salamanca, puso las orejas tiesas a todas las fuerzas de orden público, que es como nos llamábamos entonces.

—Pastrana, ándese con ojo. Hay que ver cómo demonios se están enterando de todo.

La orden del coronel era fácil de decir, complicada de cumplir. Había cosas en las que Txomin y los suyos eran muy reservados, quedaban absolutamente ocultas para mí por mucha confianza que me estuviera ganando, que me la estaba ganando.

Aquella tarde había quedado en ir a encontrarme con Txomin precisamente en la carpintería, donde tenían su cuartel general. Rayaba ya la primavera con esa alegría general que te da que los días sean más largos y las lluvias menos recias. No llovía y mientras esperaba a que apareciera Iturbe por la puerta de la carpintería me entretenía mirando esas nubes oceánicas que me fascinan. Los colores grises, azules, cargadas de agua a saber de dónde, sobrecogen y a veces abruma. Si estás de buen talante, como era mi caso, son un espectáculo como el mejor óleo al natural. Si estás jodido te aplastan el alma. Yo estaba de buenas. Me gusta mi trabajo y las cosas estaban saliendo razonablemente bien a pesar de alguna regañina del coronel de San Sebastián.

Hay días, cuando no llueve, las cosas van bien en casa, los jefes me dejan la correa un poco más suelta, que me evado de lo arriesgado de mi trabajo. Vives en una especie de inconsciencia que te da la rutina. No puedes vivir acojonado con que te van a despachar con un tiro en la cocorota cada vez que te vas a Francia. Aprendes a convivir con las negras mil probabilidades de

que esto salga mal y acabe, lo que sería peor, torturado en un caserío por un monte de esos. Sí, estaba de buenas, literalmente en las nubes.

Oigo la puerta crujir sobre sus goznes, señal de que Txomin se ha puesto en marcha. No sale solo, salen cuatro, cargando cajas de cartón. Me acerco a echar una mano, están ellos también de buen humor. Se ve que la primavera, que es gozosa aquí, produce buen humor contagioso.

—Joder cómo pesa esto, ¿qué lleváis?

—Jajajaja, algo muy valioso.

Cargamos las cajas en una furgoneta.

—Venga, a repartir echando hostias —ordena Txomin—, sin entreteneros. Manolo, te voy a hacer un regalo.

—Bien hombre, bieeeen, ¿a quién no le gusta un regalo?

Txomin hurga en una caja, rompe el precinto y saca de dentro un librito.

Hostias, me cago en mi puta vida.

Ejemplares relucientes con la crónica de la gesta terrorista. Lo firma Julen Aguirre y la editorial es Ruedo Ibérico.

—Gracias, Txomin.

—Lee y aprende, jajaja.

¿Por qué me lo ha dado? La Guardia Civil entonces estaba muy ciega y muy sorda. La desconexión con la sociedad vasca era total. Para el Cuerpo hacerse con ese libro que iba a circular clandestinamente podía suponer semanas, quizás meses.

Por la noche al llegar a España me fui a San Sebastián directamente. Quizás debía haber sido más precavido y haber pasado por casa a por un macuto. Nada más llegar al despacho del coronel, que milagrosamente estaba allí trabajando, me dice: «No se quede quieto, Pastrana. Un coche y un conductor y se va a llevar esto al jefe del Estado Mayor, a Madrid. Corriendo».

Corriendo bajamos a Madrid, que no era un viaje pequeño. Con los años me supe todas las paradas convenientes para cada necesidad. Dónde los bocadillos, dónde los cafés, dónde servían caldo, o dónde había leche fresca de granja. Aquella vez el conductor me bajó saltándose todos los límites de velocidad y de la prudencia. Pero por mucho que corriéramos, hasta la mañana no llegamos a presentarnos en la Dirección General.

—Joder, Pastrana, ¿de dónde ha sacado esto? Bueno, no me lo diga, que me lo imagino. ¿Se hace usted idea de la cantidad de información que hay aquí?

—Es muy jugoso, mi coronel.

—Consígame tres o cuatro ejemplares más.

Hay veces que parece que a los más listos se les embota el cerebro, o que estar todo un día en el despacho les hace creer que esto es Disneylandia.

—Me va a perdonar, pero eso que me pide es imposible. ¿Sabe lo raro que es que me hayan dado uno? Mire, tiene aquí muchos ordenanzas y ayudantes, que lo vayan copiando.

El libro en realidad lo escribió una mujer llamada Eva Forest (Genoveva), la mujer de Alfonso Sastre. Los detalles operacionales eran de un valor inmenso. Argala, el líder de la Operación Ogro, se vació con esa mujer, lo contó todo. Es especialmente llamativo el episodio en el que relatan que se encontraban con un misterioso personaje con gabardina en el hotel Mindanao. Él les da toda la información previa para que puedan matar a Carrero Blanco. Sin esa información estos etarras no tenían nada que hacer en Madrid, lo más normal es que la policía o el SECED (lo que hoy es el CNI, curiosamente creado por el mismísimo almirante Luis Carrero Blanco) los hubieran pescado haciendo alguna tontería. Pero no, contaban con una información precisa y valiosa, de calidad profesional.

No va a ser la primera ni la última vez que me encuentro al SECED o al CESID en el camino. En la España de Franco las cosas parecen una cosa y luego son otra. Y no me estoy refiriendo al famoso discurso de Franco tras el asesinato del general, cuando dijo, lleno de oportunidad: «Siguiendo la máxima de que no hay mal que por bien no venga...».

Pero yo soy un humilde guardia civil, un número, que estoy pegado al terreno, al barro, no se me permite ni es aconsejable para mi salud volar más alto, ni insinuar que me doy cuenta del juego que hay por arriba y por abajo. Bastante me estoy jugando cada día en todo esto. Me la juego en cada acción de paso de etarras de un lado para otro. En cada información que paso de un lado a otro, que trafico y muchas veces administro porque, de los que menos me fío es de mis propios mandos que son capaces de cualquier torpeza. Aprendo también a trabajar solo, lo que tantos beneficios me ha dado en mi

carrera, que ha llegado a su fin en el año de jubilación reglamentaria precisamente porque he sido cauto. Tantas veces me siento solo como me siento libre. Eso puede ser un problema, estar tan suelto hace que te acostumbres. Yo mismo me digo: «Manolo, como te metan ahora en un cuartel, te vuelves loco». La traición deja huella, además. No ser sincero en ningún lado, nunca decir la verdad, estar buscando las vueltas para que no te sorprendan, que te esperen por el norte y llegar por el sur. Ese es el trabajo del agente doble y, seguramente, llego cuerdo, sigo cuerdo y vivo porque cada noche regreso a casa, donde está mi mujer con los dos niños, incommovible, sólida. El noray al que ato esta cabeza cada noche, para evitar que se vaya a la deriva.

Es curioso que en los lugares donde llueve mucho es, paradójicamente, donde más luce el sol. Cuando las nubes se abren y dejan paso a algo de claridad el sol se cuele como una centella. El efecto de tener todo lavado por la lluvia hace que en esos primeros momentos todo brille. Los grados que proporciona la radiación solar hacen que suban los olores, olores que me encantan, como el de la hierba, tan escasa en mi Mancha.

Una de esas mañanas me llega recado de Txomin para que vaya a verle a un bar de Hendaya. Estaba sentado, junto a Tropa tomando un café en una terraza cerca de la playa, disfrutando del sol, ese visitante errante del país Vasco. En ETA soy tan bien mandado como en la Guardia Civil. También cauto. Por eso lo que me pide Txomin sé que no lo puedo hacer. Hay vidas de compañeros en riesgo si lo hago y esa es una línea que me he jurado no pasar jamás. Quiero tener la conciencia tranquila.

—Yo voy a intentar enterarme, pero no tengo acceso a ese tipo de información.

—Joder, Manolo, inténtalo. Nos viene bien saberlo.

—Ya sabes que hago lo que puedo, aunque sospechen de mí, pero solo soy guardia raso, no oficial, ni siquiera sargento o cabo.

La cuerda por la que me paseo es fina a veces y el funambulista puede tener días malos. Cuando me hace ese tipo de encargos se me encoje la tripa y me dan ganas de salir corriendo al baño. Lo que se dice estar en un aprieto, o pasar de un aprieto a un apretón. Las mil cosas que pueden salir mal. Ahí estaban, acechándome. Una ecuación de malas cartas a las que no había dado

solución en mi cabeza aún. Y así fue como se presentó una mala mano con la que no contaba.

José Antonio Lecuona formaba parte del ambiente, de ese ambiente que tenía una terminal en el Faisán, otra en las iglesias y alguna otra en determinados caseríos. Con boina, regordete, era difícil que no nos encontráramos y fue Joseba finalmente quien me lo presentó.

—Es un periodista, Manolo.

—Mucho gusto, hombre. Yo soy camionero.

Toda la vida he estado esquivando a los periodistas. Las veces que he tenido que ir a declarar a los juzgados y estaban ellos al acecho para hacerme una foto o localizarme he conseguido esquivarlos. Con alguno no es que me haya encontrado. Es que hubo encontronazo. Me he dejado el pelo largo, me he hecho permanentes para rizarlo, he salido por garajes, por la puerta de atrás. Lo que sea para esquivarlos. Pero a Lecuona, que era corresponsal de varios medios entre ellos Radio Nacional, no hubo manera de esquivarlo. Por supuesto, Lecuona, que era buen periodista se enteró de en qué andaba yo. Ni periodistas ni bocazas cerca, es mi máxima, pero es difícil esquivarlos.

El caso es que una mañana me acerco a la sidrería donde habíamos quedado. Allí me están esperando dos hombres de Txomin con mala cara. Lo que se dice malencarados.

—Buenos días.

—Buenos días. Sube a nuestro coche, Manolo.

—Vale, vamos.

—No, no vale. Danos la pistola.

Joder, me cago en mi puta vida. El pecho me dio un golpe, se me encogieron las pelotas. No me lo esperaba, me han pillado totalmente descolocado.

Aunque llevo una bala en la recámara de la pistola desde que estoy en estas hostias de trabajo, los chicos están bien entrenados por Txomin. Hay uno delante y otro detrás, no tengo ninguna posibilidad. El coche tiene conductor, me sientan detrás y uno de ellos lleva la «pipa» sacada, encañonándome. Me late fuerte el corazón, me estoy cagando con la tripa suelta y sudo. Joder, qué cabronada. Lo peor es que no sé qué cojones ha pasado, dónde me había

equivocado, quién había hablado de más. ¿Las mil posibilidades, Manolo?, pues una de ellas, quedan otras novecientas noventa y nueve.

Consigo serenarme y empiezo a pensar coartadas aunque lo más seguro es que acabe con un tiro en la sien en una cuneta de una carretera de estas. No creo que me metan en un zulo ahora que conozco bien la organización porque tiene complicaciones y yo no valgo nada. Pero para su propaganda, decir que han pillado a un guardia civil infiltrado, es cojonudo. Me llevan a un polígono industrial y me meten en una nave. No me atan, lo que me deja más tranquilo, pero me ponen dos vigilantes.

—¿Pero qué pasa, hostias?

—Te callas hasta que te digamos, txakurra.

—No te ponías tan chulito cuando te pasé la frontera, ¿eh?

—Te callas o te damos una hostia, ¿está claro?

Intento ver dónde puede haber estado la gotera. Que no me hayan matado de entrada, pues mira, mientras hay vida hay esperanza. Mi madre siempre me decía que si me dejaban hablar, no me ahorcarían.

Llega Pérez Triviño, que es el que está al mando de esto. El amigo de Joseba.

—Oye, ¿de qué va toda esta mierda? ¿Qué he hecho yo, si estoy todo el día a las órdenes?

—Manolo, no nos fiamos. De aquí no te mueves hasta que venga Txomin y decida qué pasa contigo. Lo siento, pero lo que me pide el cuerpo es pegarte un tiro.

Cuando te retienen contra tu voluntad pasas por muchos estados de ánimo, lógicamente. Lo peor es que no querían hablar conmigo, de manera que no tenía forma de enterarme qué estaba pasando, por dónde tenía que buscarme la coartada. Tampoco descartaba que hubiera otro guardia que trabajara para ellos y que se hubiera hecho una conexión. Que trabajara para ellos, pero no como agente doble, directamente un vendido, un infiltrado en la Guardia Civil. Ay, las traiciones, las malas conciencias, las chapuzas operativas.

Me dieron de cenar y pude dormir. Por la mañana me trajeron café y pan con mantequilla. Casi no probé la comida pero para el desayuno ya estaba hambriento. No quedaba más remedio que esperar a Txomin. Manolo, pensaba, de esta ya no sales.

Por la tarde apareció Txomin. De muy mal vinagre. El tipo era muy alto, delgado, y el carisma que arrastraba la verdad es que impresionaba. Entró en la nave y sacó la pistola. Hostia puta.

—¿Qué haces, Txomin?

—Nos has tomado el pelo, nos han informado que no eres trigo limpio.

—¿Quién? ¿Por qué dices eso? ¿Acaso te he traicionado en algo, han pillado a alguien pasando la frontera?

—Eres un hijo de puta, nos lo han confirmado.

—Mira, si quieres mátame, puedes hacerlo. Pero deja la pistola. Salimos ahí fuera y si puedes me matas, pero de hombre a hombre.

—Te pego un tiro y listo. Txakurra.

Lecuona. Un periodista. Resulta que José Antonio Lecuona, que el cabrón oía campanas y no sabía dónde, la había cagado pero bien. Conste que luego fuimos amigos pero me la había jugado esta vez a base de bien. Le había contado a uno de la banda que, efectivamente, no era trigo limpio. Que yo había sido el del tiroteo de las Arenas de Mascarrillo y que era quien había detenido al correo de ETA.

—¿Fuiste tú quien agarró a Vicente Cenarro? ¿De dónde sacaste la información?

—Mira, lo primero que yo ese día libraba. Lo segundo, que no tuve nada que ver.

—Nos lo ha dicho el periodista, Lecuona.

—¡Joder! ¿Pero te fías de ese tipo? Pues estás muy equivocado. No sé por qué quiere acabar conmigo pero te estás fiando de alguien que te la está jugado.

—¿Cómo es eso? Explícate.

Txomin no perdía la calma nunca el tío. Lo recuerdo en un Renault 4L que conducía Fangio, a toda leche por aquellas carreteras sin rectas, muerto de la risa y con la cabeza chocando en el techo.

—Tú no sabes que Lecuona se ve cada mañana con el comisario de la Policía Armada en Irún, por lo que veo.

—¿Qué dices?

—Fíate de mí, que hasta ahora no te he fallado en nada de lo que te he dicho.

—Sigue.

—Pues se ve cada mañana con el comisario y le pasa una lista con todo lo que ha cruzado por el puente de Santiago. ¿Ese que informa a la policía es el que dice que yo soy un traidor? No me jodas, Txomin.

—Me lo vas a tener que demostrar para que no te mate ahora mismo.

—Cuando quieras nos vamos y lo ves con tus ojos. Me llevo a dos de estos y que te lo digan. Yo sé dónde se ven, a qué hora y los papeles que se pasan.

—Eres un cabrón pero de esta te libras. Lo de Cenarro fue una putada muy gorda, espero que no tuvieras nada que ver.

No soy tan tonto como para suponer que me creyera. Lo que pasa es que Lecuona era menos importante para él, entonces.

Conseguí volver a casa esa noche. Manoli estaba asustada, pero no demasiado, ya había desaparecido más noches por cosas del servicio y nunca di demasiadas explicaciones. Aunque ella lo sabía todo, no le dije nada. Me limité a amarrar mi mente y mi sistema nervioso a su noray y traté de pasar la noche. Había despejado una de las mil cosas que podían salir mal. Solo una, quedaban las otras novecientas noventa y nueve. Lo que está claro es que la Operación Caroco estaba en sus límites y, como decía el coronel Sáenz de Santamaría, en cualquier momento me podían pegar cinco tiros.

El noray consiguió que esa noche fuera en calma. Una noche en calma es a veces un mundo. Mañana veríamos qué hacíamos con Caroco pero lo que ya barruntaba mi mente, pasado el temporal, es que iba a seguir adelante fuera como fuera, hasta el límite. Ya descansaremos cuando hayamos muerto.

UN MAL LANCE

Trabajar en información, dedicarte a mi oficio, tiene un poco que ver con la caza. Hoy, después de cuarenta años de servicio, estoy bastante sordo, sobre todo del oído derecho y tengo que estar todo el rato con el «¿qué?» o haciendo que me entero de lo que me dicen. No es mal truco para disimular y no entender lo que no quieres, por otro lado. Para mí, que estoy sordo tanto por los disparos de la caza como por los años que me he pasado con una «lentejilla» metida en la oreja: un minúsculo auricular por el que el equipo se comunicaba por radio en las operaciones.

Cazar animales, cazar personas. Cazar terroristas. En la caza al hombre —al hombre malo— hay apostaderos; también hay cebaderos. Todo consiste en tener calma, tiento y elegir bien la pieza. En el fondo, el trabajo terrorista se parece un poco al mío. Bien sé lo que digo porque mis dos años trabajando en ETA fue a lo que me dediqué, básicamente era un ayudante de los terroristas.

Ellos aprovechaban bien las destrezas que traía de la Guardia Civil. Y cada día eran más exigentes conmigo. Y a mí se me hacía más difícil seguir el juego. A todo esto, estaban matando compañeros por el País Vasco y en Madrid y en Navarra y cualquiera se puede imaginar la rabia que sentía tratando con los jefes de los que se habían limpiado a uno que vestía mi mismo uniforme. Pero había que cebar bien la pieza antes de cazarla y apuntar con cuidado.

Txomin era el líder indiscutible y su mano derecha era Arrieta Zubimendi, también llamado *Azkoiti*. Todos tuvieron una mala muerte. Domingo Iturbe, alto, guapo, moreno, con flema y muy serio tenía todo el carisma y las cualidades militares para mandar en aquella banda.

—Manuel, solo nos haces caso a Azkoiti y a mí. El resto no manda nada.

Me llamó la atención. Era como estar en el ejército. En muchas cosas funcionaban mejor que nosotros, la Guardia Civil. Por ejemplo, tenían más recursos económicos. No solo a mí me pagaban el triple que la nómina de la Benemérita sino que se alquilaban coches, había buenas armas, pisos francos, dinero para comidas y copas. Y yo pensaba en las miserias de Puntxas, en mis compañeros en bicicleta, en las pistolas del 9 corto que no valían para nada, en los Land Rover destartados que con suerte pillábamos para algún servicio...

Txomin era alto, su conductor de confianza era Fangio que, sinceramente, tenía un talento al volante como pocos he visto. Si acaso uno de los guardias que me subía al País Vasco cuando estaba en los Servicios Especiales de la Guardia Civil. Pero Fangio lo hacía con toda la tensión de tener que salir corriendo de un marrón, con mis compañeros pisando los talones.

Arrieta Zubimendi era más bajito y más redondo que Txomin. Tenía pinta de oficinista y, siguiendo la comparación con un ejército, habría sido el jefe del estado mayor de Domingo Iturbe Abasolo, el jefe del estado mayor de ETA. Se encargaba de los pagos y de los planes logísticos. Bastante profesional y muy serio también. Aún hoy después de todo lo que ha pasado recuerdo con agrado el trato de Txomin y de Azkoiti, rigurosos en lo suyo, por más que fuéramos enemigos jurados. A mí quien realmente me daba un escalofrío era Francisco Javier Aya Zulaica, alias Tropa. Sin dudarlo era el más sanguinario de los pistoleros de Txomin, su hombre de confianza para los asuntos de acción.

Tropa era un tipo extremadamente inteligente pero del mismo modo frío y cruel. No es que tuviera un aspecto especialmente fiero. Moreno, con un buen pelo sin entradas, lo recuerdo con unas gafas de montura metálica de pera de las que se llevaban en esa época, a mediados de la década de 1970. Había estado en la cárcel y luego huido a Francia, el camino de tantos otros. Después de una temporada a la sombra de las cárceles de Franco, el balneario francés. Yo, además de miedo le tenía respeto porque se había buscado la vida trabajando de pescador en Bayona, un trabajo duro y jodido donde los haya. Sobre todo teniendo en cuenta que él era médico por estudios. Lo primero que hay que hacer con el enemigo es tenerle respeto.

Con Joseba y todos estos conseguía un trato de bastante confianza. Tanto como para ir de copas con ellos, comer, hasta reírme. Era una vida absolutamente esquizofrénica, pero sin duda con menos de treinta años que tenía, el mejor entrenamiento para lo que luego ha sido mi vida profesional.

Por Francia ya me movía como pez en el agua. Los guardias y los policías teníamos bastante restringido el paso al país vecino. Había habido varios incidentes, incluso alguno muy grave en el que murieron a tiros dos agentes de aduanas de Francia. Lo que pasa es que para mí era mi terreno de trabajo.

Pero la confianza es la que mató al gato. Aunque lógicamente me pasaba menos por el cuartelillo, yo seguía dependiendo oficialmente del Servicio de Información del puesto de Irún. Y el cabo era mi jefe. Sus instrucciones eran dejarme hacer, sin preguntar nada. No sé lo que se suponía, pero el hombre era lo suficientemente inteligente como para no hacer preguntas que no debía. La discreción era la clave de la Operación Caroco y bastante había sufrido yo por la indiscreción del periodista Lecuona.

Confiarse. El atractivo de Francia. Desde que llegué aquí destinado Francia ha sido como un imán para mí. Primero veía el país desde la orilla que patrullaba con un máuser. El paso intermedio fue tratar con la gente de la frontera, los contrabandistas que alternaban en el bar Faisán. Las excursiones logísticas para ETA con Joseba, dándole protección. Luego directamente era mi lugar de trabajo, mi territorio de caza. Y de diversión.

Una noche salí de copas con Joseba y otros por Hendaya. Ya digo que era tentador, era como viajar diez años en el tiempo hacia el futuro. Mejor dicho, volver a España era como retrasar el reloj una década. Mujeres guapas, mejor calidad de todo, vida cómoda y lujos que me podía permitir por mi vida de agente doble. El problema es que la policía francesa es muy complicada. Una bruma de vapores alcohólicos empañan la memoria de aquella noche pero la cosa no se dio nada bien. Los vascos son subidos de genio y sé que con el coche de Joseba, el Simca 1000 que llevábamos, hicimos algún tipo de barrabasada nocturna. Mejor no acordarme de los detalles. Una barrabasada que, fruto de nuestra perturbación borracha, hicimos en la misma cara de una patrulla de la Gendarmería.

Es la clase de líos que un agente infiltrado debe evitar. Mi carnet de guardia civil canta como una almeja podrida en cuanto nos piden la documentación. Yo nunca pierdo realmente el control en las situaciones más complicadas. Eso me ha salvado la vida —literalmente, en mi oficio la vida puede estar en juego cuando te descuidas— varias veces. En este caso, lo que peligraba no era tanto mi pellejo como la misma Operación Caroco. Podía ser realmente complicado explicar al severo jefe del Tercio qué cojones estaba yo haciendo mamándome con etarras y afines. Eso de que hay que confraternizar con el enemigo para que se confíe no está en la mente de un oficial de Estado Mayor salido del West Point español, la Academia de Zaragoza.

Los gendarmes eran profesionales y por lo tanto nos llevaron a su cuartel igual que hubiera, quizás, hecho yo en caso de estar vestido de verde al otro lado de la frontera en las mismas circunstancias. La cosa se ponía negra pero hay veces que la suerte juega en estas partidas. Sentado en una sala —un lujo asiático comparado con nuestras celdas y salas de interrogatorio— entra un gendarme a interrogarme. Me mira serio con mis papeles en la mano y cuando me siento un cordero al borde de la ejecución sucede la chispa:

—Camarada, ¡yo soy de Franco! ¡Viva Franco!

—¡Viva, hostias! ¡Viva Franco!

El armañac no había acabado con mis reflejos de ratón de campo. Pero lo que sí que no evitaron mis reflejos fue que el gendarme se me echara encima, me levantara de la silla... y me diera un abrazo fraternal. En estas circunstancias uno se deja abrazar por más que el contacto entre varones nunca haya sido lo mío. El abrazo se alargaba incómodamente y notaba las manazas del gendarme recorriendo sinuosamente mi espalda. Cojones. Un gendarme maricón.

En el Cuerpo siempre ha habido quienes eran homosexuales. En su momento era jodido, después, afortunadamente, todo es normal y nadie pierde un ascenso ni es discriminado por esto. Pero para un guardia civil con mostacho de la década de 1970 no dejaba de tener un aire de película surrealista lo que estaba pasando.

—Camarada, entre compañeros no nos vamos a perjudicar. Puedes volverte con tus amigos, ha sido una dicha conocerte.

El gachó hablaba bien el español con ese acentillo francés y vocabulario tenía. Amaneramiento poco le vi cuando entró en la sala pero ahora, que ya había pasado nuestro momento íntimo, sí que le veía yo que blandeaba un poco.

Ir saliendo con bien de los envites te puede engañar. Te crees que vas a poder con todo. Pero cuando estás en un trabajo tan peligroso no hay que dejar pasar los avisos. Cada día que volvía a casa, a la cordura y estabilidad del hogar que había creado Manoli, respiraba más aliviado. Las cosas se estaban poniendo cada vez más complicadas. No solo porque era un juego de equilibrios que rozaba el malabarismo mantener la cara y las mentiras con los etarras. Es que Txomin no era tonto y cada vez me pedía más. Pero el mayor problema es que en mi bando se estaban relajando y cada vez tenían menos cuidado con la información que les estaba pasando. Ya no éramos solo tres con el secreto, había oficiales del Estado Mayor que sabían que había un guardia de Irún infiltrado. Eran gente de mente estrecha, reglamentaristas, más militares que policías, un error en la Guardia Civil. Hemos tenido en aquellos tiempos mandos que venían del ejército como los generales Sáenz de Santamaría o Cassinello, pero siempre supieron jugar con la inteligencia policial y le daban el valor que tenía a la información. La lástima es que eran excepciones.

Lo que yo quería era seguir con la infiltración todo el tiempo posible. A la vez que el juego era cada día más peligroso, más me adentraba en los recovecos de la organización. De momento, el principal coto vedado que tenía en mi territorio de caza en la guarida de los lobos, era precisamente su principal escondrijo: la carpintería.

Mi curiosidad no tenía límite con lo que pasaba dentro. Parecía claro que era donde estaba el cuartel general donde tenían papeles tanto Txomin como Azkoiti y que era su arsenal. Donde estaban parte de las armas que distribuían a los comandos pero también donde se preparaban las bombas. Yo ahí tenía el paso terminantemente prohibido. Nunca pude pasar del aparcamiento por más que yo intentaba cotillear cuando se abría la puerta. Pero nada.

Puede que haya quien me reproche que, trabajando en el entorno del corazón mismo de ETA, en diciembre de 1973 no hubiera detectado que iban a matar al almirante Luis Carrero Blanco. Yo estaba demasiado fuera aún del

núcleo de la banda, aún no trabajaba formalmente para ellos. La muerte del que era presidente del Gobierno y delfín de Franco, evidentemente, fue un hito de la guerra de ETA pero lo que no se sabe tanto es que tuvo un efecto boomerang para la banda, del que hablaremos más tarde. Y creo que no acabó saliéndole a cuenta a ETA y sí a gente del entorno de Franco.

El asesinato del almirante es un enorme terremoto que tiene réplicas. Por alguna razón hay obsesión con Carrero en esos momentos en torno a Txomin. Una mañana Txomin me pide que vaya a ver a Aya Zulaica, que tiene un trabajo para mí. Me encuentro con Tropa en un bar de San Juan de Luz, un pueblo pesquero que a mí me encanta. Frío, profesional, sanguinario, nunca mi trato fue especialmente bueno con Aya.

—Tenemos un objetivo nuevo. Vamos a secuestrar a Ernesto Montero.

Esa era una pieza mayor, muy protegida por el franquismo. Ernesto Montero era un industrial, el dueño del Matadero Ernesto Montero de Irún, probablemente el principal de esta parte del País Vasco. Pero, sobre todo, había sido amigo íntimo de Luis Carrero Blanco.

—Hay que ir a por él. Vamos a montar una buena operación y tú nos vas a hacer la previa, a controlar y diseñar cómo lo haremos.

Ya me hubiera parecido demasiado decirle «¡a la orden!» al jefe de un comando etarra. Pero lo que decía Tropa se hacía, sin contemplaciones. Además me lo había ordenado Txomin, no había más que hablar. Ahora tenía que manejar yo con cuidado esa información. Tenía en mis manos un paquete de goma-2 que podía estallarme en cualquier momento.

En ETA trabajábamos con bastante profesionalidad. En este tipo de labor mi carnet de número de la Guardia Civil era muy útil. Para esta operación Txomin decidió que tuviera a mi cargo un pequeño comando. Con él tenía que hacer las labores de información sobre la vida de Ernesto Montero. Y la forma de jodérsela. El hombre era el típico prócer del franquismo. Un tipo enriquecido con el Régimen, un poco panzón y engominado pero que, para ser sinceros, trabajaba bastante todos los días pese a lo rico que era. Vivía en una zona noble de San Sebastián aunque el matadero estaba en Irún. Y él viajaba todos los días a su fábrica para regresar por la tarde-noche a Donostia. Realmente las instalaciones estaban a las afueras de la ciudad de Irún, enfrente

de un lugar llamado exóticamente Las palmeras, en la carretera de Irún a Behobia.

Nos organizamos en dos coches para los seguimientos, algo que puede ser muy poco discreto si se hace mal. Para eso estaban tanto mis conocimientos de guardia civil, como el carnet del Cuerpo que me hacía de salvavidas tantas veces. Montero se movía bastante a lo largo del día. Iba a las nueve y media de la mañana al cebadero de ganado que tenía, luego al matadero. Le gustaba alternar con amistades, si bien en locales de cierta prestancia, no txikiteando por la calle.

Tal como me había ordenado Aya Zulaica, durante unas semanas hicimos un seguimiento completo para ver dónde era mejor dar el golpe y llevárselo al cautiverio. Al martirio. Yo lo estaba viviendo con angustia. Un secuestro son palabras mayores, es una tortura para una persona. Se trataba, además, de una personalidad del franquismo, era como estar manejando una pompa de jabón que en su interior tiene nitroglicerina. Según pasan las fechas y se va acercando el final de la información del secuestro se me va encogiendo más el estómago porque sé que el día de la acción va a llegar y no sé cómo debo actuar.

Decido que no voy a informar al coronel ni a Sáenz de Santamaría hasta que no tenga claras las cosas. Txomin y Trepa me han implicado demasiado en el operativo del secuestro como para que sea prudente que haga algo. Otra cosa es de lo que te enteras de refilón por un secundario, una información que pueden conocer más personas. El objetivo del infiltrado es meterse en el corazón de la organización que infiltra para conocerla por dentro y poder desbaratar su estructura. Lo que pasa es que según entras en el sanedrín del grupo, más restringida es la información que circula y más fácil detectar al «chota» que la ha pasado a la Guardia Civil.

Peligro. Peligro, dudas, indecisiones y cálculos constantes, muchos hechos en la cama, cuando no puedo dormirme, cosa rara. Yo siempre he conciliado el sueño con facilidad, pero eso no quita que le esté dando vueltas a qué hacer cuando me meto en la piltra.

Pasan entonces las semanas y al fin le podemos ofrecer a Txomin y a Aya Zulaica un informe realmente cojonudo de los movimientos de Ernesto Montero. Mientras, el hombre ha ido engordando su ganado y su billetera,

ajeno a que en cualquier momento se le va a joder la vida para siempre. Yo lo veo cada día cuando sale de casa, cuando se va al engorde, cuando sale de la oficina, cuando va a merendar o a almorzar al campo de golf de Fuenterrabía. Soy agente de la Guardia Civil y la teoría dice que debo denunciar un delito según lo conozco. Ya no es que conozca que se va a cometer un delito, es que estoy siendo pieza clave para que secuestren a una persona.

—Manolo, vamos a ir a por Montero ya. ¿Qué te parece si preparamos para mañana por la mañana? Tenemos a la gente lista ya y el plan preparado.

—¿No te parece prematuro?

Txomin casi transpira el optimismo y el ánimo, hasta a un traidor como soy yo. Cuesta resistirse a su entusiasmo.

—No hostias, ya. No sea que más tarde se haga más difícil. Vamos la gente de confianza y listo.

Ya ha llegado el momento de informar. La llamada de rigor a Huarte y nos citamos en el bar Manolo, en Fuenterrabía. El coronel me da cita enseguida, quiere que esté esta misma tarde allí. Quiere que vaya al cuartel del Tercio, en San Sebastián, en el paseo de Eriz. Cuando llego hay un alboroto considerable. Oigo taconazos cuando voy por los pasillos, lo que quiere decir que se están reuniendo los mandos con el coronel. No me gusta. Hasta el momento hemos manejado la Operación Caroco muy discretamente, sin que interfirieran los mandos del Estado Mayor del Tercio, que de Información saben poco.

Huarte me abre la puerta para que pase al despacho del coronel. El ambiente está espeso del humo de los cigarrillos negros. Los jefes están repartidos por el despacho, bastante alterados. Reconozco dos tenientes coroneles, un comandante y un capitán, además del coronel jefe.

—Pase, Pastrana. Buenas tardes, por favor, informe.

Mi informe dura sus buenos quince minutos, aunque el resumen es más o menos tan jodido como lo que sigue: van a secuestrar a un empresario amigo del círculo más alto del Estado. Yo lo sé y voy a participar. Si seguimos adelante con el secuestro subo un peldaño en la organización. Si abortamos se ha acabado la Operación Caroco. Nos arriesgamos a que yo sepa el paradero del zulo donde lo encierran o incluso a que Montero reciba un tiro con todo el

trajín, que no sería la primera vez. La solución no es fácil, no, eso ya lo sabía yo.

Cuando hablo veo dos tipos de actitudes. Las de los mandos que están habituados a estas operaciones y están pendientes y los que tienen un gesto de soberbia porque un mierda de guardia les esté dando una información de semejante calibre. Vamos, los que son capaces de mandar al infierno el trabajo de dos años.

Las discusiones son interminables. Oigo tonterías del tamaño de la catedral de Burgos y cosas muy poco sensatas. Aquí mi baza es el coronel, que es quien está al tanto de la operación desde el principio y sabe el valor de lo que estamos sacando.

¿Yo qué quiero? Ojalá lo supiera. Yo al señor ese no le quiero ningún mal, desde luego. Lo he estado viendo irse a trabajar cada día durante semanas, a pesar de que está podrido de millones. Un punto a su favor. Lo que pasa es que llevo dos años jugándome la vida infiltrado en ETA, trabajando para ETA y estoy casi en el punto más alto de la organización. Si esto sale bien voy a tener acceso casi a toda la estructura de la banda. Quizás a entrar a la puta carpintería, que ya casi es una obsesión para mí. Tenemos muy cerca el objetivo. Lo siento mucho pero Ernesto Montero no me parece lo suficientemente importante para detener esto. Yo solo pararía si preparan una gorda. Tan gorda como la de Carrero no puede ser, claro, pero hay capitanes generales, gobernadores civiles, ministros, generales, que están en la órbita de Guipúzcoa, está la penetración de la banda en Madrid... Hay muchos objetivos para un topo atento como yo. Un ratón encima de un queso de información.

Nadie se decidía por nada, cada cual decía una cosa y yo veía el reloj echándose encima. La cita era en Rentería a las ocho de la mañana. Tenía que ir a mi casa a por determinado material y de ahí a Rentería. O sea, casi una hora a Irún, quince minutos en casa y media horita más hasta Rentería, donde me esperaba el comando. Casi dos horas y ya estábamos cerca de las cinco de la mañana, sin decidir nada.

No aguanto más.

—Bueno, mi coronel. Ustedes no se ponen de acuerdo y yo me voy porque he quedado con ellos y me tengo que ir para allá.

—Un momento, Pastrana, hay que tomar una decisión.

El comandante, que era bastante gilipollas, agarra del brazo al coronel.

—No podemos consentir algo así, esto se ha ido de las manos, mi coronel.

El coronel se levanta de la silla. El olor del tabaco se ha ido enfriando y huele a rancio en el despacho, un olor que se ha enganchado a las cortinas, las alfombras y hasta a la tela de las banderas. Una de España y, escoltando al lado, el banderín del Tercio.

—Nada, abortamos el tema. No hay secuestro. No vamos a dejar que se lo lleven.

Una sacudida fría recorrió mi espinazo. La peor de las decisiones, a mi juicio. Aún hoy lo pienso, lo dejamos demasiado pronto, aunque me estuviera jugando el bigote y con toda la gente que ya lo sabía en la comandancia y en el Tercio el asunto era muy peligroso. Pero estas palabras del coronel suponían que se acababa la vida que había estado llevando desde hacía cuatro años. Adiós al País Vasco, al Faisán, a Joseba, a toda la *troupe* de la frontera, a Lecuona, a la casa de Chartres, a los vinos en el bar Manolo de Fuenterrabía. Me tendría que inventar una nueva vida, bien lejos de allí, no iba a poder volver ni de vacaciones porque cuando se supiera el pastel Txomin, Pérez Triviño, Aya Zulaica y los demás iban a reaccionar con rabia asesina.

La vida del topo se acaba cuando le ponen una piedra sobre el agujero, iba a ser muy difícil que yo pudiera seguir en la brecha de la lucha contra ETA en el futuro. Aunque luego la vida daría muchas vueltas yo eso en ese momento de abatimiento no lo sabía ni me lo imaginaba. Estos oficiales de Estado Mayor que no habían salido a la calle más que a desfilas o poner multas han cogido al ratón con sus elegantes dedos enguantados y lo han mandado de una toba bien lejos del queso.

—Pues será a la orden, mi coronel. Pero ya sabe lo que eso significa.

—Cerramos la Operación Caroco, Pastrana. Demasiado lejos habíamos llegado.

Cuando salgo, con el cuerpo molido, me queda un día por delante. Un último lance del cazador. Y hay que salir vivo de esto, cosa que veo muy difícil. La papeleta que me ha dejado el coronel tiene casi todas de salir nones. El coronel se ha quedado dando instrucciones a los comandantes para

un despliegue de toda la fuerza en la carretera de Irún a Behobia. Una jaula para cerrar la frontera y otra trampa también en dirección a San Sebastián. A las malas vamos a intentar atrapar al comando, en el que seguro que estará Aya Zulaica y quizás el mismísimo Txomin. Caza mayor. Pero es que estos no son tontos. Yo voy a estar con el comando, en la acción. En cuanto vean la manada de guardias civiles o intuyan los controles, va a estar claro que el «chota» soy yo. Justo el papel que nadie querría en esta función de final de curso.

La noche está fría y húmeda en San Sebastián. El asfalto brillante, jirones de nubes por el cielo que han descargado agua, visibles gracias a una luna terciada que se entrevé por ahí. En casa entro con cuidado, cerrando despacio la puerta y levantándola un poco de los goznes para que no chirrien las bisagras. Oigo las respiraciones pesadas de los cuerpos de los niños y de Manoli durmiendo, cada cual en su sitio. Huele al guiso de la cena y a ese olor que no sé a qué atribuir, como de leche caliente con galletas que hay en una casa con niños. Tengo que recoger material, pero realmente no lo necesitaba. Lo que necesitaba era dar un beso a mi mujer. Tapada hasta el cuello, con el brazo por fuera; al acercarme hace un movimiento perezoso y se vuelve hacia mí.

—¿Qué hora es?

—La de dormir. Tengo que ir a unos asuntos.

—Vale. Mañana nos vemos.

Hay frases rituales, que se dicen sin importancia que, precisamente por eso, acaban poniendo el dedo en la llaga que aprieta y escuece. Mañana... no sé si habrá mañana por la noche. No lo tengo claro, sé que me voy a meter en una trampa que puede ser mortal solo por la obediencia debida. Las estrellas no dan patente de inteligencia, sobre todo, cuando en lugar de pensar se pone por delante el dogma de «viva el orden y la ley». Señores, hay que mirar un poco más allá. Pero eso no lo ha podido decir en el despacho este guardia de menos de treinta años sin recomendación —bueno, el alguacil— ni padre oficial del Cuerpo, destinado en el culo del Imperio.

—Manoli, si mañana por la noche no estoy, cuida bien de mis hijos.

Ya, ya, el drama. Pero a ver quién es el guapo que pasa mejor el trago.

El plan es encontrarnos a las ocho de la mañana en Rentería para alquilar unos coches. Luego nos apostaremos enfrente del club de golf de Fuenterrabía

hasta que pase el coche. Le cortamos el paso en una zona lenta, lo sacamos a punta de pistola y se va al maletero del Renault 4L de alquiler en el que viajará Txomin. Luego, pitando para un destino escondido y oscuro, en el que se le dará de comer dos o tres veces al día, pero seguramente no caliente. Un zulo, con todas las letras.

A las ocho aparecen los siete, un comando completo. La plana mayor de ETA. Txomin, Arrieta, Pérez Revilla y Aya Zulaica con otros menos importantes. También Fangio, el mejor conductor de la banda, que va a ser el que corte el paso a Ernesto Montero. Me encantaba ir con Fangio, era un maestro. Cuando la cosa se ponía jodida su truco era agachar la cabeza y conducir a tope con las rodillas. Un prodigio, vamos.

Yo me senté delante, en el coche que conducía Fangio. Pérez Revilla se sentó detrás. Nos fuimos para la zona de espera, el apostadero del campo de golf de Fuenterrabía, antes de llegar a Irún. El día ya iba clareando, entre jirones de nubes que habían estado descargando aquí y allá. Iba, como en las ocasiones importantes, con el estómago encogido. Me pongo pocas veces nervioso, pero el síntoma que delata mi estado es si me sudan las manos. Las iba restregando contra los vaqueros para quitarme esa sensación tan incómoda. Llevamos radios para coordinar el operativo.

Las cunetas de las carreteras de entonces no eran como las de ahora. Había sitios abundantes donde parar porque la gente solía necesitar detener el coche varias veces en un viaje, generalmente porque los radiadores perdían agua y había que echar un poco para que no se recalentara y se fastidiara la junta de la culata. Fangio también era bueno para eso. Dejamos el coche en el lugar previsto, en ángulo hacia la carretera para cortar el paso cuando nos dieran aviso los que estaban delante, de lanzadera.

—Mucha txakurra, joder.

Y tanta, no te jode. El loco del comandante ha enviado aquí lo menos a dos compañías de guardias, sin ningún disimulo. Están patrullando constantemente la carretera. Noto la humedad característica en los sobacos, me está cayendo un hilillo de sudor por la espalda. Creo que me va a estallar la cabeza porque no veo cómo voy a salir de esta.

—Hostias, aquí pasa algo.

La radio chisporrotea imprudente. La llevamos disimulada en la guantera, lejos de la vista de ojos impertinentes.

—Manolo, ¿qué hostias es esto?

Pérez Revilla hacía mucho tiempo que había dejado de ser mi amigo, el incidente en la nave, cuando Lecuona se chivó de mí, había dejado marcas entre nosotros. Y más que iba a haber esta misma mañana.

—Estarán en alguna operación del contrabando, yo qué sé. ¡Yo no tengo acceso a todo!

—Pues me cago en todo, ¿sabes?

—¡Tenemos a los pikos detrás!

La radio emite, pese al ruido hertziano, la voz de Txomin.

—¡Nos vamos echando hostias!

El coche lanzadera sale disparado, con un coche camuflado detrás. Fangio mete primera y el coche parece que salta al asfalto de la carretera, no que vaya rodando. Acelera a tope, cuentarrevoluciones en el rojo, salimos disparados hacia Francia. Me toca trabajar. Decido huir con ellos y jugármela a que no tomen venganza o duden de si he sido yo el que ha largado.

—Id a la nacional de Pamplona. Allí no hay coches de la Guardia Civil.

Pérez Triviño se mueve incómodo en el asiento, se gira y noto que amartilla el arma, una metralleta corta.

—Manolo, eres un hijoputa. Esto has sido tú.

—¿Pero te has vuelto loco? Entonces no habría venido, esos me van a matar a mí también.

—Ya ajustaremos después, ya.

Fangio no se anda con historias. Nuestro coche es más potente que el de los guardias y salimos por carreteras comarcales, lejos de la nacional.

El secuestro está desbaratado, ahora tengo que salvar los muebles y mi pellejo. Hay coches patrulla del Cuerpo por todos lados, corriendo con las sirenas puestas. Joder, han tomado militarmente la comarca estos locos. Es una barbaridad, una metedura de pata monumental. Fangio corre pero evita derrapes y demás historias, solo se está saltando el límite de noventa kilómetros por hora, veo por el rabillo del ojo que el coche marca ciento treinta, la carrocería empieza a estremecerse. Me cago en mi puta vida. «Viva el orden y la ley», no te jode...

Aquellos coches no tenían cinturón de seguridad ni historias porque aún no era obligatorio en España ponérselo. Temo que en cualquier frenazo voy a salir disparado de cabeza por el parabrisas. Podría ser una salida. Igual hasta acabo vivo, paralítico, pero vivo. Por la radio consigo ordenar los coches y enviarlos a un paso secreto que tengo en la recámara. Una muga clandestina como pocas. Txomin ha pensado con rapidez y decide hacerme caso. La penúltima vez que me haría caso.

Hasta las diez y media no conseguimos pasar el cerco que el Tercio ha montado en torno a Irún. De Ernesto Montero no sabemos nada. De esta se ha librado. Bajamos de los coches, hay caras de mala hostia, todas vueltas hacia mí.

—Manolo, ¿nos la has jugado?

—¿Yo? Pero ¿estás loco? ¿Para arriesgarme a que me mates ahora? No soy tan tonto.

No va a tardar en venir hacia aquí el lazo de la Guardia Civil y no sobra el tiempo.

—Marchaos vosotros para Francia. Yo me vuelvo a Irún y me entero de qué ha pasado.

Empezamos a oír las sirenas por la carretera de ahí arriba. El cerco se está viniendo para acá y en minutos esto va a estar lleno de agentes armados y con mala leche.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a salir por donde me dices y mañana ajustamos cuentas. Esto no va a quedar así, pero no te voy a matar ahora.

—Te equivocas si me matas, Txomin.

¿Por qué dejé salir al comando? Quizás podía haberles engañado y llevarlos de cabeza al dispositivo de la Guardia Civil. No sé, era muy peligroso, pero al menos tan peligroso como lo que había hecho. No, no busquen en mí un resto de lealtad a Txomin ni a nadie de su grupo. No la tenía, los quería presos y para eso había trabajado dos años jugándome el cuello. Podía ser un respeto entre guerreros. Es posible. Pasados más de cuarenta años creo que en el fondo de mí había un resquicio que pensaba que podía volver al juego.

Si era así, me había equivocado. Este mal lance de caza fue el último. Por el momento se había acabado lo que había movido mi vida los últimos

años. Si volvía a Irún tendría que ser de visita. Agur, ETA, agur Txomin. Pastrana se ha quitado la careta. Si te vuelvo a ver tendré que gritarte eso de: «¡Alto a la Guardia Civil!».

MIS SERVICIOS MÁS ESPECIALES

En esto hay mucha ciencia y muchas doctrinas. Yo soy de rehogar primero el arroz en el mismo aceite en que has hecho el sofrito y has pasado el meollo del asunto, el condumio. Luego, cuando el grano está un poco dorado, dos partes de agua por cada parte de arroz. En veinte minutos ya tienes que ver que hay poco agua y esperar a que se quiten las burbujitas, lo que significa que el arroz está seco y la paella para comer en cosa de cinco o diez minutos, ya dejada reposar. Yo me ocupo de cocinar para los guardias de mi equipo y están encantados. No solo comen mejor sino que nos ahorramos la mayor parte de la dieta que nos dan por la semana que nos tiramos en el País Vasco haciendo inteligencia contra ETA.

Soy jefe de equipo de los Servicios Especiales de la Guardia Civil. Con menos de treinta años soy un veterano que ha estado infiltrado en ETA, ha estado quemado en el País Vasco y ahora, que parece que se han olvidado de mí, vuelvo a las andadas en el norte. Los Servicios Especiales son una especie de élite de la información que tiene la Guardia Civil precisamente para eso, para servicios que son extraordinarios.

Ernesto Montero supo que había estado a punto de caer en las manos de ETA. Años después, en 1979, un comando encapuchado fue a su casa a por él pero la previa la debió hacer alguien peor que yo. Solo se encontraron a su suegra y, claro, no se la llevaron. Fueron a la hora a la que cada día estaba trabajando en el matadero. Un profesional es un profesional. El hombre fue muy agradecido después del secuestro frustrado que lideró Txomin. De hecho, cuando se enteró de lo que yo había hecho y cómo me había jugado la vida, decidió darme una recompensa de un millón de pesetas.

—Pastrana, es impropio que se quede usted con ese dinero.

El coronel Sáenz de Santamaría siempre me tenía en posición de firmes en su despacho.

—¿Y entonces, mi coronel?

—Ya no es asunto suyo.

No, entenderán que sí era asunto mío y que nunca me haya caído bien el, después general, José Antonio Sáenz de Santamaría. Ni él ni su bigote de morsa y barbilla prognática. Aunque para no caerme bien, me pasé media vida trabajando para él.

La situación era la siguiente. La Operación Caroco se fue a tomar vientos en el momento en que el coronel decidió que abortara el secuestro. Nadie me hizo demasiadas preguntas sobre el comando y cómo pudo salir huyendo porque creo que lo que les sorprendió es que yo apareciera con vida a mediodía en el cuartel de San Sebastián.

Tuvimos que levantar el campamento a toda prisa. No pasaron demasiadas horas sin que Txomin atara cabos y decidiera una venganza contra mí. El que me viera me tenía que matar. Salí corriendo de Irún con toda mi familia, sin despedida alguna, mucho menos de la gente del Faisán. Al bar de Joseba he vuelto este mismo invierno, cuarenta años después. La verdad es que no sentí nada especial, quizás algo de ternura cuando vi la foto del grandullón, que ya ha muerto, en una de las paredes, me parece que incluso con un puro en la mano. Ay, Joseba...

Pero la vida seguía y la Guardia Civil consideró que lo mejor es que me fuera destinado a Madrid. Eso sí, sin la ayuda del millón de pesetas de Ernesto Montero. Para mi sorpresa, el que sí había guardado mi sueldo de treinta mil pesetas cada mes en un banco y me lo devolvió íntegro, un pico, fue el coronel jefe del Tercio en San Sebastián. Pero hubo más consecuencias. Un alma caritativa de mi pueblo —que en gloria esté el individuo— tuvo la gentileza de llevarle un aparato de radio a mi madre.

—Hablan de tu hijo. Cosas poco bonitas.

Era Radio Pirenaica, uno de los órganos de expresión de ETA. «Manuel Pastrana, te vamos a enterrar vivo. Eres un traidor y lo pagarás». Menos mal que mi madre era una mujer templada pero nunca olvidaré al malnacido que le llevó esa radio a la pobre mujer, en el pueblo.

No tener un millón de pesetas era un pequeño fastidio. Yo había visto incluso el precio de los pisos en San Sebastián, pero el San Sebastián de los Reyes, en Madrid, no el del norte, para llevar allí a mi familia. La Guardia

Civil no tuvo demasiadas dudas sobre lo que hacer conmigo. El ascenso a cabo y mi introducción en lo que llamamos Servicios Especiales. Tan especiales que la mayor parte de ellos son inconfesables.

La formación la he hecho en Madrid. Seguimientos, un poco de electrónica, algo de preparar bombas, conducción evasiva, escuchas... Lo que nadie está dispuesto a reconocer que sabemos hacer. Servicios Especiales en un tiempo realmente especial. Tan especial que durante los cursos empezamos a hacer servicios escondidos en La Zarzuela. Nos asignan por turnos vigilancias en La Zarzuela, donde vive el aún príncipe de España, don Juan Carlos de Borbón. No, no vigilamos que no entre nadie en la coqueta finca adehesada, sino que vigilamos precisamente quién entra para luego contarlo, claro. Franco agonizaba para entonces, digo yo que a él no le contarían nuestra información.

Es una unidad en la que nos encontramos gente joven como base, con oficiales también jóvenes con ideas claras sobre información. Claro que siempre quedan por encima mandos de la vieja escuela dispuestos a dar por saco. Las guardias en La Zarzuela son terriblemente aburridas y heladoras porque es invierno y no tenemos material bueno, ni mucho menos. Y sí hambre. Tanta que se acaba aguzando el ingenio. Empecé a desarrollar un sistema de lazos para intentar cazar algún conejo o algún pistero (conejos pequeños) de los que abundaban por la finca. Por supuesto que estaban prohibidos los tiros y el fuego medio admitido si no era muy escandaloso. Había jabalíes y venados bien cebados pero esos era un número cazarlos. El Manolo cazador de pueblo de La Mancha se hizo con unos pisteritos bien tiernos y los asamos al fuego.

—Pastrana, ¿de dónde ha sacado usted eso?

—Me los he encontrado mire usted, que es una pena dejarlos tirados y hemos hecho un poco de maña para poder comerlos.

—Nos va a meter en un lío pero venga para acá, que huelen de escándalo. Mis servicios a veces son muy especiales.

Los enemigos de la patria y de la Guardia Civil, por lo tanto, en esta época de la muerte de Franco y el cambio a una monarquía parlamentaria eran numerosos y variados. Desde ETA al GRAPO, los sindicatos, pasando por los quinquis y el «todo por la patria» consistía hasta en determinar las visitas que

recibía Juan Carlos de Borbón. Para eso nos habían adiestrado y en medio de todo ello se había gestado mi ascenso a cabo tras salir del País Vasco por patas. Nunca llegaría a la selecta élite de los oficiales, a pesar de mi lista de méritos, pero un cabo ya es alguien en la Guardia Civil y yo estaba encantado con la subida de sueldo y mi galoncito en la hombrera.

El GRAPO es uno de los enemigos a batir en Madrid. Han empezado a asesinar en 1975 y son especialmente crueles. Años después llegaron a asesinar al médico que había cuidado de uno de ellos en prisión durante una huelga de hambre. El médico le había salvado la vida y ellos le picaron el billete. El caso es que había muerto uno de los principales camaradas, Cerdán, y lo iban a enterrar. El coronel, uno de la vieja escuela, me llama al despacho. Quiere que prepare el equipo y que simulemos que somos floristas y llevemos una corona de flores. Me da cien pesetas.

—Aquí tiene, con esto compra usted las flores.

—¿Cien pesetas?

—Con eso apáñese usted, cabo. Puede retirarse.

Cien pesetas, ¿no te jode? ¿Pero en qué mundo vive ese señor? Llamé a mi equipo y les dije que nos íbamos a tomar un café con las cien pesetas del coronel, aunque hubiera que poner de nuestro bolsillo.

Al entierro, en el cementerio de La Almudena, nos presentamos hora y media antes con una furgoneta blanca del tipo que se usan en las obras. Nos pusimos monos azules y sacamos unas palas para trastear entre las tumbas. Colocamos una cámara disimulada en el techo de la furgoneta y nos dispusimos a grabar.

—Eh, vosotros. Dejad de trabajar, vamos a enterrar a un camarada.

Uno de los matones del GRAPO se nos encaró.

Me acerqué muy despacio a él y le dije:

—Mira, o nos dejas a los obreros trabajar o te saco las tripas aquí mismo con mi navaja.

Grabamos a todo el que apareció a homenajear al GRAPO, hasta a las abuelas.

En Servicios Especiales hay que improvisar. Teníamos que visitar y colocar micrófonos en pisos que hacían de buzones de ETA, pisos de estudiantes sospechosos, hacer seguimientos. Improvisar. Sospechábamos de

un piso en el que vivían dos mujeres en la calle López de Hoyos de Madrid. Estábamos seguros que allí vivía la novia de uno de ETA y había que entrar como fuera pero la casa era como impermeable a nuestras artes de allanamiento, no había forma de saltarse al portero que, celoso, custodiaba que no subiera ningún extraño a los descansillos. Nos concentramos en la calle para buscar soluciones.

—Me voy para arriba, trae esos papeles.

Agarro unas cuartillas y entro en la casa, despeinado y dejando correr un poco de saliva por la comisura de los labios. Hago ruidos guturales y enseño los papeles. Mi camuflaje es el de un disminuido psíquico que vende papeletas.

—¡Quita de ahí, sube, sube, pero sal de mi portal!

Saltado el control, conseguí acceso a la cerradura de aquel piso. Mi alma policial seguía enganchada a la lucha contra ETA pero los Servicios Especiales dependíamos directamente de la Dirección General y el tiempo que estábamos en Madrid había que hacer otro tipo de trabajos. A veces casi de servicio de emergencia.

Aquellos finales de la década de los setenta del siglo veinte era la época de los quinquis, que tenían aterrorizada a la sociedad. Era el crimen galopante, el atraco, la punta de navaja metida en los michelines del incauto. En el país había cientos de «Vaquillas» como el que luego protagonizó una película. Eran los tiempos del «caballo» desbocado, las jeringuillas y los «puentes» en los coches, aquellos Seat 124 y Simca 1200, los superventas del momento.

Dos de aquellos quinquis habían disparado a una patrulla de la Comandancia de Toledo, en Illescas. Aquel era lo que hoy se llama un pueblo de autovía. A mitad de camino entre Madrid y Toledo, fronterizo, medio industrial, con muchos puticlubs reclamando el descanso del camionero. Zona franca para los atracos de aquellos delincuentes toxicómanos. Se puso en marcha un dispositivo para buscar a los que habían tiroteado a la patrulla y nos reclamaron en plan urgencia. Necesitaban equipos solventes porque aquellos tipos tenían pinta de ser muy peligrosos. No hay que ser un lince para saber que a esa clase de gente hay que ir a buscarla a los puticlubs. Acababan de dar un golpe bueno en una gasolinera de Zaragoza y llevaban billetes frescos que iban a gastar en un homenaje, estaba claro. La entrada de la

Guardia Civil en un puticlub es siempre un escándalo. El que más y el que menos tiene ganas de salir disparado por la puerta de atrás. Hay un follón de gritos de mujeres, gente que sale acojonada en calzones de las habitaciones y tipos que se esconden, más que nada para que la parienta no le dé con el rodillo en la cabeza si se entera.

En medio del caos habitual oímos tiros fuera. Dos de la banda habían disparado a dos cabos que estaban haciendo la protección exterior. Uno de ellos estaba muy mal, con un tiro en el pecho. Acertamos a ver el Simca 1200 que iba echando virutas. Salimos flechados a por él. Una persecución de película, pero claro, con coches de la época, Renault 4 L y similares. Los medios infinitos de la Guardia Civil, ya se hacen idea. Los quinquis se salieron de la carretera y se hicieron fuertes. No es agradable disparar contra personas, se lo aseguro. Y se lo dice un cazador empedernido. Se estableció un tiroteo en toda regla, ellos atrincherados entre los hierros del coche volcado. ¿Había ánimos de venganza? Pues claro. Pero no sanguinaria. A nadie le gusta matar por muy caliente que tengas la sangre y los guardias no estamos entrenados para matar sino para salvar. Los dos quinquis cayeron muertos por los tiros. Los que salieron de mi pistola. Siempre he intentado evitar sacar la pistola o liarme a tiros, por complicada que fuera la situación. Cuando esto pasa, pocas veces hay remedio y los líos te pueden dejar fuera del Cuerpo.

Pronto empecé a enfocar más mi trabajo al País Vasco. Me quedaban unos cuantos contactos y había hecho confidentes buenos. Normalmente subíamos un equipo cada semana, a ir siguiendo objetivos o ir tirando de hilos que nos daban los confidentes. Los coches los agrupábamos pasado el puerto de Somosierra, donde desayunábamos o merendábamos según se diera. Íbamos a afrontar una semana muy exigente, física y mentalmente y eso hace que la camaradería aflore. Desde Somosierra tirábamos hacia el País Vasco en un viaje por carreteras de doble sentido que era casi interminable. Íbamos camuflados, lógicamente. Yo llevaba el pelo muy largo y me colocaba un kaiuku de esos sin cuello, con una ikurriña como pañuelo al cuello. Nos instalábamos en pisos francos que tenía la Guardia Civil en barriadas de Bilbao, San Sebastián y cerca de Vitoria. Nos teníamos que encargar de la limpieza y de mantener el piso en orden para el siguiente relevo.

La convivencia de un equipo de ocho o diez guardias con un solo baño es fácil de imaginar, pero al final eso une. Yo utilizaba un truco para hacer grupo que además era rentable. Les decía que conmigo se hacía la compra. Íbamos a un supermercado, poníamos un bote y a comprar lentejas, arroz, judías y la carne. De mis tiempos de Puntxas me queda la vocación y la mano de cocinero. La paella, bordada. Y nos ahorrábamos casi todo de las dietas.

Los medios infinitos de la Guardia Civil... Durante una temporada nos daban unos coches hechos unos zorros, que no andaban nada. Cuando protesté al capitán encargado de material, me dio una respuesta típica:

—Hay que ir a un máximo de noventa por hora. Con esos coches tiene usted de sobra.

Me hubiera gustado verle salir corriendo de un pueblo cuando nos habían «mordido», o teniendo que perseguir a algún hijoputa de esos. Hay oficiales que parece que no saben dónde tienen la mano derecha. Algunos me los colocaban casi como si fuera su niñera. Me estoy acordando de un teniente joven, hijo de un coronel. El hombre, desesperado por los desatinos del chaval, me pidió consejo un día:

—¿Y qué hago Pastrana? Me ha salido torcido, es una calamidad y un calavera.

—Es que, con todos mis respetos, mi coronel, usted no lo ha educado.

—¿Cómo que no? Le he dado de todo, ha ido a la Academia de Zaragoza...

—Ese es el problema, mi coronel.

Era un tipo alto, muy guapo, delgado, pintón. Y absolutamente descerebrado. El piso que nos daban en Bilbao estaba en una zona poco noble pero no demasiado lejos del casco viejo. Ese día habíamos estado haciendo una vigilancia que había salido estupenda. Conducía el guardia Severiano, que tenía unas manos mágicas al volante y la jornada era redonda. Yo me metí en mi cuarto, porque un privilegio del mando era no compartir litera, para descansar un poco. Sin embargo, al poco me aporrean la puerta.

—¡Pastrana, Pastrana, salga, joder!

El teniente estaba lívido, como despeluchado.

—Pero ¿qué le ha pasado, mi teniente?

—Me han robado. Las putas me han robado.

Un vicio malo el de irse de putas. Un tipo tan alto, tan pintón, tan de academia pata negra, resulta que se había ido de putas y le habían robado no solo la cartera con siete mil pesetas (una pasta en la época), sino la documentación de guardia civil y la pistola.

—¿Qué hacemos Pastrana? ¡Sáqueme del lío, por Dios! ¿Cómo voy a contarlo? Me van a corregir. Improvisar, camuflarse.

Me fui al Casco Viejo, a uno de los bares cercanos a la zona de prostitución. Yo iba con mi kaiku y mi ikurriña al cuello. Y mi pistola en la cadera, frío metal que traspasaba telas y llegaba a la piel para que siempre la tuviera en cuenta. Otra pistola enfundada sobre el tobillo y la navaja de Albacete que siempre, aún hoy, llevo. Entré al modo de los *cowboys* en las películas del oeste. Cerré la puerta tras de mí y saqué la pipa.

—¡Me cago en Dios y en todos vosotros, os voy a matar y me fumo un puro! ¡Hijoputas!

Lo primero que hay que hacer es crear conmoción. Eso ya lo había logrado con ese número de circo.

—Le habéis robado al desgraciado de mi teniente. Os doy media hora para que aparezcan aquí la documentación y la pistola. Las siete mil pesetas para vosotros, por gilipollas él. Si no está todo aquí en media hora me paso la noche deteniendo putas y clientes. Vosotros veréis. Y si no, ¡os mato!

«¿Pero qué dice?». «Este está loco». Ni me paré a escuchar. Disuasión y amenaza clara y creíble.

—Aquí tiene su pistola y su documentación y dé gracias. Y deje de hacer el idiota por ahí, hombre.

—¿Y las siete mil pesetas?

—Haber ido usted a recuperarlas.

Los pisos que nos ponían para hacer la misión estaban más o menos correctos. El terrible era el que estaba en Miranda de Ebro. Para trabajar en Vitoria teníamos que dormir en Miranda, que es Burgos, pero está a media hora en coche de la ciudad. Ese piso daba asco, estaba lleno de chinches. En esas casas no podía entrar nadie que no fuéramos nosotros, eran pisos secretos. Cuánto menos cualquier servicio de limpieza. La comida casera yo creo que ayudaba a aliviar la morriña. Y el teléfono. Llamamos desde cabinas de Telefónica, pero los de Servicios Especiales somos más listos que nadie.

Hemos descubierto que con un encendedor electrónico de los de las cocinas, pulsándolo según cae la moneda en el micrófono tenemos crédito ilimitado en la cabina.

—Tú cuando vuelves a casa y después de vaciar la maleta, ¿qué haces?
¿Un polvo?

—Ni hablar. Yo primero el polvo y luego la maleta.

Estábamos desatados por la mezcla de adrenalina, embrutecimiento por solo convivir con hombres junto con el miedo y cierta sensación de que para nosotros no había ley ni reglas. Íbamos armados por la ciudad, en coches que no eran nuestros, siguiendo a gente, entrando en casas, saltándonos normas de tráfico, mintiendo... Era muy difícil volver a la normalidad de una casa, de una familia, los hijos. Había alcohol a raudales y no voy a decir que mucho dinero, pero sí algo de dinero. Éramos conscientes de que estábamos en una guerra y nosotros éramos la primera línea de nuestro bando, estábamos en la línea de fuego. Y en las trincheras se tienen que perdonar los pecados veniales.

A veces muy cerca, a veces en medio. Cuando estábamos haciendo los seguimientos a Iñaki Esnaola para captarlo como confidente íbamos detrás de él hasta su casa. Recuerdo que vivía en unos bloques no lejos de San Sebastián. La casa la teníamos cercada también pero cuando sabíamos que se iba a meter a hacer vida casera levantábamos la vigilancia. La desgracia llegó un día que acabábamos de dar por terminado el seguimiento y estábamos casi de salida. Nuestro dispositivo se cruzó sin darnos cuenta con otro de la policía, que iba a coger al comando Goierri en el bloque de al lado, en la urbanización de Vista Alegre. En el dispositivo, que no estaba bien diseñado, una inspectora, María Josefa García, se quedó sola en la vía de escape de los etarras que la liquidaron de un tiro en la cabeza.

El follón nos pilló en medio. Otra vez unos tipos vestidos con vaqueros malos, melenudos, sucios, armados, que son descubiertos por la policía. ¡Joder, nosotros!

—Tranquilízate, que somos compañeros.

—¡Y una polla, fuera la pistola, arriba las manos, hijoputa!

—¡Mira mi carnet, gilipollas!

Hubiera sido tragicómico morir por fuego amigo. Había que convivir con la adrenalina y la mentira continua. A veces hasta se mezclaba la adrenalina, la mentira y la comedia.

El objetivo eran unas oficinas de una compañía aérea en Bilbao. Había que ver cómo eran por dentro para poder ir en la noche y colocar los dispositivos, estábamos convencidos de que esa oficina se usaba como buzón de ETA. Mandamos a un guardia para arriba a que se buscara la vida porque no era fácil encontrar una excusa para entrar. Empecé a preocuparme cuando pasados veinte minutos no volvía. No llevaba pinganillo de manera que no podía comunicarme con él.

—¿Y si lo han descubierto y le han picado el billete?

—Hostias, igual tenemos que entrar.

Había un poco de susto porque ya llevaba media hora sin dar señales de nada.

Pienso cómo organizar la entrada, pero va a ser un cante porque no tenemos excusa alguna, ni un papel de un juez ni Cristo que te fundó. Paciencia. Y alivio cuando al fin aparece.

—¿Pero qué te ha pasado, qué has hecho?

—Les he dicho que me quería suicidar porque me había dejado mi novia y no veas cómo se han puesto. Todas las chicas de la oficina encima de mí, me han llevado al baño, a los despacho, a la cocina. Tengo el informe completo.

Somos una partida de forajidos, mentirosos, infestados de puteros y nos jugamos la vida cada día. Y, además, intentamos lampar un poco comiendo cocina casera para adecentar un poco el salario infame que nos paga la Guardia Civil.

Y la obediencia debida, claro.

—Mire, mi coronel, que vinimos para una semana y ya llevamos doce días, los hombres tienen que volver a descansar. Ya no nos queda ni ropa limpia.

—Pues hacen ustedes una cosa. Le dan la vuelta al calzoncillo y se lo ponen la parte más tostada por delante. A callar y a obedecer.

He vuelto estos días al País Vasco después de muchos años. Creo que es la primera vez que vengo en son de paz y pienso en lo agradable que sería venir con mi mujer de vacaciones. No se parece en nada al que yo viví. Me

llama por teléfono un coronel amigo que está al mando de un grupo importante de operaciones.

—Qué Manolo, ¿esta vez irás menos apurado, eh?

—Mi coronel, me he traído calzoncillos de sobra.

La autopista marca Orio y desvío hacia allí el coche. La entrada está igual, un paso entre montículos y el acceso a este pueblo que parece de juguete, con un puerto pensado con esmero y construido en el escaso hueco llano que deja el monte antes de caer al mar. Este era un pueblo típico de asadores pero veo que apenas quedan un par de ellos en las cercanías del puerto. A Orio veníamos a celebrar el triunfo cuando había caído un comando. Juntábamos el dinero de las dietas y nos pegábamos un homenaje a base de espárragos, besugo asado con su ajito y gosúa de postre, o bien flan. Que siempre he sido goloso. Había sidra o vino y la noche se alargaba con whisky y Coca-Cola.

Los éxitos y los fracasos, qué cerca quedan unos de otros. Los comandos que caían no nos los apuntaban a nosotros, claro. Nosotros dejábamos la información y eran los operativos los que se encargaban de cazarlos. Nosotros éramos los que nos enterábamos, por ejemplo, de la llegada de un comando a Madrid. Eso suponía horas y horas esperando con la compañía de un bocadillo, apostados en los puentes, con furgonetas blancas de obreros. Igual desplegábamos diez o quince equipos entre Burgos y Madrid para ir siguiéndolos sin que nos mordieran. Una vez el comando era realmente sofisticado y traía cuatro coches separados por kilómetros entre sí. Esa vez fueron casi doce horas en un puente, acojonado por si la información era mala. Otra vez la tensión y los latidos en la sien cuando crees que se acerca tu objetivo, el latido fuerte y el retortijón de tripas de que ha llegado la hora de la acción. A ese comando lo seguimos hasta que se metió en los laberintos de callejuelas del Madrid de los Austrias. Había que dejarles llegar, que se instalaran y prepararse para seguir la madeja a ver si te llevaba hasta los jefes.

Mis siete años en Servicios Especiales han llamado la atención de los mandos. Me espera un destino mucho más complicado en el que no tendré respaldo de mi equipo. Me voy a jugar algo más que el bigote, no solo físicamente, sino penalmente. Como dice un coronel amigo y veterano del

norte: «En ciertos años solo había dos tipos de guardias en el País Vasco. A los que habían leído ya los derechos y a los que no».

LOBO EN UNA FURGONETA

Siempre he pensado, y conste que soy un tipo modesto, que he sido uno de los hombres que más información han tenido en este país. Puede que haya quien me lo discuta pero lo que es indiscutible es que con apenas treinta años yo era un gran experto en ETA sobre el terreno. Años de información en Irún, infiltrado en la organización casi dos años y siete años más en Servicios Especiales rastreando comandos etarras y sus apoyos por todo el País Vasco. Por poco talento y visión que hubiera en la Guardia Civil estaba claro que de este cabo iban a querer algo más aún.

Hay varios sitios físicos que tuvieron que ver con esta etapa mía. Uno de ellos el cuartel de la calle Batalla del Salado en el sur de Madrid, donde nos daban instrucción para estos trabajos. Yo venía bastante instruido del País Vasco, pocas cosas me podían contar ya. Franco había muerto hacía ya más de un año y Madrid era un hervidero de conspiraciones y manifestaciones. La Guardia Civil no era ajena al momento y los Servicios Especiales eran el centro de todo este lío.

En Madrid precisamente me encontré con un teniente coronel, simpático, noble, arrojado, pero también poco listo que se llamaba Antonio Tejero. La gente que hemos servido en el norte nos tenemos una simpatía espontánea, de veteranos de una guerra. Y así sucedía entre el teniente coronel y servidor. Una simpatía espontánea. Que nos llevaría a encontrarnos más tarde.

La Guardia Civil estaba formando, desde luego, un grupo potente en cuestiones de información y yo formaba parte de ese núcleo. La unidad que se montó se llamó los GOSSI, Grupos Operativos de los Servicios de Información. El capitán jefe era Gil Sánchez Valiente junto con el entonces capitán Herrera. Éramos un núcleo como de quince o veinte agentes. Sánchez Valiente muy listo no era, al contrario que Herrera que siempre me guio bien.

Con el GOSSI se hicieron muchos trabajos, pero en estos momentos lo que toca es la formación. Aunque a mí me gusta trabajar solo, mi compañero en estos años es Fermín, superior en grado a mí, aunque trabajamos en pie de igualdad.

Aprendemos a movernos por Madrid y perfeccionamos las técnicas de seguimiento y demás. Yo tengo el instinto intacto de los tiempos del País Vasco. El ambiente en Madrid me está gustando. A la familia nos han dado una vivienda de las del parque de la Guardia Civil, cerca de la calle Príncipe de Vergara, aunque yo jamás he estado empadronado allí. Sé que ETA quiere matarme y hay mucha gente que tiene acceso al padrón de una ciudad como Madrid.

Al principio nos encargan trabajos menores como hacer seguimientos y control de manifestaciones. Hay varias en Madrid cada día y muchas veces los ánimos se exaltan. Seguramente el hecho de haber tenido tan cerca el peligro y la muerte me han hecho un inconsciente. O que directamente me ponen de mala leche los estirados, sobre todo los que son ayudantes de los grandes jefes, con esos cordones dorados enganchados del hombro a la botonera.

Había uno al que estaba cogiendo especial ojeriza, un capitán cursi y relamido. Aquella mañana había manifestación obrera en el barrio de Cuatro Caminos. Allá que me mandaron a tomar nota de organizadores y de lo que se cocía. Como digo, muchas veces la manifestación acababa a hostia limpia y en aquellos tiempos los aún «grises» se andaban con pocas contemplaciones. La ocasión para enredar se me dio cuando vi a ese relamido comprando el periódico en el quiosco que aún hoy hay en la glorieta de Cuatro Caminos. Que hay que tener un carácter, pongamos especial, para comprar el periódico cuando varios miles están a voces con una pancarta al lado. Este hombre me trataba especialmente mal y llegaba la ocasión de la venganza. Bueno, venganza es una palabra demasiado gruesa, mejor travesura. No lejos de mí había un equipo de antidisturbios al mando de un sargento. Pintaban fieros, con la porra en la mano y los cascos grises calados.

—Oye, soy compañero tuyo.

Un carnet de la Guardia Civil siempre es útil.

—Hola, ¿qué quieres?

—Llevo siguiendo la manifestación desde esta mañana y necesito ayuda. ¿Ves a ese del periódico?

—¿El repeinado?

—Ese. Cuidado con él, es el que está dirigiendo todo desde esta mañana; para mí que es el jefe. Deberíais ir a por él.

—¡Qué cabrón! Se va a enterar. Gracias, compañero. Quédate por aquí, no se escape una pedrada.

—Descuida.

Para cuando el pobre diablo quiso darse cuenta se había llevado media docena de palos. Para cuando quiso sacar el carnet y me buscaron con la mirada, Pastrana ya estaba en el metro.

Pero la Guardia Civil tenía claro que quería que yo siguiera en la brecha contra ETA. El Cuerpo está sentando las bases de lo que va a ser la inteligencia para luchar contra ETA en su propio terreno. Ya era hora de dejar los mosquetones y empezar a trabajar con sentido común. Aunque había cosas que estaban alejadas del sentido común. La Guardia Civil decide que ha llegado el momento de volver a desplegarme en el País Vasco. Pero no como yo jamás hubiera pensado. Me iba a volver a encontrar con el mismo mostacho feroz de ogro, la mandíbula prominente, la mirada cargada de ira de José Antonio Sáenz de Santamaría, ya general, destinado en Bilbao.

Antes de subir al norte de nuevo tengo una conversación importante con un general que ha sido mi jefe y que considero uno de los mejores profesionales y más inteligentes que nunca han pasado por la Guardia Civil. Aunque él no es guardia civil, sino militar.

—Pastrana, sea listo. Le digan lo que le digan, usted no participe en la muerte de nadie.

—Desde luego, mi general. ¿Cree que la cosa se va a poner tan seria?

—Se va a poner. Pero es que estos son unos listos. Y sobre todo unos bocazas y luego todo se va a saber. No se le olvide, ninguna muerte.

Sáenz de Santamaría era otra cosa. También militar, pero tenía otro estilo de trabajo. Al puñetero le gustaba tenerme firme en su despacho aunque yo ya no llevo uniforme ni por recomendación del médico. Me han encargado el mando del GAL: los Grupos Antiterroristas de Liberación.

Sobre el GAL he oído y leído muchas tonterías. A este lo han llamado tiempo después el «GAL verde» porque estaba en manos de la Guardia Civil. Más tarde hablaré del GAL más a fondo, del que se hizo famoso con el PSOE en el Gobierno. Pero de momento baste decir que cada cual usó el GAL como le pareció mejor en la lucha secreta y clandestina con ETA. Que no sucia.

El Manolo Pastrana de esa época viste los peores vaqueros, zapatillas de deporte, lleva la camisa por fuera, desarrapado y tiene el pelo largo. Más o menos por los hombros. Es verdad que la mala dieta y los ajetreos me están haciendo encuerpar un poco. No he renunciado a mi bigote, que llevo orgulloso.

Para trabajar con este GAL, que no es socialista sino el de la UCD, cuento con un grupo al que llamar mercenarios me produce dolor. Si Francia y España juegan al ping-pong por aquello de la OAS (el ejército colonial de Argel rebelado) yo tengo a un ex miembro de la OAS conmigo. Jean Pierre Cherid. Cherid no es mi amigo, aunque llegamos a tener enorme confianza. Mi opinión profesional sobre él siempre fue excelente. Un tipo serio que sabía lo que hacía, por lo general, con una complicada vida privada en la que no voy a entrar. Su muerte, muchos años después, fue un choque para mí y me puso en serios problemas porque el tipo llevaba encima mi tarjeta y mi teléfono apuntado en su libreta. Murió manipulando una bomba en el País Vasco francés. Pero esa es otra historia.

Yo utilizo a los grupos que tengo para conseguir información. Y también para alguna maldad. Hay que establecer una red de confidentes por todo el País Vasco y montar un ciclo de información como Dios manda. Ya basta de dejarse asesinar como conejos. En aquellos tiempos ETA mataba a casi cien guardias cada año. Una sangría espantosa. Muchos guardias eran enterrados en la más absoluta ignominia, con curas vascos que les negaban hasta la tierra para su sepultura.

Esta temporada aumenta mi independencia. Me gusta trabajar solo. Mi aspecto me da a veces problemas, como aquella mañana en que me acercaba a la delegación del Gobierno en Bilbao. La entrada a los edificios oficiales la hacía con la mayor rapidez y discreción posible porque nunca sabes con quién estás tratando. Además, tengo el problema de que mi camuflaje va acompañado de una buena pistola Astra que siempre llevo pegada a la cadera,

sin funda, contra la piel. Si hay un altercado y me agarran por accidente me veré en un lío porque armado y con esas pintas solo se puede ser un terrorista. No cabe duda de que los extremos se tocan, pienso muchas veces con media sonrisa.

Cuando intento entrar en la delegación, el suboficial que está al mando del cuerpo de guardia me trata como si fuera un pordiosero.

—¿Con que vienes a ver a Sáenz de Santamaría, eh? ¡Mis cojones!

—Pase usted recado y ya me dirá.

En alguna ocasión las cosas no se resolvieron tan fácilmente. Hay cosas del servicio que no se deben saber aún hoy, pasados tantos años, porque hay gente que aún vive y la vida en el País Vasco, en determinados pueblos, se le puede hacer muy complicada.

Pero las líneas de trabajo estaban claras. Hacer información, hostigar a ETA y su entorno y complicar un poco las cosas a Francia. Son tiempos de largas esperas, con un solo bocadillo, metido en un coche. De pasar frío e incluso de convertirme en montañero. Francia deja a los etarras campar a su aire por el País Vasco francés (Iparralde) y el Gobierno quiere forzar un poco las cosas. El plan era claro, dar donde duele. En el bolsillo. La guerra sucia consiste a veces en agarrar un morral, cargarlo de goma-2 y echarse al monte. Las montañas entre Burgos y Álava son de una belleza excepcional. Tienen la parte agreste de la Castilla montañosa y el verde del País Vasco donde casi nunca para de llover. La goma-2 pesa lo suyo pero es que hay que llevar también los bocatas. Y, paradójicamente, esquivar a las patrullas de compañeros que tienen el encargo de cuidar de las infraestructuras del país. Cuando subo al País Vasco por las modernas autopistas, a la altura de Miranda de Ebro, siempre me acuerdo de aquella excursión. La pieza, dos torres de alta tensión por la que se llevaba energía eléctrica a Francia. Dar donde más duele.

Para montar mis redes de confidentes, los «confites», tiro de las mismas redes que utiliza ETA para moverse: los contrabandistas. Esta gente de frontera listos, hábiles y rápidos han sido el mejor agente doble para ETA y para nosotros. Hubo dos que se hicieron famosos, *Cocoliso* y «Lobo», Mikel Lejarza. El segundo aún lo cuenta —cuenta más de lo que hizo—, al primero

lo limpiaron en un trabajo muy profesional. Mi teoría es que le tocaron los frenos del coche, así, el hombre se estampó cuando estaba de viaje a Córdoba.

A Lobo me lo cruce en una operación en Salamanca. La información decía que había unos etarras que estaban utilizando la tapadera de estudiantes para infiltrarse en la ciudad. En aquellos años ETA tenía muchos comandos y estaba intentado extender el terror por todo el país. Se decidió desplegar un equipo completo en Salamanca para controlar a los estudiantes. Llevábamos coches y una de las furgonetas cargadas de electrónica para las escuchas y los seguimientos. Era el Lobo quien había marcado a este posible comando y al Lobo nos lo llevamos, de manera que la operación ya era mixta con el CESID. Tengo que decir que nunca me ha gustado trabajar con el CESID. Sus informaciones suelen ser malas y ellos tienen una forma de trabajar bastante torpe. Y te dejan tirado a la mínima.

Decidí que quien iba a estar en la furgoneta de las escuchas iba a ser yo con el Lobo para que me orientara sobre quién era quién de los chavales esos. La vida de los servicios de información puede parecer muy novelera pero realmente está llena de silencios y esperas, algunas muy aburridas. Estar en la furgoneta era de los trabajos más sacrificados en operaciones como estas. Son horas allí encerrado, sin posibilidad de salir a que te dé el aire.

Los del CESID se vienen al aparcamiento y me sueltan a Lejarza. Tras decirnos el saludo me lo subo a la caja de la furgoneta que va a ser aparcada al lado de la casa de los estudiantes. Veo a un tipo bastante nervioso perjudicado por el madrugón. Lo hemos recogido a las seis de la mañana porque el objetivo es que la furgoneta esté allí aparcada antes de que haya movimiento por la ciudad. No tenemos mucha conversación, más que nada porque el tipo está medio catatónico y porque a mí me cae mal. A eso de las nueve y media bosteza y me dice:

—Oye, yo me salgo a tomar un café y a desayunar.

¡Desayunar! ¡No te jode!

—¿Pero dónde te crees que estás, desgraciado? Tú no te vas a ningún lado.

—No jodas, ¿por qué?

—Porque aquí se está sin salir hasta que termine la operación.

—¡Pero si no he desayunado!

—Aquí se viene desayunado y jñado. ¡No me jodas!

—¿Jñado? Pero y si quiero mear, ¿qué hago?

—Mira, chaval, jñar aquí dentro no te deajo porque huele. Y si quieres mear ahí tienes ese agujero en la esquina para que te alivies, pero sin salpicar, que luego huele mal.

El tipo se quedó hundido. Mi opinión profesional sobre el Lobo es bastante mala. Solo era un contrabandista que, en realidad, únicamente dio un comando. El resto era información floja o directamente mala. Lo que pasa es que luego el cine y la literatura lo han convertido en un héroe con méritos que no son suyos.

—Oye, tú conoces a Pastrana.

—Pues sí, bastante.

—Dale recuerdos cuando lo veas de mi parte. He trabajado mucho con él.

No me podía creer la caradura de este tipo. Era la primera vez que me veía aunque yo, lógicamente, sí sabía quién era. Evidentemente él había oído campanas sin saber dónde.

—Descuida yo se los doy, ya sabes que muy simpático no es.

Con semejantes antecedentes estaba claro que la operación no iba a ir bien. En la crisis decido que hay que entrar en la casa de los estudiantes para poner micrófonos. En el equipo mixto con el CESID que tenemos trabajando reparto los papeles. Tenemos allí a un comandante de la Armada asignado al servicio secreto que es un tipo bastante estirado. A los chicos les gusta ir a desayunar a un puticlub en el que hacen una tortilla de patatas que es una delicia celestial. Siempre nos pone mala cara. Tampoco le gusta que por la noche vayamos a tomar unas copas. Se queda en la barra con gesto contrariado, censurándonos y amenazando con meternos partes. No lo aguantamos pero no queda más remedio que trabajar con él.

En este tipo de trabajos el tema del mando es una cuestión peliaguda. Hay mucho militar asignado al CESID y no entienden que sea un cabo de mierda el que esté partiendo el bacalao. Además, nosotros somos un cuerpo policial de naturaleza militar. Total, que todo esto entorpece el trabajo bastante.

Asigno al tipo del CESID el trabajo de seguridad inmediata cuando vamos a entrar en el piso de los estudiantes. En un equipo de entrada siempre

tiene que haber un cerrajero capaz de hacer la llave en menos de quince minutos. La función de seguridad inmediata es prevenir antes de que lleguen los habitantes de la casa para que podamos salir. Y si vienen repentinamente hacer lo que sea para proteger a los que estamos en la casa. Además de un cerrajero tiene que venir con nosotros un agente que sepa hacer tapicería. Con aguja e hilo, por supuesto. Cuando el guardia cerrajero hace la llave con sus moldes de aluminio entramos en la vivienda y lo primero es hacer fotos con una Polaroid de revelado inmediato. La casa tiene que quedar exactamente como la dejaron sus habitantes para que no recelen. Una vez dentro empezamos a registrar con cuidado y a poner los micrófonos. Unos van en el interior de enchufes o aparatos de teléfono y otros en los cojines o almohadones de los sofás. Para eso necesitamos un costurero.

Aquella mañana las cosas no iban demasiado bien.

—Me cago en mi puta vida, coño, daros prisa.

Llevo mi reloj de pulsera siempre en hora de manera casi enfermiza, soy un obseso de la puntualidad. Veo que la cosa no va bien porque el cerrajero no acertaba con la llave.

—Hostia, date prisa, me cago en diez.

—Ya va, mi cabo, es que no sé qué...

—Date prisa, joder.

El oficial de la Armada estaba con otro equipo vestidos con monos de la compañía telefónica. Yo llevo la lantejilla —el auricular muy pequeño, color carne— metida en la oreja. No sé qué cojones pasa hoy que está todo dios torpe. La cosa va muy retrasada, como a cámara lenta.

—Venga, señores, prisa.

Cada cual esta trajinando en lo suyo y yo controlando las fotos de la Polaroid para ver que está quedando cada cosa en su sitio. El aviso por radio me descompone.

—Vienen estos. ¡Nos vamos!

Joder, ¿tendrá los cojones de dejarnos en bragas a cinco tíos metidos en el piso? Miro por la ventana y observo a los del mono que están evacuando, cargando su furgoneta y poniendo pies en polvorosa. ¿Será hijo puta el chivato ese?

—Rápido, hostias, ¡todo el mundo fuera!

Salimos a las escaleras y noto cómo han abierto el portal y los etarras están charlando de sus cosas.

—Quietos todos, esperad para salir, voy yo delante. Que no salga nadie aún. Cuando yo esté fuera, subís al piso de arriba y luego bajáis por el ascensor.

Salgo al descansillo, doy la señal y se van todos para arriba, a la carrera. El ascensor está subiendo. No pienso nada o quizás pienso tan rápido que cerebro y mano van en sucesión eléctrica, en el mismo impulso. Los etarras salen de ascensor. Dos chicos y una chica con aspecto de estudiantes, jerséis y macuto, una tapadera perfecta. Cuando me ven saco la pistola y les grito:

—Manos arriba, contra la pared. ¡Esto es un atraco!

La chica grita y los chavales me piden que no los mate.

—¡Fuera las carteras y todo el dinero que tengáis, me cago en la puta, que os pego dos tiros!

Obedientes, sacan las carteras. Oigo el ascensor, el equipo está ya bajando a la calle.

—¡Vamos, hostias! ¿No lleváis nada más en los bolsillos?

La chica lloriquea, uno de los chavales se envalentona.

—¡Cabrón!

—A callar o te pego tres tiros, ¡hijoputa! Ahora quietos o me vuelvo y os mato a tiros.

Salgo corriendo, deseando echarme a la cara al jefe del equipo de seguridad inmediata, con tres carteras y unos billetes arrugados que llevaba uno de los chavales en el bolsillo del vaquero. Seis mil pesetas para una cena homenaje. La información del Lobo no había valido para nada. Los chicos estaban limpios, ahora en más de un sentido.

Las relaciones y contactos de esa época mandando el GAL me iban a dar fruto años después, en operaciones al menos igual de complicadas. Mi trato con Sáenz de Santamaría era complicado porque no daba una pizca de confianza. Yo era el jefe operativo pero a la vez procesaba la información que luego se pasaba a Madrid. La guerra sucia siempre fue una tentación. Lo que sucede es que hay que ser muy cauteloso cuando se habla de este tipo de métodos que, por otra parte, han tenido muchísimos partidarios. Aunque de boquilla dijeran lo contrario.

Una de las amistades que hice en Irún fue la de Jerónimo Fernández, el dueño de la empresa de transportes Jerotrans. La suya era de las pocas agencias de camiones que no traficaba ni contrabandeaba en aquel cacao de frontera. Jerónimo logró ponerse en contacto conmigo en esa época, en Madrid.

—Manolo, quiero que conozcas a alguien.

—Claaaaro, hombre, a quien quieras.

—Es alguien importante.

La cita se hizo en un piso noble de la calle de Castelló, en el corazón del barrio de Salamanca, de Madrid. Yo aparecí con traje, que era una prenda que empezaba a haber en mi armario sobre todo para ciertos trabajos en Madrid. Estaba bastante intrigado por el significado real de lo que era importante para Jerónimo Fernández. Sus naves estaban justo en la salida de Irún por la carretera de Pamplona camino de Puntxas. Subí al piso que me habían dado y me abrió alguien del servicio doméstico. En el salón me estaba esperando Jerónimo con Manuel Fraga Iribarne. Fraga había sido ministro de Gobernación. Era el jefe cuando la policía atrapó a la contrabandista gallega llamada Otilia, a la que luego tuvieron que soltar por una llamada del mismísimo Fraga.

La comida fue opípara y cordial. Yo me pude entretener en ella porque Fraga hablaba de manera compulsiva atropellando las palabras. Igual que le veía en televisión. Me explicó lo que pensaba que había que hacer en el País Vasco para acabar con ETA.

—Tengo el dinero, mejor dicho, quien lo pagaría y quiero que lo haga usted. Me han dicho que es el único que puede hacerlo.

—Mire, señor Fraga, eso que usted dice que quiere hacer no se puede. Yo no lo hago, desde luego. Acabaríamos todos en la cárcel.

No se lo tomó a mal. No se me quedó una mala sensación de él, pero sí que estaba absolutamente alejado de la realidad. Me acordé muchas veces de esta comida en la calle Castelló cuando, en la década de 1990, arreció el fuego contra los agentes del Ministerio del Interior.

Mi figura estaba ya muy quemada en el País Vasco por más que fuera disfrazado. Pasados dos años el Cuerpo decidió que ya estaba bien y que

necesitaba otro curso para reciclarme en Madrid. No iba a ser la última vez que iba a estar relacionado con el GAL.

MI 23-F

El tricornio nunca ha sido la prenda más cómoda de llevar. Yo casi nunca la he llevado y cuando me la he tenido que poner en los actos de gala no creo que me sentara demasiado bien, precisamente. Sé que es seña de identidad del Cuerpo y se lleva con orgullo pero no soy de esos operativos que están deseando refrescarse con el reconocimiento de los nuestros poniéndose el uniforme. Yo alardes más bien pocos. De hecho, cuando no hace mucho alguien me pidió que fuera a una celebración oficial le dije que no podía, que el uniforme se me había quedado estrecho. No, no soy de esos que disfrutan luciendo las medallas, ni siquiera he llevado la cuenta de cuántas he conseguido.

Pero hay que reconocer que hay caras y cabezas que sí han nacido para llevar tricornio. El teniente coronel Antonio Tejero era uno de ellos, de los que tienen la cara y la cabeza diseñadas por Dios para llevar un tricornio. Con ese bigote y esa facha... Luego ha sido uno de los que han ayudado a mantener el injusto estigma sobre esta prenda de cabeza, de charol, de geometría imposible... aunque parece que eso ya se ha pasado y estamos casi limpios para la sociedad actual.

A mí Tejero, aunque hoy quede mal decirlo, siempre me cayó bien. Lo he visto como un tipo noble, bastante bruto, valiente, pero no demasiado inteligente. Lo conocí en la Comandancia de San Sebastián, cuando yo estaba haciendo mi guerra con ETA. Yo diría que entonces era comandante, es decir, un par de mundos por encima de mí pero nunca me hizo sentir mal ni se dio aires de superioridad. Los destinos y la vida nos fueron separando pero del mismo modo acabaron juntándonos en ese año 1980 y metiéndonos en un embudo que desembocó en el 23-F. En la calamidad del 23-F. Así la veía venir, como una calamidad que nos podía llevar a todos por delante.

El teniente coronel Tejero ya estaba bastante marcado cuando me vuelvo a encontrar con él, en 1980. Ya había cometido la tontería de la Operación Galaxia. Una tontería, por así llamarla porque esos eran incapaces de hacer nada en serio, de la que no salió mal librado, con solo unos meses de prisión. La cafetería Galaxia aún existe aunque se llama de otra manera; está casi en los bajos de Moncloa, en el barrio de Argüelles, a menos de doscientos metros del Cuartel General del Aire. Allí, Tejero y el capitán Ynestrillas con otros del Ejército de Tierra empezaron a darle vueltas a un plan para tomar el palacio de La Moncloa con doscientos agentes de la Policía Armada y secuestrar al presidente Adolfo Suárez. Una majadería. Bastante bien librado salió pero no aprendió sobre los planes imposibles, las realidades y las fidelidades dobles.

Yo formo parte de los Servicios Especiales, el GOSSI, que bastante trabajo tenemos en Madrid entre ETA, el GRAPO y los quinquis. Mucho trabajo, muchas vigilancias, un cabo que forma parte de un equipo supuestamente de élite. No siempre me resulta fácil que vayan a la vez la vida personal y la vida del servicio. Tú eres un padre de familia con mujer e hijos, con tu sueldo y las apreturas de cualquiera que tiene un salario justito como es el de un cabo de la Guardia Civil. Pero a la vez que te preocupa la hipoteca, o si un niño está con fiebre en casa, o cómo pagar una lavadora, sales a la calle con una pistola y vives cosas que parecen escenas de películas de espías. Seguimientos, persecuciones, entradas a casas, ojalá nunca un tiroteo aunque a veces la cosa se pone muy de malas. Eso hace que los que somos del gremio nos entendamos entre nosotros, en una especie de hermandad hermética, de grupo solo cohesionado por lo raro y anormal de nuestras vidas profesionales. Uno piensa que los espías, los del cine y la televisión, las pasan jodidas, les pegan tiros, pero no parece que tengan que pensar en las letras del Seat 124 que se han comprado. Los guardias civiles de Servicios Especiales, sí.

Por eso no es raro que yo acabara reencontrándome con Tejero. Tejero tiene simpatía y dotes de mando y por eso, porque ya estábamos en el cono de deyección de un embudo invisible pasó que yo acabara de alguna manera a sus órdenes. Lo que puedo contar es que los que habíamos servido en el País Vasco para la Guardia Civil en aquellos años de plomo teníamos una especie de simpatía y camaradería. Podría explicarlo como el chiste del paisano y la

vaca al que, tras escapársele el cubo y tratar de cogerlo y una suerte de peripecias inverosímiles mientras ordeñaba, lo sorprende su mujer en el establo abrazando por detrás en posición de sodomización al animal.

—¿Qué haces, Manolo?

—Dar por culo a la vaca porque si te explico la verdad...

Yo encuentro a Tejero y me veo en la tesitura de echarle una mano en ciertos asuntos porque formamos parte de esa extraña y tácita camaradería de los que las hemos pasado putas en el País Vasco. Y Tejero, eso lo puedo asegurar, era un hombre muy sufrido y muy sentido sobre todo para los que habíamos estado en el norte. Aunque alguien dirá que camaradería entre un teniente coronel y un cabo, poca... Y no le faltará razón, Tejero era un oficial a la vieja usanza y nunca dejó de tener en cuenta la friolera insalvable de grados y empleos que había entre nosotros.

Tejero, las cosas como son, buena planta tenía. Y no era por arte de magia. Muchas veces iba a hablar con él y me lo encontraba haciendo gimnasia, con un chándal de los de la época, en la bicicleta estática, con una toalla al lado para el sudor. En aquel entonces eso de la gimnasia y la forma física eran una coña para gente rara. A Tejero en este tiempo lo vi de muchas maneras y en muchos sitios, en el Parque Móvil, en la Dirección General, en el gimnasio, en su casa y en algunas cafeterías. Y, sí, mostrando su talante de arrojado y descerebrado, alguna vez en la cafetería Galaxia. La prudencia nunca fue su fuerte, no sé qué le enseñarían en la Academia.

Un día Tejero me dice:

—Pastrana, vamos a dar un golpe de Estado en España.

Cuando alguien le dice a uno semejante cosa hay pocas salidas. Darse la vuelta e irse corriendo no era una opción, así que, el ratón que en mí habita salió a relucir y me eché a reír. Empezábamos a coger velocidad, imparable e inevitable, embudo abajo.

—Don Antonio, ¿cómo se le ocurre que vayamos a hacer eso?

—Sí, Pastrana, tenemos que hacerlo.

—Me va a perdonar, don Antonio, pero no sé cómo vamos a hacer semejante cosa.

—Tranquilo, hombre, eso es cosa mía. Yo ya he preparado lo de la Operación Galaxia. Nada, hombre, vamos a dar un golpe de Estado y ya le iré

diciendo a usted lo que tenemos que hacer.

Así es como a uno lo meten en uno de esos líos de los que es difícil salir vivo o con la paga de la Guardia Civil. El cuerpo ya gruesecillo de este cabo se deslizaba embudo abajo, girando en medio de una organización de momento clandestina, como un peón. Cualificado, pero peón.

El teniente coronel Tejero me va utilizando para hacer determinados seguimientos y conseguir algunas informaciones. También para ir a ver a determinadas personas. La sorpresa no es que hubiera golpistas casi por todos lados sino que estuvieran tan desorganizados hasta el punto de neutralizarse los unos a los otros. Pero eso vendría más tarde. Las reuniones tenían lugar en casa de Antonio Tejero o bien en cafeterías, además de la Galaxia, en una cafetería de la calle Velázquez, en pleno barrio de Salamanca. Que un teniente coronel con todo su bigote te ordenara hacer de correo o tomar determinadas informaciones era un compromiso bastante serio, por más que viera que eso estaba encaminado al desastre.

En aquellos días yo estaba haciendo un curso del CESID, el servicio secreto del Ejército, lo que me daba cierto margen y hasta coartada para moverme de un lado para otro. Pero por mucho tacto que uno pusiera en las cosas el peligro era evidente. Y se lo hice saber al teniente coronel Tejero.

Por aquel entonces mi compañero de trabajo era el sargento Fermín; si bien en nuestro equipo las escalas no eran grado decisivo porque éramos plenamente operativos y mi experiencia de infiltración y en la primera línea del País Vasco ya era respetada.

Una tarde estaba citado con él en su casa. Fermín y yo le llevamos un micrófono pequeño, de los que se enganchaban en la camisa, para que grabara las conversaciones que estaba teniendo. Aquello era francamente peligroso y había que ser cauto. Fue por mera lealtad a un oficial. Pero que nadie piense que nos lo agradeció, ni mucho menos que nos hiciera caso.

—Mire, don Antonio, póngase este micrófono bajo la camisa y grabe las conversaciones que tiene con la gente de la organización. Que la cosa se está poniendo muy seria, no hay que fiarse.

—¡Ni hablar! ¡Pero qué se cree! ¡Usted lo que tiene es deformación profesional!

—Mire, don Antonio, yo tendré deformación profesional, pero lo que sí que tengo son tres hijos a los que debo cuidar. Usted comprenderá que no me puedo permitir ir a la cárcel y que se mueran de hambre mis hijos. Yo los tengo que criar, no sé lo que hará usted con los suyos.

—¡Que no, que no voy a grabar a nadie!

Burro como él solo. Y sufrido. Aunque me dejó helado en ese instante.

—No voy a grabar, las órdenes vienen de La Zarzuela. ¿No se da cuenta de que la gente que hay en esto es toda gente del rey? ¿Cómo no me voy a fiar de esos caballeros?

—Yo no me fiaría, perdóneme, don Antonio.

—No voy a grabar, de ninguna manera. Mire, Pastrana, España está muy mal, hay que dar el golpe de Estado a Suárez.

No digo yo que el diagnóstico estuviera equivocado. Aquello tenía pinta de descomposición reciente, entre traiciones, asesinatos de ETA y el GRAPO, huelgas y paro creciente. El enfermo no tenía buen color.

Un carnet de la Guardia Civil es extraordinariamente útil en cualquier parte que estés. Mi coartada con el CESID es también extraordinaria para los trabajos que me ordenan desde la organización de aquel tinglado. El primero de ellos es hacer la previa de Radio Nacional de España y Radio Televisión Española. Por aquel entonces no estaba construida Torrespaña y tanto la radio como la televisión estaban en Prado del Rey. Solo había una televisión en el país aunque había varias radios como Radio Madrid. Prado del Rey está a las afueras de Madrid pegado casi a la Casa de Campo. Hoy hay autopistas que cruzan de lado a lado que cercan las instalaciones y cientos de bloques de viviendas de lujo pegadas al barrio de Somosaguas, donde vive mucha gente rica. Pero entonces aquello era un poco un páramo. Prado del Rey está pegado a un cuartel de transmisiones del Ejército que pertenecía a la División Acorazada, la Brunete. Por allí pasaba una carretera que acababa en el barrio de Campamento, casi las afueras de Madrid, cerca de Aluche. Nosotros teníamos que estudiar la mejor forma de entrar y tomar Prado del Rey porque así se paralizaban las transmisiones de Radio Nacional de España y de TVE.

El carnet de guardia... Bendito sea. La mejor forma de saber cómo llegar al despacho del director general de Televisión Española era ir al despacho del director general de Televisión Española. A veces esto funciona solo con

lógica. Nos presentamos a la puerta con la cara de paletos pero los ojos afilados. El tema no era complicado porque apenas había vigilancia ni policías y una vez dentro el camino hasta el despacho del director general estaba despejado de cualquier protección. La ocupación de RTVE iba a ser relativamente sencilla. Pues allí nos presentamos, Fermín y Pastrana, delante de aquel individuo delgado, pequeño, con gafas empollonas redondas de pasta y el pelo más bien largo. Era Fernando Castedo, el director general en persona.

—Somos de la Guardia Civil, estamos estudiando la seguridad del centro.

Paso libre. Hicimos un informe sobre los accesos. Luego sería una unidad de la División Acorazada la que tomó la radio y televisión nacionales con el objetivo de poner marchas militares y aislar al país de lo que iba a pasar en otro lugar, a no demasiados kilómetros.

Pero había más encargos.

—Pastrana, hagan ustedes también la previa del Congreso. Habrá que tomarlo. Pero sin sangre.

El Congreso de los Diputados tiene al frente la amplia Carrera de San Jerónimo pero el resto del edificio está rodeado de callejuelas. En aquellos años era una entelequia lo de ampliar el palacio como años después se ha hecho y prácticamente todo estaba en un mismo edificio custodiado por la Policía Nacional, que entonces ya era Nacional y no Armada y vestía de marrón, no de gris. En lugar de «grises», «maderos». Todo un avance.

Pasamos varios días observando por el Congreso, que tenía una buena guardia de policía. No era tan sencillo. Lo que no esperaba era encontrarme con semejante sorpresa una tarde en que estábamos merodeando por la calle de Los Madrazo. Si el tricornio no es fácil de llevar, ver en aquellos años por Madrid un gorro de cuadros de ala flexible, tampoco era sencillo. La indumentaria se completaba, en plan discreto, con una gabardina con el cuello subido, claro. De entre aquel disfraz imposible de Hércules Poirot salían por la comisura de los labios pelos negros y crespos. Joder, el teniente coronel Tejero.

—¿Pero qué hace usted aquí, don Antonio?

—Comprobar.

—Se ha vuelto usted loco, baje para Neptuno y nos vemos allí.

Le dejamos distancia y vimos cómo la figura de ese Sherlock Holmes de pacotilla enfilaba Carrera de San Jerónimo para abajo.

—Pero, con todos mis respetos, mi teniente coronel, ¿ha perdido usted el juicio?

—Cuanto más ojos vean la situación mejor, el Congreso va a ser clave en la operación.

—Mire, don Antonio, dos cosas le digo y entiéndalas bien porque se las digo con todo mi respeto y obediencia debida. La primera, si usted no se fía de lo que estamos haciendo aquí mismo lo dejo y lo hace usted solito.

No puso cara de que le estuviera sentando bien que un cabo le leyera la lección.

—Y luego, con los antecedentes de la Operación Galaxia, va usted y se presenta con semejante facha a dar vueltas por el Congreso. ¿No ve que si lo identifican se acabó su operación? Con esas pintas, por el amor de Dios...

Este argumento le picó menos y le hizo poner cara de compungido. Don Antonio siempre ha sido muy sufrido. Y muy sentido.

Pude observar que, en una de las calles traseras, había una puerta que utilizaban los ujieres del Congreso para salir a sus recados en la que solo había un policía sentado en una silla, bastante relajado. Entramos con el carnet de guardias por allí.

—Venimos a una gestión.

—Adelante, compañeros. El cuerpo de guardia queda al otro lado del edificio, si buscáis a los jefes.

—Muchas gracias, hombre. Ya nos apañamos.

La entrada quedaba expedita y ese era el acceso que había que utilizar para entrar en el Congreso sin derramamientos de sangre. Los autobuses se podían dejar no muy lejos y los guardias de la fuerza de asalto no tendrían que andar más de cien metros. Una vez dentro del Palacio del Congreso la cosa era más sencilla porque solo había control interno o armas en las salas donde se ponían a esperar y descansar los escoltas de los ministros. Los pasillos estaban llenos de ujieres, secretarias, funcionarios con corbata y algún político aislado de aquí para allá. Tomamos nota del camino para acceder al

hemiciclo. Redactamos un informe completo sobre cómo acceder al Congreso que iba a ser después la jugada clave del teniente coronel Tejero.

Pero aunque nuestros cuerpos, el de Tejero, el de los conspiradores, giraban y giraban por el embudo tomando velocidad a mí cada vez me encajaban menos las piezas. Yo pasaba casi todo el tiempo en la escuela del CESID, donde nos daban el curso, en un chalet que era como un piso franco. Las conversaciones eran más intensas y más nerviosas y en algunas estaba presente, bien para informar, bien como correo, o bien para dar protección a los encuentros. Soy testigo de cómo se van añadiendo mandos que aseguran juntar una fuerza suficiente para entrar al Congreso. Pero mi instinto me avisaba del peligro. Las piezas del puzle a mí no me encajan, seguramente porque solo soy cabo y tengo una visión inferior a la de esos oficiales que están conspirando.

Lo que sucede el día 23 de febrero de 1981 lo tengo un poco difuso. El día anterior nos reclaman para estar en la zona y Fermín está un poco inquieto.

—¿No vamos a ir Pastrana?

—Ni hablar.

—Pero ¿por qué?

—Mira, Fermín, tú y yo hemos hecho ya suficiente por esto como para que nos nombren a ti gobernador militar de Cáceres y a mí de Albacete. Y ya te digo que ni tú ni yo vamos a ser gobernadores de nada. Deja que hagan lo que quieran y tú y yo al margen.

Lo que pasó entre la tarde del 23 de febrero y el mediodía del 24 ya es historia. Nosotros nos fuimos a nuestra base donde quedamos a disposición. La base era un centro operativo del CESID. Aunque hay recuerdos borrosos otros no se me olvidarán nunca. El comandante José Luis Cortina era el jefe de los agentes operativos del CESID. Luego fue procesado y salió libre. Siempre ha sido un tipo taciturno, de hablar poco y grueso. Fino de cabeza, eso sí. Esa tarde vi a Cortina en la cocina del centro, solo, callado, pensativo y mirando a las musarañas. Yo fui a por algo, no recuerdo qué, cuando percibió mi presencia.

—Pastrana, yo en esto no tengo nada que ver.

—Nooo, claaaaaro, si ya lo sé yo. Ni yo tampoco.

—Pues eso, Pastrana.

Esa noche dormimos todos en el centro operativo. Fermín y yo nos procuramos rápido un colchón que echamos al suelo en una sala auxiliar por donde no pasaba casi nadie.

—Nosotros no tenemos nada mejor que hacer que dormir, Fermín.

—Pues hala.

Por la mañana ya estaba todo claro. Los que estaban dentro, los que dijeron que estaban dentro y nunca entraron y los que lograron salirse a hurtadillas para que nunca los vieran dentro. Cuando todos los que estábamos en esto pasamos por el ojo del embudo el puzle saltó en mil pedazos. Muchas cosas no encajaban y había traiciones casi florentinas. A los más tontos los pilló. Otros fueron más cautos y estaban jugando a varias barajas. ¿Dónde estaban esos caballeros de los que tanto se fiaba el teniente coronel Tejero? Si hay algo que abunda en este país son los tontos. También en los servicios de información donde de vez en cuando se colaba uno de esos oficiales de academia, reglamentaristas, que tanto odio y que son especialistas en hacer la vida imposible a los agentes de campo. Así era aquel teniente. El muy cabrón la mañana del 24 de febrero cogió uno de los maletines especiales que teníamos. Parecía a simple vista un *attaché* de ejecutivo, sin más, pero tenía un sistema en el asa que hacía de gatillo. Disimulado en una arandela metálica colocada en un frente estaba el objetivo de la microcámara de fotos que llevaba dentro. El teniente agarró el maletín y se fue al Congreso a tomar fotos de todos los que estaban presentes. Volvió eufórico, con aire de haber hecho una machada, como si hubiera conquistado una bandera de los rifeños a pecho descubierto. A sus gritos de alegría respondían miradas opacas y bajas. A nadie le hacía gracia eso. A mí, quizás, el que menos porque me daban pena los pobres desgraciados que habían caído por el embudo y los habían metido allí dentro sin preguntarles. A todos los había fotografiado aquel idiota.

—¡Pastrana!

—¡A la orden!

—Vaya al laboratorio y revele usted el carrete, urgente.

—Uf, no me atrevo. Esto es muy delicado, mejor que lo haga el especialista de laboratorio, ¿no le parece?

—Mmm, pues sí, mejor, no vaya a cagarla. Vaya a buscarlo y que los revele ya mismo.

—¡A la orden!

Tuve que moverme rápido. El del laboratorio estaba despistado por ahí y me dio margen para colarme en la sala oscura. Yo no era especialista pero sí muy bueno en el laboratorio. Vacié los líquidos y los puse nuevos. Eso sí, el fijador lo puse donde debía estar el revelador y viceversa.

—No entiendo lo que ha pasado mi capitán. El carrete se ha velado y eso que había puesto líquidos nuevos.

El especialista de laboratorio no sabía dónde meterse. La cagada era monumental. Todo había salido blanco. No se salvaba un solo fotograma.

—¡Me cago en su estampa, es usted un inútil! ¿Cómo puede ser?

La bronca fue mayúscula, pero no salió la foto de nadie de los que estaban en el Congreso.

—¿Ve cómo era mejor que lo hiciera el especialista? Si lo llego a hacer yo, me corrige usted ahora mismo.

Como era de prever desde el principio, Tejero empezó a comerse cárcel nada más salir del Congreso. Los protagonistas del golpe estaban distribuidos por varias prisiones y en instalaciones militares por todo Madrid. Desde Alcalá de Henares a los cuarteles del barrio de Campamento.

Los agentes del GOSSI infiltramos rápidamente la seguridad y todo lo que tenía que ver con aquel juicio. A pesar del desastre y la calamidad que es ese hombre no le había perdido mi afecto personal a Tejero, que había sido el tonto útil en aquella historia. Lo que me pidió en ese momento es que hiciera de enlace y pasar mensajes a las celdas donde estaban el general Jaime Milans del Bosch y el comandante José Luis Cortina. A Milans era a uno de los que había visto durante la preparación de todo el 23-F. Un militar de otra época, pero entrañable y amable con un cabo de la Guardia Civil. Voy a contar los mensajes que pasaba de un lado para otro. Un día estaban juntos Tejero y Milans del Bosch con otros de lo que se llamó «la trama». Me pidieron que fuera a ver al comandante Cortina con un mensaje claro. El juicio estaba en sus albores y el testimonio del comandante era básico. Él estaba allí porque era difícil de creer que no estuviera en el 23-F, a pesar de lo que me dijo en la cocina, y porque había coches y agentes operativos merodeando el Congreso aquella tarde del 23-F. Me fui a ver al comandante José Luis Cortina, que era compañero de promoción en la Academia General de Zaragoza del rey Juan

Carlos. Estaba confinado en uno de los cuarteles de Campamento. No se crean que aquello era un lujo. Los cuarteles del Ejército de la década de 1980 parecían los de la Guerra Civil, con goteras, humedades y sin apenas calefacción. Cortina estaba taciturno como suele ser él, con cara de pocos amigos, aunque se alegró al verme. Sabía a lo que iba. Transmití fielmente el mensaje:

—Esto es lo que le piden, mi comandante.

Cortina se quedó pensativo un rato, no es que tenga el hombre gran facilidad de palabra.

—Mire, Pastrana, les va a decir que eso que me piden yo no voy ni puedo hacerlo. Si un día se cuenta la verdad de lo que aquí ha pasado lo haremos dentro de muchos años usted y yo en un libro.

Luego la vida ha dado muchas vueltas tanto para Cortina como para mí. Él salió libre de todo este embolado del 23-F y yo regreso al CESID. Y allí me lo volví a encontrar pasados unos años. Si él piensa que aquella acusación del 23-F era injusta también era injusto el huevo que me querían colocar pasados unos años.

Madrid es un sitio muy curioso y la gente de fuera no se imagina las cosas que pasan en este villorrio. Yo muchas veces lo veo como un teatrillo. La gente va con prisas, de un lado a otro. Los políticos y las personalidades públicas tienen mucha agenda y a veces te los acabas encontrando en restaurantes caros y en hoteles, metidos en conversaciones. Eso es lo que se ve en la superficie. Pero por debajo, además de un metro, hay una red completa de relaciones y escenarios en los que pasan cosas. Yo tenía fama, seguramente justa, de ser complicado de mandar. Sobre todo cuando notaba que se abusaba de la autoridad o se me mandaban cosas absurdas. El CESID, luego su heredero el CNI, ha intentado varias veces que me pasara con ellos. Que me hiciera espía. Nunca he aceptado, me parece que trabajan mal, tienen malos métodos y siempre sus informaciones son malas. Y a mí me la han jugado varias veces. Seguramente porque nunca está claro realmente para quién trabajan.

Pero he tenido que trabajar en conjunto con ellos. Y hacer varios cursos. Se dirá que soy ingenuo pero los cursos con el CESID coincidían casi siempre con cosas gordas que sucedían en Madrid. Esos días, en 1983, estaba en

marcha una Conferencia de Seguridad muy importante en la ciudad. El centro de operaciones estaba en el Palacio de Congresos de la Castellana, enfrente del Bernabéu. Allí la seguridad era máxima y la orden que recibí era saltármela.

—Hay que poner una bomba en el Congreso para reventar la Conferencia.

—Mire que lo que me está ordenando es muy gordo.

—Obedece y se calla, usted no está para pensar sino para hacer lo que le diga.

También hay tontos muy tontos en el CESID.

Con esa orden me las compuse trabajando solo, como de costumbre. Yo, es hora de confesar, siempre he guardado en mi casa unos veinte o treinta kilos de goma-2. Podrían ser y han sido útiles para ciertas cosas que no es el momento de contar. Lo que pasa es que la obediencia ciega nunca ha sido mi catecismo. Tan útil como un carnet de la Guardia Civil es tener un mono de trabajo de esos de color azul de Vergara, como los que llevan los fontaneros o los porteros del Barrio de Salamanca. Con ese mono y una caja de herramientas tienes paso discreto casi a cualquier sitio. Como no fumo a veces me coloco un palillo en la boca. ¿Quién puede desconfiar de un obrero con un palillo en la boca? Así accedí al interior del área más segura de España en esos momentos, la Conferencia de Seguridad Internacional que se hacía en el Palacio de Congresos. Hacer una bomba es un juego de niños para mí, de manera que no me costó demasiado hacerlas: preparé tres que coloqué en los bajos del Palacio. Puse temporizadores, detonadores y unos morcillos que bien podrían ser goma-2. No estoy tan loco, solo coloqué unos paquetes de serrín. Hice fotos del trabajo y me volví al chalet del CESID.

—El trabajo está hecho.

—¿Cómo? ¿Ha podido entrar?

No entiendo por qué algunas veces a los oficiales se les hace imposible que se cumplan las órdenes. Vale que el ambiente con nosotros era malo pero no podía esperar otra cosa.

—Sí, y ya pueden ir avisando porque a las diez salta por los aires el Palacio. Yo calculo que la explosión puede hasta afectar a los cimientos del Bernabéu.

—¿Pero se ha vuelto loco, Pastrana?

—He cumplido las órdenes.

Aquello fue la locura. Empezaron a llamar a Defensa, a la Policía Municipal, se dio un aviso de bomba inmediato. Cuando la cosa ya estaba en alarma general, llamé al mando aquel y le dije.

—Mire, tenga cuidado con lo que ordena porque soy capaz de cualquier cosa.

—Pero eso era un ejercicio, no pensé que iba a estar tan loco.

—No, si no lo estoy. Ande, no se preocupe, que lo que hay allí es serrín, no explosivo.

—¡Por Dios!

Por eso no era de extrañar que me quisieran colocar el siguiente huevo. La tensión entre CESID, Guardia Civil y servicios de inteligencia era máxima después del 23-F. El clima era de total desconfianza y cuentas pendientes a saldar. A mí me ordenaron hacer seguimientos a oficiales sospechosos de haber estado dentro de la conspiración del 23-F, algunos incluso eran jefes de servicios de información. Yo lo que nunca he sido es desleal. A uno de ellos le avisé.

—¿Me va a seguir usted, Pastrana, entonces?

Aquel coronel no salía de su asombro.

—Mire, el teléfono ya se lo tengo pinchado, llevo ya días detrás de usted. Ahora lo que va a hacer usted es ir a ver a este y este otro que yo le digo. Y verá cómo se para eso...

Y se paró. No hay nada como extender la mancha de aceite para que alguien quiera disimularla y la tape. El Madrid subterráneo. Lo que pasa, pero nunca a la vista de todos. A veces emerge de manera explosiva y sorprendente. Una mañana de junio de 1982 Madrid se vio sacudida por cuatro explosiones. No hubo víctimas con heridas, al menos físicas, sí de otro tipo, podría decirse que morales. Las bombas estaban colocadas en sitios estratégicos. Un chalet de Mirasierra, otra en un adosado pequeñito al final de López de Hoyos, otra en la Dehesa de la Villa y la cuarta en la calle Miguel Aracil, 68. Todos eran centros clandestinos del CESID. Alguien se había portado mal y otros habían hecho una travesura. Rápidamente pensaron en el agente de campo que solía tomar el pelo a sus mandos. Me llamaron a interrogarme. Fue la segunda vez

que me encontré a Cortina en la misma cocina, con el mismo aire ausente y preocupado.

—¿Ha sido usted, Pastrana?

—No, comandante, yo no tengo nada que ver. Estaba de boda fuera de Madrid.

La coartada era perfecta, más que nada porque esta vez, no fui yo. El interrogatorio con el coronel fue mucho más complicado.

—¿Lo jura usted por su honor? ¿Jura que no ha sido usted quien ha colocado las bombas y ha destrozado las puertas?

—Mi coronel, con todos los respetos, los cabos no tenemos honor. Eso es para ustedes, los oficiales.

—No me joda, Pastrana. ¿Y si fuera usted, me lo diría?

—Pues no he sido yo, pero vamos, que si hubiera sido, tampoco se lo diría, se imagina usted.

—Nada, es usted imposible. Dejemos de perder el tiempo y tomemos un café.

Las relaciones con los mandos a veces no son fáciles. Hay generales a los que tengo enorme fidelidad y otros que han trabajado estrechamente conmigo a los que prefiero no volver a ver. En el GOSSI teníamos pocos mandos. El 23-F sin duda alteró mucho las cosas allí dentro. Quizás lo más sorprendente de todo fue la actuación del capitán Gil Sánchez Valiente. Era un capitán con poco pelo, crespo y moreno, con bigote, más bien delgado y de estatura superior a la media. Ningún lumbrera, el verdadero líder de los equipos era el otro capitán. Sánchez Valiente saltó a la fama porque pasado el 23-F se fue del país con un maletín. Un maletín cargado de secretos del golpe de Estado que a mí siempre más bien me pareció un camelo. No fue tan importante como hace ver. Pero la historia tuvo jugo para los periodistas y morbo. Yo tenía olvidado al capitán cuando un día me llaman a mi despacho y me piden que me vea con una persona en una cafetería.

Las cafeterías de Madrid de entonces no se parecen a las cosas modernas y de paredes blancas con adornos de madera que hoy se estilan. Había butacas fijas y redondas frente a la barra que giraban sobre su eje pero no se podían mover. Mandaban los azulejos (alicatado hasta el techo) y los colores ocre. Olor a humo y a café y el ruido, a veces impertinente, de los platos chocando

con las tazas y las máquinas de vapor para calentar la leche. Algo que hoy se sigue haciendo y que llena de estrépito los locales, no deja ni hablar.

—Pastrana, Sánchez Valiente ha tenido una desgracia en Londres.

—¡No me diga!

El muy desgraciado se había dejado robar, decía que la había perdido, la cartera con el dinero y el pasaporte. Estaba escondido en Londres y no podría volver al país sin que lo detuvieran.

—¿Qué puede hacer por él, Pastrana?

Muchas veces me pregunto por qué, entre los casi ochenta mil guardias civiles que hay en el Cuerpo, me tiene que tocar a mí resolver estas papeletas.

—Intentaré arreglarlo, le digo algo en una semana.

Aún hoy me planteo cómo me ha aguantado mi familia estos años. No solo las noches desaparecido, semanas enteras en el norte, el riesgo de muerte, haberlos usado para seguimientos en el norte de Francia y las cosas que guardaba en casa. Ya he contado que siempre he tenido en casa unos cuantos kilos de goma-2. Y otras cosas como las matrices para hacer los documentos nacionales de identidad o los pasaportes.

Por supuesto que la Guardia Civil no sabía nada de todo esto, yo lo iba consiguiendo con mis mañas, de una u otra manera, sabiendo que algún día me sería de utilidad.

Y esta vez de nuevo iba a ser útil guardar en casa esas máquinas.

—Aquí tiene, un pasaporte nuevo para el capitán.

—Buen trabajo, le va a estar agradecido.

—No quiero saber nada de él.

No, no quería saber nada del torpe de Gil Sánchez Valiente. Y espero que con el pasaporte le llegara también mi mensaje, aunque él no se dio por aludido. Coincidí con él años después en una fiesta multitudinaria, yo creo que en una embajada. No es que me hayan invitado a muchas pero en mi etapa en Interior, Israel, Estados Unidos y algunos otros me invitaban a las fiestas nacionales que hacen en sus embajadas, en agradecimiento por favorcillos que iba haciendo. A mí me gustaban, hay gente elegante, las mujeres muy guapas y las bebidas y la comida suele ser de buena calidad. Y te encuentras con gente interesante.

—Pastrana, ¿me reconoce?

Cómo no iba a reconocerle.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Le tengo que agradecer que arreglara lo de mis papeles. Me gustaría que nos viéramos y charláramos.

—Mire, mi capitán, yo eso lo hice por hacer un favor a otra persona. Yo con usted no quiero nada, ni le hago ningún favor. Así que haga usted el favor de irse para otro lado y dejarme en paz porque no quiero que me vean hablando con usted.

Hay gente que es capaz de conseguir que te carguen hasta la muerte de Manolete. Y yo había conseguido salir de una pieza de ese embudo que se llama 23-F.

AGENTE DE INTERIOR

«Hay cosas que es mejor que nunca se sepan». La frase no es mía, sino de alguien mucho más inteligente que yo. Definitivamente mis años en el País Vasco, malcomiendo, mal bebiendo y malviviendo han hecho que ese talle de Guardia Civil salido de la Academia que corría detrás de un etarra por la ría del Bidasoa haya quedado atrás. Pero eso no quiere decir que haya dejado de ser un agente operativo. El autor de esa frase, que no es exactamente la que me dijo a mí pero que va por el camino, siempre ha tenido el sambenito de haber sido quien prohijó mi carrera. Al general Andrés Cassinello le tengo un enorme respeto, siempre me ha ordenado y aconsejado bien pero no es quien en 1983 me lleva al Ministerio del Interior.

Tengo que dejar de llevar los kaikus y las ikurriñas y comprarme unos cuantos trajes más. El Ministerio del Interior está en un precioso palacete en el arranque del paseo de la Castellana desde la Plaza de Colón. El epicentro de Madrid. Los políticos están mucho más cerca, estamos en el que llaman el barrio de las Embajadas de la capital de España. Vamos, un nido de espías. Pero en el que hay que ir vestido a la altura. En mi armario, desde que entré en Interior, siempre ha habido cerca de veinte trajes. Cuando ha habido que ponerse los peores vaqueros de un colmado, lo he hecho. Cuando corresponde llevar traje, impecable. Eso sí el pelo largo y el bigote no me los quita nadie en aquellos años.

No, el teniente general Andrés Cassinello no es quien da mi nombre al secretario de Estado de Seguridad, Rafael Vera, para que vaya al ministerio. Es el general Aramburu Topete —director general de la Guardia Civil— el que le dice a este político socialista que acaba de aterrizar en el duro departamento de Interior: «Si quiere alguien que le haga el trabajo y que sea discreto, llame al sargento Manuel Pastrana. Ese es su hombre». Al parecer

fue una llamada por la noche. Si las noches eran así, no quiero imaginarme los días.

A mí me lo dijeron en las dependencias del Servicio Especial. El coronel Pedro Catalán. Me pilló en un momento alto de autoestima. Los años de jugarme la vida y estar desaparecido de casa me hacen sentir que la familia está acusando el desgaste. Me acabo de sacar el curso de Policía Judicial que es un destino lejos de la pesadilla de ETA y los viajes interminables al norte.

—Pastrana, no coja esa plaza en la Policía Judicial. Le reclaman del Ministerio del Interior. Allí va a estar bien y va a ser más útil.

—Yo se lo agradezco mucho, mi coronel, pero me voy a la Policía Judicial. Mi familia casi ni me conoce ya y tengo tres hijos.

—A ver, Pastrana, se lo voy a explicar mejor.

Yo estoy de pie frente a la mesa del coronel. La explicación es larga, prolija, podría decirse que casi convincente. Un monólogo cargado de todo por la patria con gotitas de timo de la estampita.

—Bueno, creo que ya le he dicho todo lo que tenía que decirle, Pastrana, ¿está todo claro?

—Clarísimo, mi coronel.

—Entonces se va usted a Interior.

—No señor, no me voy.

—¿Pero no le he convencido?

—Pues no mi coronel.

Lo que pasa es que por más que le vacilara al coronel, hay órdenes que no se pueden desobedecer. A Interior voy para formar parte de unos equipos de inteligencia operativa. Van a ser equipos mixtos, Policía Nacional y Guardia Civil casi a partes iguales, aunque los guardias trabajaremos con guardias y los policías con policías. El jefe de la unidad es el coronel Ostos. Oficialmente el invento se va a llamar Gabinete de Información y Operaciones Especiales de la Dirección de la Seguridad. Los equipos operativos se envían a la Academia de El Escorial para recibir una formación conjunta. Hay un profesor de la Guardia Civil, otro que es comandante del CESID —que no tiene ni idea— y yo me ocupo de enseñar asuntos de seguimientos. Lo que pasa es que finalmente Interior da marcha atrás a la idea y la gente tuvo que regresar a las unidades. Yo me quedo en Interior. Los años que paso en Interior

son quizás los más complicados y en los que tengo que hacer uso de todas las argucias y artes del oficio de agente de campo. Hay que tener en cuenta que acaba de llegar al Gobierno el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) después de un golpe de Estado que casi se lleva por delante la democracia parlamentaria. ETA nos está zurrando duro y el País Vasco es territorio en guerra para nosotros. Una guerra con muchas caras como bien sé yo por la parte que me ha tocado ya hacer. En la Guardia Civil —al igual que en el Ejército, seguramente en la Policía y buena parte de la sociedad— había enorme recelo hacia los jóvenes socialistas que llegaban al poder. Solo hacía siete años que había muerto Franco, menos años aún de que el Partido Comunista estaba legalizado, la Constitución tenía apenas cuatro años en vigor... El país estaba en mantillas y necesitaba un timón fuerte.

Felipe González nombra ministro del Interior a José Barrionuevo, un concejal del Ayuntamiento de Madrid y todo el equipo rezuma aire de novato metido en un importante fregado. Con la perspectiva de los años tengo que decir que me sorprendió cómo actuaron. Lo primero que hicieron fue, en contra de lo que se esperaba, confiar en las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. En la Policía y la Guardia Civil, vamos, en los profesionales que llevábamos desde los principios de la década de 1970 en la lucha contra la lacra de ETA. De la sangría de compañeros muertos, mutilados, de los tiempos en que el cuerpo acribillado de un guardia civil —o de un policía o de un militar— no merecían apenas espacio en las noticias, se pasó, a mitad de la década de 1990 a tener a ETA a la defensiva y casi acorralada.

Yo viví a ETA en su vigor. Dueña de las calles, de las noches, de las mugas. Con un santuario en Francia. Y he vivido cómo caía una cúpula tras otra, cómo quedaban arrinconados, derrotados aunque se siguieran revolviendo y matando. Hubo mucho dolor en medio y mucho trabajo. Trabajo la mayor parte de las veces desagradable, arriesgado y que nos pudo costar la cárcel, la carrera y directamente nuestras vidas y la de nuestras familias. Para eso fui yo al Ministerio del Interior. Para ponerme a las órdenes y empezar a derrotar a ETA. Hay que hablar con sinceridad. Rafael Vera se encontró con un problema que venía de muy atrás. Tuvo varias siglas pero yo siempre lo conocí por tres letras: GAL, Grupos Antiterroristas de Liberación. Lo que quieran. Guerra sucia. Y fue Rafael Vera el que acabó con el GAL.

Cuando en 1996 yo dejaba Interior y llegaba el Partido Popular al poder un diputado, que luego fue delegado del Gobierno en Madrid, Pedro Núñez Morgades, intentó que fuera al Congreso a comparecer. Quería que explicara la guerra contra ETA que habíamos librado desde el Ministerio del Interior los agentes operativos. El GAL era portada incesante de *El Mundo*, de semanarios y de telediarios.

Yo no he solido rehuir el peligro y he dado la cara siempre que he podido. Con Núñez Morgades tuve claro que la iba a dar. Conseguí arreglármelas para verme con él. Le hablé bien claro:

—¿Quiere usted que hable de la guerra sucia contra ETA? No hay ningún problema porque da la casualidad de que tengo toda la documentación en casa. Lo que le va a gustar menos es que le voy a decir que casi todo es de cuando ustedes mandaban con el nombre de UCD. ¿De verdad quiere que vaya a declarar al Congreso?

Por supuesto que no fui al Congreso a dar explicación alguna. Desde el 23-F no he vuelto a pisar ese palacio.

Tenía mi despacho en un ala del ministerio. Es donde estábamos los de la unidad de Inteligencia, los operativos. La puerta siempre cerrada, una caja fuerte casi en cada mesa. El jefe de gabinete era el coronel Ostos y aparece en mi vida un nuevo compañero. Nosotros, faltos de cualquier tipo de respeto y aficionados a los motes, lo llamamos «el Calvo». Félix Hernando ha acabado como general de la Guardia Civil. Se libró de muchas y muchas otras las hizo conmigo. Ya hablaremos de él más tarde.

En el Ministerio del Interior es donde de verdad tomo conciencia de la globalidad de la lucha contra ETA. Las relaciones con la policía no son las mejores porque ellos se creen que lo saben todo cuando los que más hemos estado a pie de campo hemos sido los guardias civiles. La policía trabaja de una manera absolutamente diferente, son como clanes reunidos en torno a un comisario. En la Guardia Civil la jerarquía es clara, viene de arriba abajo y da igual con quién trabajes, los procedimientos y el sistema son el mismo.

En Madrid tengo el armario lleno de trajes, camisas de hilo y corbatas. Y cuando viajo al País Vasco me convierto en el zarrapastroso de costumbre. Voy siempre al frente de un equipo y la carretera de Burgos es casi nuestra segunda casa. Nos solemos agrupar para subir en un restaurante grande que

hay justo al bajar del puerto de Mirasierra. Allí desayunamos y nos ponemos en orden para subir. He dejado de ir a los pisos infectos de la Guardia Civil y empezamos a ir a hoteles en algunas operaciones, que paga el ministerio.

Las misiones empiezan a ser variadas, desde el seguimiento a viajar a Francia, donde me toca marcar objetivos. Poco a poco González consigue que se vaya acabando eso de que el país vecino sea un santuario pero tenemos que movernos con absoluta discreción. Pastrana es el hombre para todo. A veces también el agente para los imposibles. Nos ayuda que tenemos una caja con dinero que utilizamos con una contabilidad exquisita. Como dice un conocido mío navarro: «El dinero y los cojones están para estas ocasiones».

Julián Sancristóbal, que ha sido delegado en el País Vasco, tiene una corte de policías con la que trabaja bastante a gusto. Sin embargo, una tarde baja a mi despacho. Sigo la vieja táctica de hacerme el tonto.

—Buenas tardes, ¿sargento Pastrana?

—Sí señor, ¿quién es usted?

—Soy el director general de Seguridad.

—Disculpe usted, no le había conocido señor director general.

—Puede sentarse, sargento. Vengo a hacerle un encargo, me han dicho que es usted la persona adecuada.

—Pues usted dirá.

—Necesitamos un confidente nuevo, alguien que esté en la Mesa Nacional. Búsquelo y convéncalo.

Ni más ni menos. Buscar un topo en el nivel máximo de ETA. Primero encontrarlo, ir, que no me mate, convencerlo de que él es el malo y nosotros los buenos. Y que nos empiece a pasar información. Me abrumba el encargo, la verdad.

—Pero de entre los ochenta mil guardias civiles que somos, ¿tengo que ser yo el que lo haga? Piense que a mí en el norte me quieren matar, estoy muy quemado.

—Me han dicho que es usted el hombre y estoy seguro de que lo conseguirá.

A mí me gustaría tener un poco de esa seguridad porque me estremece la complicación y el peligro que tiene buscar un confidente en ese círculo. Allí no hay ninguno tonto. Pero una vez más hay órdenes que no pueden ser

desobedecidas. Yo ya había conseguido un topo importante, el abogado y militante de Herri Batasuna Iñaki Esnaola. Estuvimos siguiéndolo, achuchándolo y a la vez hablando con él de manera discreta. La verdad es que le hicimos la vida imposible. Una noche en San Sebastián habíamos acabado la faena y nos fuimos de cena. Nos pegamos un pequeño homenaje algo subido de tono. Cuando salimos de la taberna había fuegos artificiales en la ciudad. Miré a mi compañero y le dije:

—He tenido una idea.

—No me jodas, Pastrana.

Esnaola se acababa de comprar un coche nuevo. Lo habíamos visto, reluciente, me parece recordar que era de color rojo. Lo solía aparcar a la puerta de su casa.

—Vamos a quemarle el coche al hijoputa ese.

Y vaya si ardió. Unas hermosas llamas. Conseguí convencer a Esnaola de que hablaba o le iba a seguir haciendo la vida un tormento. Para cuando estuvo captado me hicieron pasarle el contacto a la policía, para que lo explotara.

Esta vez el encargo era mucho más complicado, había que utilizar métodos menos expeditivos. Lo que hice fue irme a Pamplona para explotar los contactos que tenía allí, siempre apoyándome en las redes de contrabandistas. Hice dos o tres viajes, reactivando viejas amistades acompañado solo de un guardia que me hacía de conductor llamado Severiano. La siembra dio fruto y me llegó el nombre de un miembro de la Mesa Nacional, requisito de Sancristóbal, por lo tanto, cumplido. Además no tenía demasiadas muertes encima, lo que me hacía más fácil la negociación. Siempre por mi cuenta hago una cita que tendría lugar en el paso fronterizo de Dantzarinea. Es uno de los pasos con Francia más discretos porque está, en realidad, lejos de las grandes rutas del transporte internacional. Es una aduana pequeña en medio de las montañas a la que se llega subiendo desde Pamplona por carreteras enrevesadas. Severiano es un buen conductor pero como tantos otros se me arruga cuando vienen los envites de verdad.

Esa mañana desayuné en el hotel unos huevos fritos con su tostada y algo de embutido. Zumo de naranja y café con leche. Es verdad que estoy algo grueso pero en mi descargo diré que, además de que me gusta comer y comer

bien, la mesa es una de las pocas recetas que encuentro a la ansiedad que me produce este trabajo.

Severiano tiene mano al volante y ahora sí que tenemos buenos coches en el ministerio, no las tartanas que me daba la Guardia Civil en la década de 1970. La carretera es espectacular con ese verde intenso del norte que mis ojos manchegos nunca se cansan de mirar. Con ojo de campesino que soy aprecio los prados y la calidad y color de la tierra, perfecta para las huertas. Por los lados de la carretera van pasando cercados con caballos de carne, vacas y esas ovejas lanudas, las lachas, propias de la zona. Intento entretenerme porque noto ese retortijón de tripas, esa sensación de que quiero un viaje eterno que nunca acabe en destino. Ganas de ponerme a la faena, ganas de que la faena desaparezca. Según trepamos por el puerto, después del enorme valle que conduce hacia el Pirineo, el corazón empieza a bombear fuerte. La cita es en una gasolinera que está casi pegada a la aduana. A los franceses les sigue saliendo a cuenta cruzar a España para repostar por la diferencia de impuestos. La gasolinera está a la derecha de la aduana y allí está el tipo.

La ficha, como de costumbre, no falla. Un hombre no muy alto, frizando el metro setenta, menos de cuarenta años, con hijos, que era la clave de esta operación. Al guardia Severiano casi le tiembla la voz.

—Pastrana, ¿es ese? Yo no quiero saber nada de esto.

—Calla y conduce, coño.

Nos reconocemos, bajo del coche, estrechamos la mano. Le invito a subir al coche y el tío, tiene huevos, se sube en el asiento de atrás.

—Vamos donde nos digas.

—Sigue la carretera, pasa a Francia. Y te digo.

La placa de Guardia Civil es tan útil a veces...

Circulamos por una carretera preciosa pero yo no estoy para paisajes. Vamos curveando en dirección al pueblo francés de Ainhoa. De repente, en una curva abierta a izquierdas nos dice que nos metamos por un camino de tierra que lleva a un caserío blanco de dos pisos con las ventanas pintadas de rojo.

—Severiano, para aquí.

—Sargento, yo no quiero estar presente en esto.

—Vete para la frontera, ya te recogeremos.

Lo más difícil es a veces empezar. Él estaba en una posición distante, escéptica y creo que en el fondo un poco asustado. Es un radical de ETA que ha matado a compañeros míos y yo soy un sargento de la Guardia Civil con todo el bigote. La conversación dura una hora y media. Mi discurso dice que nosotros somos mejores y que la democracia está de nuestro lado. Le doy un maletín con quinientas mil pesetas, que acepta. No puedo desvelar el nombre de este confidente que fue importante para la lucha contra ETA y aún no ha muerto. Al regreso a Madrid le di novedades a Julián Sancristóbal que me confesó que estaba sorprendido. No tenía ninguna fe en que consiguiéramos nada.

La falta de fe y de valor va a veces intrínsecamente pegada al cargo de jefes. Las operaciones se iban complicando y mi sensación es que mi despacho, mi vida, mi labor, son como las esclusas que se llenan para ponerse a nivel y comunicar dos extremos que están en lugares opuestos. El paso para llegar a ETA soy yo, que tengo que dejar que suba el agua hasta estar a nivel y poder deslizarme en su mundo. El contacto con mercenarios y otros que están trabajando para nosotros soy yo, que dejo que el agua sucia entre en mi vida y pueda deslizarme y pasar órdenes a ese campo.

En el ministerio las misiones se iban complicando. La planificación la llevaban mis superiores como el coronel Pedro Catalán. Yo soy agente operativo sobre el terreno, el ejecutor de tantas y tantas jugadas que le hacemos a ETA.

Jugadas en las que participan agentes secretos como Francisco Paesa con el que he tenido una buena amistad. Él estuvo en el principio del engaño a ETA, de Sokoia. Aquella operación fue como jugar con fuego. Se trataba de conseguir unos misiles tierra-aire para vendérselos a ETA. Nos teníamos que hacer pasar por traficantes de armas, papel que le iba como anillo al dedo a Paesa. Los misiles no solo estaban desarmados sino que tenían un detector que habían colocado los norteamericanos de la CIA para localizar la base logística de ETA.

A mí me tocó ponerme el mono, literalmente. Junto a un compañero fuimos en una furgoneta rotulada como de una empresa a recoger los misiles que traían los norteamericanos a la carretera de La Coruña, pasado el túnel de

Guadarrama. Recuerdo perfectamente que era una Ford Transit de la época. La misión era llevarlos sin novedad ni más ni menos que a la plaza de Guipúzcoa, en San Sebastián, donde había que entregarlos a unos agentes del Servicio de Información de Intxaurre. Paramos a comer en Miranda de Ebro y seguimos la misión sin novedad.

Yo me quedé después en el centro de control que se montó en Irún. Había gente de información y técnicos de la CIA. Y había también mucha angustia. No llegaba la señal de los misiles al centro de control. Yo tenía sobre ellos la ventaja de que conozco bien el territorio.

—No lo cogéis porque está en ese polígono, no hay señal directa.

No me equivoqué. Al ponernos en movimiento, se dio con la señal y se pudo acabar aquella operación.

Sabemos que las armas son un buen reclamo para engañar a los etarras. La jugada de armas con un localizador la repetimos, en este caso el equipo que formamos el Calvo y yo. El lugar de entrega de las armas es Tartas, en el País Vasco francés, un poco más al norte de sus zonas habituales de campeo. En esta ocasión quien tiene que entregar las armas soy yo. Simulamos pertenecer a una organización mafiosa. La cita se hace en la iglesia de Tartas, en el mismo centro del pueblo. Cuando vamos para allá, mi compañero dice que se queda a cierta distancia.

—Para vigilar. Siga usted, Pastrana.

Es posible que fuera para evitar el peligro de que las armas se le cayeran en el pie, digo yo.

Cuando llego a la iglesia ellos ya están preparados y con las posiciones tomadas. Hay que hacer el intercambio de rigor y la cosa se retrasa en las comprobaciones. La verdad es que me están poniendo nervioso.

—Bueno, vamos a darnos un poco de prisa, ¿no? Estamos en mitad de la iglesia y puede entrar cualquiera.

—Descuida, el cura está con nosotros, la iglesia está controlada.

El cura está con ellos... No, las misas y los de negro no son para mí, no les puedo perdonar todo aquello. Por fin todo está en orden. Ellos se marchan, yo regreso a donde está el Calvo y los que han venido a darnos apoyo. Podemos regresar a San Sebastián. Allí estábamos alojados en un buen hotel. Yo diría que era el Costa Vasca que está un poco retirado, en una zona

residencial muy tranquila. Ha llovido y huele a humedad, a plantas verdes, a césped.

—Qué nervios, Pastrana. Se pasa mal, ¿verdad?

—¿Nervios? ¿Por qué? Usted no tiene que estar nervioso, en todo caso yo, que he tenido cagalera del miedo que he pasado.

Mi compañero de todos aquellos años era un gran profesional pero a veces pecaba de falta de lo que requiere un equipo, compañerismo.

ETA tenía un santuario pero estaba desplegada fuera de Euskadi. En Madrid llegamos a tener varios comandos operativos actuando a la vez. Era un verdadero infierno para nosotros. Alguna vez las operaciones de inteligencia se hacían a menos de quinientos metros del mismo Ministerio del Interior. El ministerio está en un barrio muy elegante de Madrid. Aledaño al de Administraciones Públicas, en menos de quinientos metros a la redonda están la Audiencia Nacional, el Tribunal Supremo, la Dirección General de la Policía y hasta la sede nacional del Partido Popular. A eso se añaden embajadas, despachos prestigiosos de abogados, empresas, incluso la Mutua Madrileña. Es decir, una zona de máxima seguridad. Pues allí mismo es donde tenía la cita con un comando etarra para intentar colocarles otras armas. Esta vez no íbamos a dar las armas pero queríamos echar el ojo a esos etarras que no teníamos controlados. Pedí un coche en el ministerio y saqué unas pistolas. Para esta operación tuve que contar con mi compañero de despacho, inspector de policía. Pero Pastrana siempre ha volado mejor solo.

—Deja que lo prepare yo todo a mi gusto y luego quedamos.

Me llevo el material a un lugar seguro y preparo el maletero a conciencia. Pongo unos palés de madera debajo, encima una manta, simulando cajas de armamento y encima coloco las pistolas que me había procurado. No se trataba de que los etarras dieran el golpe y nos quitaran una remesa de armamento.

Madrid aquellos años era una locura. No es que hoy sea una ciudad cuerda, que por eso me he ido a vivir al pueblo, pero la efervescencia del inicio de la loca década de 1990 era febril. Faltaba poco para Semana Santa. La Expo y los Juegos Olímpicos estaban en el horizonte y la modernidad se había apoderado hasta de nuestra forma de pensar. En el Madrid de los «yupis» no hubo mejor ocurrencia que hacer una cita con un comando de ETA

para enseñarles armas en el parking público de la calle Almagro. Mi compañero me dijo que se situaba en la salida más cercana a la glorieta de Rubén Darío.

—Por si tratan de escapar por allí.

O sea, que me dejaba solo de nuevo.

A mí me gusta llegar antes a las citas, sobre todo a estas. Controlar el terreno por si hay imprevistos. Llegué más de un cuarto de hora antes y estacioné el coche, un Peugeot 505, en batería en la planta más baja, en una zona de pocos coches pero en la que podíamos ocultarnos con otros capós. Los etarras llegaron más o menos puntuales. Una punzada siempre que estoy a punto de entrar en acción. El conocido sudor en las manos. Parece que mi sino es enfrentarme en solitario a situaciones con comandos terroristas. A eso no se acostumbra uno nunca ni debe acostumbrarse. Llegan en un coche Renault 14 y son tres. No controlo la cara de ninguno, no están fichados. Presentaciones escuetas y apretón de manos. Es curioso, no nos fiamos ninguno de nadie; es posible que nos odiamos o que acabemos a tiros, pero el ritual de darse la mano no falta nunca. Aunque luego nos tengamos que matar.

Abro el capó y les enseño las pistolas. El que manda las observa con ojo de experto. Hostias. Ese tipo tiene acento francés. No tenemos a ningún francés fichado como miembro activo de ETA, mucho menos como jefe de un comando. La operación de engaño ha tenido un fruto nada más empezar. Negocio el precio, duro, para ver si se lo pongo imposible. Quedamos en hacer una nueva cita para cerrar el precio y después la entrega de las armas.

—Vale, por el sistema habitual, habláis con el intermediario.

—Hecho, agur.

Después de dar vueltas y deshacerme del Peugeot regreso al ministerio para analizar los datos. Despacho entonces con varios mandos y preside el comisario Domingo Martorell. Era un tipo endiosado y antipático.

—Eso es imposible, no hay franceses en ETA.

—Joder, ese tío era francés.

—Te habrás confundido, yo soy la persona que más sabe de ETA de este ministerio y te digo que no hay francés alguno en la organización.

Martorell metería al ministerio en muchos líos. No puedo decir que me extrañara. La soberbia siempre me ha parecido uno de los más capitales

pecados para alguien que se dedique a información.

La historia continuó y se cerró, pero bastante lejos de la calle Almagro. La Guardia Civil montó un control rutinario en Santiponce, en la entrada a Sevilla. Un Renault 14 intentó zafarse pero los agentes le cortaron el paso con los pinchos que se colocan de seguridad para evitar huidas. Un tipo de treinta y dos años intenta escapar y se lía a tiros con dos guardias. Uno de los agentes logra agarrarlo del cuello cuando ha vaciado el cargador. Es un tipo de acento francés. Se llama Henri Parot. Iba cargado de explosivos y pensaba reventar la Jefatura de Policía, el Parlamento andaluz y El Corte Inglés del centro de la ciudad. Sí, había un etarra con acento francés. Los policías nos iban a meter en problemas.

MATAR AL GAL

Al GAL hubo que matarlo porque más que una solución era un problema. Y el que mató al GAL fue don Rafael Vera, que luego se comió injustamente cárcel. Pero las cosas tienen su trámite y matar al GAL no fue tan sencillo.

Un político socialista cuenta una anécdota de sus tiempos de estudiante progresista y levantisco en los primeros años de la década de 1970, cuando yo era un número de la Guardia Civil en el País Vasco. Un día se concentraron todos los alumnos de Derecho de la Universidad Complutense y marcharon, furiosos y concienciados, al Rectorado a expresar airadamente sus reivindicaciones. El rector era un hombre viejo, pequeño, arrugado y sabio catedrático. Subió una expeditiva delegación a contar al rector sus demandas.

—¿Qué es lo que quieren ustedes?

—El fin de la Dictadura y la llegada de la democracia a España.

—Bueno hombre, eso está muy bien, pero lleva su trámite. Mientras tanto, ¿qué hacemos?

Pues eso, acabar con el GAL tenía su trámite. Y en tramitarlo estaba yo inmerso, una vez más.

El GAL empezó a morir con una explosión, la que se llevó la vida de Jean Pierre Cherid, al menos para mí, por más que el GAL siguiera activo hasta 1987. Jean Pierre fue algo muy parecido para mí a un amigo. Amigo de verdad era Pedro *el Marino* pero con Jean Pierre tenía respeto profesional y muchas confidencias personales de su complicada vida privada. Jean Pierre que era, ya lo he dicho, un tipo muy profesional formado por la OAS francesa, reventó con una bomba que manipulaba en Bayona en 1984. En esos momentos no trabajaba para mí sino para el comisario José Amedo. Llevaba encima mi tarjeta y mi teléfono apuntado en su agenda, entre otros muchos, pero el que llamó la atención fue el mío. Puta vida.

Era mi segunda etapa en contacto con el GAL. Pero en este regreso a la guerra clandestina seguía teniendo en mente el consejo del general al que más respeto de la Guardia Civil:

—Nada de muertes, Pastrana. Que luego se sabe y estos son unos bocazas.

Yo controlaba tres grupos del GAL, el de Jean Pierre, el del Árbol del Ahorcado y el del Cojo. Los del Árbol del ahorcado eran de Castellón. La base de todos ellos era gente mercenaria que había trabajado antes en otras guerras. En el grupo de Cherid, que era el más cercano a mí estaban, por ejemplo, *el Italiano* y *Bocanegra* el argentino. Mi trabajo con ellos era de mera información. Pero estos grupos también trabajaban en paralelo para Amedo y Domínguez, la gente de la policía. No es que fuera una estructura definida ni mucho menos puesta por escrito, pero era a lo que nos teníamos que atener.

Mi facilidad para moverme por el País Vasco y también por Francia hacía que me encargaran desde el ministerio mucho más trabajo del que correspondía reamente a mis funciones. La información que saqué con los mercenarios del GAL valió para coger muchos comandos y sobre todo para que ETA dejara de matar de noventa personas al año a mucho menos de la mitad. Y de ahí, con el trabajo de muchos otros, a ser derrotada.

Uno de los trabajos que me encargaban en Interior era ir a dar las órdenes a José Amedo. Con este hombre nunca me he llevado especialmente bien. Lo considero una persona no demasiado educada, un poco chula. Y entonces estaba verdaderamente crecido. O sea, un choque con las formas habituales en la Guardia Civil. Al principio nos veíamos en Bilbao pero pronto me cansé de que fuera informal en las citas y llegara en malas condiciones. Un día le dije que ya no nos veríamos más en Bilbao, que quedábamos en Lerma.

—A mitad de camino, que ya estoy cansado de subir a esperarte.

A Lerma, un pueblo precioso al norte de Burgos, subía yo solo en un coche del ministerio. En aquellos tiempos aún no había autovía y en los crudos inviernos a veces era una odisea llegar hasta tan al norte. Las citas eran en un bar de carretera en lo que hoy es una vía de servicio, junto a una gasolinera, a la entrada del pueblo. Las órdenes llegaban del ministerio y yo tenía que

conjugar los trabajos de Amedo con lo que yo necesitaba. Comíamos, charlábamos y cada cual a lo suyo. Él al norte, yo al ministerio.

Hoy es difícil explicar a quienes no vivieron esos años de plomo cómo funcionaba todo esto. Realmente no había un orden jerárquico, ni un mando claro. El Estado no era lo que es hoy, el PSOE se encontró casi todo en mantillas, sin hacer. Y pocos papeles se quedaron en las mesas del Ministerio del Interior cuando se fueron los cargos de UCD para dejar sitio a los del PSOE.

Aquellos mercenarios trabajaban obviamente por dinero pero había un componente de fidelidad a la hora de hacer cosas para ti. Y otro de rivalidad entre lo que ordenaba la cadena de mando de la policía, que pasaba por Amedo, y la que me llegaba a mí, guardia civil. Y yo puedo decir con orgullo que cuidé a mi gente hasta el final, hasta donde pude.

—Buenas. Échame un poco de alpiste para los pollos.

El cuartel de Intxaurreondo está en un alto. En la cuesta asfaltada ya disuade el cartel de «zona militar». San Sebastián a veces brilla y refulge cuando sale el sol y ya está todo lavado por la lluvia. Pero eso pasa en la parte brillante de la ciudad, cerca del mar, la Playa de La Concha, Igueldo. Esos no son sitios para un guardia civil en la década de 1980. Intxaurreondo es una barriada y allí se ha construido el nuevo cuartel que en sí mismo es como un barrio aparte. En aquella época había cuatro bloques con las viviendas para los guardias y sus familias, los que se atreven a traerlas. No es fácil la vida para un guardia civil en Intxaurreondo, mucho menos para las familias. Los guardias ponen a sus hijos nombres vascos para que no queden marcados cuando juegan con el resto de los niños como «españoles». Tantos Iker y Andonis y Kepas y Aitores de mentirijillas, hijos de guardias extremeños, andaluces, gallegos, manchegos...

Los chavales van al cole en un autobús escoltados por dos todoterrenos blindados verde oscuro de la Guardia Civil, un color mate, coches sombríos. El paisaje que se encuentran esas criaturas es alambre de espino, torres de vigilancia, guardias con metralletas, funerales y miedo.

—Alpiste para los pollos, hombre.

—Faltaba más, Pastrana.

Me apoyo en Intxaurreondo para cosas como conseguir munición o explosivos para los grupos del GAL. «Alpiste». Me los dan en la armería de la Unidad Especial de Intervención (UEI). Son los grupos de intervención de élite de la Guardia Civil, los que actúan de fuerza directa en la detención de un comando. La información se la da gente como yo, y luego pasaba a los grupos del entonces comandante Enrique Galindo.

Galindo no es un tipo que impresione a primera vista. Es pequeñín, tiene un poco voz de pito pero a la vez es uno de los tíos con más huevos que he conocido en mi vida. Uno de los pocos oficiales que conozco que hayan sido capaces de ir solos, de paisano, a comprobar una información sobre etarras *in situ*. O a hablar con etarras. Solo con su pistola. Mis contactos y la información que voy consiguiendo se pasa a Enrique Galindo que luego iría ascendiendo hasta llegar a general. En todo este tiempo yo trabajo solo porque es la forma de que nadie sepa nada y nadie pueda meter la pata. Gracias a eso seguramente he llegado a jubilarme en la Guardia Civil sin pasar por ninguna cárcel. La muerte de Cherid, que sentí mucho, supuso lo peor que le puede pasar a un agente operativo como era yo. Salir en primera página de los periódicos. Lo que sucede es que puede salir mi nombre pero difícilmente sabrán dónde vivo ni sabrán qué aspecto tengo. Desde siempre he sabido que la primera medida de protección es mi aspecto físico. No, no parezco un guardia civil condecorado. Y menos debo parecerlo cuando tengo que comparecer ante el juez.

Para estas ocasiones esmero mi disfraz. Vaqueros malos, pinta de zarrapastroso. Me dejo el pelo aún un poco más largo, que me llegue a los hombros. Me voy a la peluquería y pido que me hagan la permanente, para que quede rizado. Con razón ahora que sigue siendo espeso pero absolutamente blanco lo quiero llevar corto, como un guardia de verdad. Si tengo habilidad para seguir a un etarra, si estoy entrenado para diseñar la ocupación del Congreso de los Diputados, cuánto menos para entrar y salir de un juzgado sin ser visto.

En la puerta de la Audiencia hay al menos veinte periodistas, cámaras de fotos y televisión. Consigo escabullirme por otra puerta. Pero siempre los hay con suerte aunque a veces no se enteran. Cuando estoy a punto de dar

esquinazo a la banda de periodistas uno me toca el hombro. Un periodista joven, moreno, con gafas, jersey de pico marrón.

—Perdone, pero sale usted de los juzgados. ¿No sabrá por casualidad cuándo sale el sargento Pastrana, verdad? No sabemos si le queda mucho.

—¿Pastrana? ¿Uno de pelo corto? Na, no le queda ná. Esté pendiente de la puerta que yo creo que en diez minutos sale por ahí.

No es un plato de buen gusto ir a declarar a un juzgado cuando se están investigando delitos serios. En la descomposición del GAL, con la prensa arreciendo con sus portadas, tengo que declarar dos veces en Bilbao, otra en San Sebastián y una más ante el juez Baltasar Garzón. Por muertes con las que, «señoría, comprenderá usted que no tengo nada que ver». Me han disparado, me han amenazado de muerte, he entrado en casas, he perseguido etarras, me han encañonado... Mi vida no ha sido plácida ni falta de emociones. Pero puedo asegurar que nunca pasé tanto miedo como cuando declaré ante el juez Baltasar Garzón, a finales de la década de 1980. A aquello fui solo de la misma manera que he actuado solo sobre el terreno. Pero delante de mí el juez no está solo. Garzón tiene una vocecilla algo aguda y rasposa, vale. Pero en aquellos años intimidaba mucho, con el mechón cano en la frente. Con él, dispuestos a interrogarme y arrinconarme hasta la cárcel, el abogado de HB Txema Montero y otro abogado de dudosa calaña, Emilio Rodríguez Menéndez. Declaré durante casi dos horas y media dejando claro quién se suponía que era.

—Mire, señoría, yo en el ministerio hago los recortes de prensa.

—Eso no se lo cree nadie, sargento.

—Nooo, ¿que no ve que yo solo soy sargento? Yo estoy en un despacho mirando los periódicos, no se crean que soy más.

No, yo era un sargento de la Guardia Civil encuadrado en el Ministerio del Interior y mi camuflaje casi siempre ha funcionado bien. Aunque la muerte de Jean Pierre me coloca en el ojo del huracán. La viuda, la hija, sabían de mi buena relación con Jean Pierre. El hombre llevaba en la guerra sucia desde el incidente carlista de Montejurra. Esa habría sido la primera vez que nos íbamos a encontrar pero yo no me dejé liar para ese incidente, a pesar de que el propio Sixto de Borbón me vino a buscar cuando necesitaba un hombre de acción para llevar a cabo sus planes en Montejurra.

Siempre he tenido un instinto muy fino para el peligro. Y para las personas. Jean Pierre era un buen tipo, muy profesional, al que recurriamos tanto Amedo como yo. Y es el vivo ejemplo de que la victoria tiene cien padres y la derrota es una bastarda sin reconocer.

Pero el GAL es solo una parte de mi trabajo en el ministerio. Hay una parte de la lucha contra ETA, la principal, que no tiene que ver con el GAL. Y no hay tantos agentes operativos como para que yo quede al margen de estos trabajos. Viajes constantes al norte, pasos continuos al otro lado de la frontera, mi territorio favorito de trabajo. El norte es el lugar de la inteligencia, de la observación. Los etarras se sienten seguros a pesar de los movimientos del GAL, lo que es un arma de doble filo para ellos. Los camuflajes...

Aquel verano tenía planificadas las vacaciones con la familia. A mediados de la década de 1980 la palabra vacaciones solo tenía un sinónimo: playa en el Mediterráneo. Eso es lo que esperaban mi mujer, Manoli, y mis tres hijos: Alicante. Pero uno es guardia civil los trescientos sesenta y cinco días del año.

—Manoli, hay cambio de planes.

—¿Nos vas a dejar sin vacaciones?

—Noooo, pero no vamos a la playa. A esa playa, al menos. Vamos a otra más fría.

En el ministerio estaban preocupados por lo que estaba pasando en el norte de Francia. Ni más ni menos que los etarras habían decidido hostigar a los españoles que pasaran por allí. La manera era prender fuego a cada coche con matrícula española que quedara sin vigilancia aparcado en cualquier lado. Hace no mucho, mi hijo mediano me preguntó por aquellas vacaciones.

—Fueron muy raras, papá.

—Si quieres que te lo cuente vamos a coger una botella de whisky y hablamos.

Hablamos de cómo puse en peligro a los míos metido como estaba en la furia, en la fiebre de una guerra en la que había tan poco cuartel que no me importó exponer a mi propia familia, a mis tres chavales. Cargué el coche en Madrid y fuimos al norte por la ruta de Pamplona. Allí paramos a comprar una tienda de campaña y sacos de dormir. La verdad es que los chicos lo vieron como un juego. A mi mujer no le hizo tanta gracia pero yo creo que se le ha

contagiado el espíritu de sacrificio del Cuerpo. Así, en mi Peugeot cargado hasta los topes, con tienda, sacos y maletas nos fuimos a San Juan de Luz.

Es un pueblo marinero vasco de los más bonitos. Piedra y mar, fachadas blancas y rojas y barcos pesqueros. El azul atlántico otra vez, en la orilla de enfrente de España. El rato bucólico lo pasaba con la familia pero con una cámara de fotos colgada del cuello. Loco como estaba por cumplir a toda costa empecé el seguimiento a los grupos etarras con mi familia de camuflaje. El líder de la operación era un etarra cuyo nombre aún no puedo revelar. Fotografié a todo el comando e incluso los pillé *in fraganti*. El camuflaje fue tan bueno que los etarras localizaron nuestro coche familiar como uno más al que pegar fuego. Estábamos alojados en un camping. Un lugar como son los campings franceses, verde, cuidado, limpio, con horarios estrictos.

—¿Y qué pasó aquella noche, papá?

Una noche noté alboroto. Estaba toda la familia en la tienda, durmiendo. Yo no es que sea el mejor del mundo en cuestión de acampada. Algo de montaña he hecho por el servicio pero todos mis años de servicios especiales y en información han sido urbanos, con seguimiento por ciudades y carreteras. Vamos que, o me ayuda un vecino del camping, o los niños, mi mujer y yo habríamos dormido al raso porque era incapaz de montar la tienda. Se ve que al hombre, que era un médico de raza negra, le caímos bien. Afortunadamente porque rápidamente me di cuenta de que las voces no eran inocentes. El comando quería sacarnos de la tienda y montarnos un buen número. Y quemarme el coche. Estaba discutiendo con el médico francés que se había hecho nuestro amigo.

—Son una familia buena, con tres niños pequeños. Dejadlos en paz.

—A mí eso me da igual —decía una voz con claro acento español.

Intenté no hacer mucho ruido y saqué la pistola. En esos momentos peleaban dos sensaciones, la del remordimiento desesperado por meter a mis hijos y mi mujer en semejante situación y la del agente operativo dispuesto a batallar en una celada, en medio de la guerra que llevaba años manteniendo con ETA. Tomé una decisión: si abren la cremallera me los llevo por delante. Tenía bastantes balas para ellos y para quien se pudiera por en medio. El médico debió ser muy convincente porque se dieron la vuelta y nos dejaron en paz. A la mañana siguiente cargué el coche y nos fuimos. He tenido la suerte

de que mi familia jamás me ha planteado dudas ni quejas pese a mis desapariciones continuas en las que no sabían si estaba vivo o muerto.

Las obligaciones que mis jefes me imponían en Interior eran cada vez más complicadas y me ponían a prueba. Claro que, complicado entonces era todo.

Yo estuve al margen de las conversaciones de Argel. Las empezó mi viejo conocido, Txomin, que había sido trasladado a Gabón. Desde allí se instaló en el santuario que los etarras tenían en Argelia hasta con campos de entrenamiento. Txomin murió en un accidente de tráfico en plenas conversaciones y fue Antxon el que tomó el mando y ETA perdió mucho con eso. No sé si se estuvo cerca de llegar a la paz pese a que a Argelia viajaron el ministro, Rafael Vera y Juan Manuel Eguigaray. Aquello acabó muy mal. Durante los meses de conversaciones nosotros habíamos cogido al Comando Madrid, ellos mataron sin piedad en la casa cuartel de Zaragoza y en Hipercor. No eran atentados contra guardias, policías o militares, sino contra niños y familias, contra civiles inocentes que solo estaban haciendo la compra.

Cuando las cosas se ponían mal era muy probable que me tocaran cartas en el reparto. La misión era clara, el cómo hacerlo, más complicado. Tras el fracaso de las conversaciones había que sacar a los etarras de Argelia y colocarlos en diferentes países de Latinoamérica. Yo me iba a encargar de hacer los lotes de etarras, controlar los vuelos *in situ* y de depositar a los peculiares pasajeros en suelo americano.

Los vuelos se hacían en aviones Hércules del Ejército del Aire que tenían su base en Zaragoza. Eran vuelos complicados porque la autonomía de un Hércules no da para saltar el Atlántico de una vez, hay que hacer escalas intermedias y son muy incómodos.

—Pastrana, pórtese bien con los pilotos, que esos luego largan.

No puedo decir que no tenga suerte en la vida. El ambiente en la base era tenso porque se trataba no solo de una misión casi clandestina sino que era realmente delicada. Llegué de paisano. Un sargento en una base militar es poca cosa y yo tenía que tratar de tú a tú con coroneles. Mejor la corbata en esas ocasiones.

—No me puedo creer que te hayan mandado a ti a esto. ¿Pero qué haces aquí?

—¡Mi teniente!

Mi mili había sido bastante pintoresca. En el Ejército del Aire con campamento en Albacete y Sevilla donde me gané unos duros con un compañero de quinta vendiendo cerdos por medio de un oficial. Quien estaba allí con las dos «galletas» (estrellas de ocho puntas) de teniente coronel era mi teniente durante el campamento.

—Esto va a salir bien.

En Argel había que organizar los lotes en los que sacábamos a los etarras, por países y por grupos. No eran fáciles de llevar, iban sueltos, además, y la situación era entre surrealista y explosiva. Policía, guardias civiles, militares, junto a etarras con delitos de sangre por haber matado a compañeros nuestros.

Los fuimos sacando a Santo Domingo, Venezuela, Colombia y otros destinos de ese pelaje. Argel se había convertido en un lugar muy inhóspito para esta banda. En los vuelos hay que tener paciencia, mucha paciencia. Los desafíos empiezan con las miradas que hay que mantener templadas. Mi consigna era aliviar el asunto lo más rápido posible aunque a veces la logística se pusiera en contra. Como el día en que el avión se quedó colgado de cáterin para gran cabreo del selecto pasaje. Hubo que improvisar, solo había unos paquetes de jamón que llevaba la tripulación.

—Joder, pero habrá que panear.

Y paneamos, claro que paneamos. Lo único que lo hicimos con magdalenas.

Belén González Peñalva, sanguinaria como ella sola, fue una de las pasajeras que más recuerdo. Su odio al mirarme, su desprecio. Una asesina que se había llevado la vida de compañeros míos. Si ella me miraba con odio más odio llevaba yo dentro. Volar en un Hércules C-130 no es nada cómodo. El avión está casi desnudo por dentro y los asientos consisten en dos barras metálicas con un cruzado de lona roja entre ellas, como si fueran una hamaca. El ruido de los cuatro motores es ensordecedor pero peor son las vibraciones que van trepidando las barras de hamaca en las que te sientas y apoyas la espalda, te suben hasta el cuello y la cabeza. Un suplicio. Casi peor resuelto está el asunto de los baños. Que no existen directamente. Esos aviones no

estaban pensados para este tipo de trayectos sino para llevar tropas, carga o paracaidistas a una o dos horas de vuelo.

—Oye, quiero mear.

—Ahí tienes el agujero.

En la pared delantera que separa al pasaje de los pilotos hay un dispositivo en el que se apunta y se dispara la micción. Lógicamente solo pensado para hombres.

—Oye, yo también quiero mear.

Belén González Peñalva, morena, poco agraciada, su cara de odio casi me escupe las palabras.

—Pues tú como los demás.

—Hijoputa, txakurra.

Belén se meó en el suelo de la cabina. Aquello era un desastre.

—Pues lo limpias.

En otro vuelo nos encontramos la cabina con pintadas de «Gora ETA». Nadie sabía qué hacer y los militares estaban más bien consternados por lo que había pasado. A ver cómo respondían por el material así maltratado.

—Hasta que no lo limpiéis no bajáis del avión.

—Oye, tenemos derecho a bajar, pikoletto. Vete a tomar por culo.

—Me tocáis los huevos si queréis. Yo llevo pipa y vosotros no. Hasta que no se limpie no baja ni dios, me cago en la puta.

Por supuesto que no dejamos a los etarras libres de vigilancia en su destierro dorado. Las casas donde vivían estaban infestadas de cámaras que había colocado la CIA. Cada día me llegaban al ministerio las cintas del día anterior. Belén y Antxon, una extraña pareja, eran el objetivo principal de mi vigilancia.

Estaba claro que la guerra contra ETA la estábamos ganando aun a costa de mucha sangre inocente. Pero nuestro flanco más débil estaba en Madrid, no en el País Vasco. La muerte de Cherid, los errores de Amedo y Michel Domínguez, la soberbia de Planchuelo, estaban a punto de provocar el desastre. Empezamos a ser portada cada día en los periódicos. Y puede que a alguno le guste salir en la prensa pero si mi cara se hacía pública corría riesgo mi vida y la de los míos. Y por eso no paso.

Hice llegar un mensaje a ETA por medio de mis confidentes. «Si vais a hacer algo, hacédmelo a mí. Si tocáis a mi familia, prendo fuego al País Vasco». Y ellos saben que lo podía hacer. En casa guardaba treinta o cuarenta kilos de goma-2 y siempre tuve claro cómo volar el País Vasco. Hay que saber poner cara de loco. Y saber agarrar por los huevos a un tío.

Había periodistas persistentes, tenaces, de los que me tuve que encargar personalmente. José Díaz Herrera era uno de ellos. No sé de qué manera aquel canario logró localizarme. Me hizo llegar el recado de que quería hacerme unas preguntas. Lo cité en un bar de la calle Alberto Alcocer, de Madrid, en el número 43. Según se sentó saqué la navaja, la clavé en la mesa y le agarré los huevos por debajo de ella.

—Te voy a arrancar los huevos con esa navaja, hijoputa.

—¡Está loco!

—Sí. Y además ya sé cinco sitios entre tu casa de Pozuelo y Nuevos Ministerios, de tu camino de todos los días donde matarte. ¿Está claro?

Todo se estaba desmoronando y en el ministerio veía cómo los jefes se encogían de hombros. Mi preocupación eran los hombres del GAL que se quedaban tirados. No lo podía consentir por varias razones. La primera por lealtad; la segunda porque, puestos a hablar, el problema sería mucho mayor y ya había un gran problema.

Mi misión fue desmantelar la estructura. Sobre todo deshacerme de las armas. Fui piso a piso por todo el País Vasco recogiendo todo. Solo, por supuesto. Ahora cuando hablan de los lobos solitarios del Daesh me da un poco la risa. Joder, para solitario yo.

Solitario y discreto. Mi coartada, soy un camionero despistado. Bajo con las armas, decenas de armas, munición, el alpiste completo, paso a la provincia de Burgos. No uso carreteras generales, mis compañeros pueden ser un problema ahora mismo. Pienso, pienso, pienso. Y decido dónde deshacerme de este engorroso paquete de acero y plomo. Encuentro un meandro del río Arlanza que corre especialmente alegre. Todo dentro de la bolsa, bolsa al agua. Veo cómo se sumerge, echando burbujas pardas propias del agua que viene de crecida de la sierra. Pero queda otro cabo suelto y está en Madrid.

Los mercenarios tenían un piso franco en el este de Madrid, en la carretera de Canillas. Yo no sé si fue por coña o por qué pero muy cerca del

mayor complejo de la Policía Nacional, donde están las unidades de inteligencia antiterrorista.

Recuerdo todo muy frenético. Un aviso, la policía va a ir a reventar el piso. Hostia puta, está hasta arriba de armas y material. Cojo un coche del ministerio, camuflado, vuelo sin sacar los destellos azules hacia la casa de Canillas. Me recuerda a la adrenalina de los días que entraba en las casas de los etarras con un equipo de seguridad inmediata dispuesto a dar el queo. Pero aquí de seguridad inmediata hostias. Aquí es todo inseguridad. Entro a la casa y voy sacando de los escondites todas las armas. Un buen arsenal tenían estos cabrones. Ojo, que la comitiva policial ya está al lado. Oigo las llamadas en la puerta, oigo la puerta, gente que pasa por la puerta. En el otro extremo de la casa, en una habitación hay una ventana que da a una calle trasera. No hay burbujas pero por allí sale volando otra bolsa cargada de acero y plomo. Y yo detrás. Ha faltado poco. Las armas ya estaban fuera del radar, ahora el problema eran los hombres. El Italiano, Bocanegra y toda esa banda.

Hay un pueblo de Madrid, en la sierra, que se hizo famoso porque era el primero de España en tener corridas de toros tras el descanso invernal. Qué coño, eran en pleno invierno, «las primarias de Valdemorillo», se llamaban, por compararlas de coña con las primarias de New Hampshire, las primeras de las elecciones americanas. Un pueblo a unos cincuenta kilómetros de Madrid, pelado, de cantos y retama, serrano y tranquilo. De mi vieja amistad con don Vicente Gil el médico personal, y masón, de Franco me quedaron contactos en Valdemorillo que es donde el hombre tenía el chalet. El más importante de todos, el alcalde.

—Me tienes que echar una mano con un asunto delicado.

—No me acojones, Pastrana, ¿qué necesitas?

Necesitaba un lugar donde esconder a los de la partida de Jean Pierre Cherid.

Sacarlos de en medio, no dejarlos tirados.

—Tengo unos chalets que te pueden valer.

Allí los metí, en unos chalets de una urbanización de las de fin de semana de la sierra de Madrid. Ellos se sentían seguros y yo les llevaba la compra cada pocos días, por verlos y tenerlos controlados. La gaseosa del escándalo del GAL aflojaba poco a poco. El grupo se fue disolviendo por sí mismo.

Aquellos tipos duros, de acción, con las manos manchadas por todo tipo de cosas que otros no querían hacer no podían estar quietos demasiado tiempo. Y Valdemorillo era un pueblo demasiado pequeño para ellos. Y para mantener el secreto.

—Manolo, ven, que se ha montado un lío.

El alcalde era un tipo muy listo, de hecho, consiguió ser alcalde casi por perpetuo de Valdemorillo. Pero esta vez de verdad estaba asustado. Habían buzoneado un pasquín diciendo que era cómplice del GAL.

—Esto acaba conmigo, Manolo, ¿qué hacemos?

Joder. La pesadilla esta parecía que nunca iba a acabar. Lo que pasa es que no era ningún grupo político ni policial quien estaba detrás del buzoneo. Eran los enemigos del pueblo, cabreados porque el alcalde no les había dado una licencia.

—Son los Bravo, que se han cabreado.

—Me cago en sus muertos, qué susto.

Los últimos del GAL se fueron separando del grupo de la misma manera que se va desgranando una granada. Uno a uno, a veces de dos en dos se iban del núcleo y buscaban un lugar donde no diera mucho el aire. Un lugar a la sombra pero no a la sombra de un penal. El GAL ya estaba muerto. Demasiado había durado.

Descanse en paz. Descansa en paz, Jean Pierre, amigo.

EPÍLOGO

HOY, QUE LA MEMORIA SIGUE SIENDO MÍA

Hoy mi orgullo es mi huerto. Y mis hijos, claro. Pero mi huerto es el hecho real que me ha devuelto a quien soy, a quien fui, a mis orígenes después de una vida que parece quizás una fantasía. Me perdonarán por ello, por haber vivido lo que pocos han vivido, por estar en el ojo del huracán en pleno vendaval, por ser viejo y acordarme de cuando no lo era.

Tengo calabazas, tomates, patatas, coles, verduras hechas con semillas de calidad, tantas que la familia no es capaz de comérselas todas. Y mi horno. La tierra me llama después de una vida en coches prestados, armado y con la adrenalina subida hasta la coronilla.

Los cielos de La Mancha, claros, que me ciegan los ojos, azul oscuro cuando llega la tronada. Días que pasan, estaciones, lluvia, calor. Ese es mi retiro, el de alguien que se ha jugado más que la vida durante cuarenta años largos. Y no pido más. Comidas de amigos, mucha nostalgia, mucho reírnos de nuestros propios cuernos. Porque el final no fue el más dulce posible.

Todo iba tomando un cariz crepuscular en el ministerio. Según iban pasando ministros, que cada vez duraban menos, teníamos la conciencia de que se acababa una época. Pronto habría que levantar el campo y cuidar que todo cuadrara oficialmente porque los que venían detrás tenían ánimo inquisidor. Y las facturas de lo que hicimos se iban a pasar a mes vencido, como las visas.

Si algo simboliza el final de la etapa fue lo que pasó con Luis Roldán, al que conocí. Como soy viejo diré lo que creo, no lo que se tiene que decir.

Siempre pensé que Luis Roldán no fue un mal director general de la Guardia Civil. Otra cosa es que chorizara o que tuviera sus vicios, con los que soy más indulgente que la mayoría porque todos somos humanos.

La huida de Roldán, que algunos vimos venir, puso en jaque a todo el ministerio. Es como si una corriente eléctrica hubiera erizado el vello de la nuca a todos los que allí estábamos. Yo entonces tenía bastante amistad con Francisco Paesa, con el que había participado en alguna jugada como Sokoá. Si alguien sabía dónde estaba Roldán ese era Paesa porque era su colega y compinche en todo lo que se hacía. No es que yo tuviera ánimo de saber nada pero la casualidad me puso encima del queso. Es decir, en el despacho de Paesa en el momento en que tuvo necesidad de llamar a Luis Roldán.

00...33...1... Aquellos teléfonos blancos con teclado negro que ponía Telefónica. No tuve más que seguir los dedos de Paco Paesa para saber que Luis Roldán estaba escondido en París. Algo que ninguno de mis mandos sabía entonces. Roldán acabó entregándose en aquel número de Bangkok que nadie se creyó. El castillo se estaba desmoronando y las portadas de los periódicos eran los mazazos que iban derribando almenas, torres, paredes, columnas.

Aguanté hasta el final en el ministerio y luego busqué un sitio donde no estuviera expuesto. Por mucho que viajara a Sudamérica, organizara vuelos con etarras, mandara grupos, hiciera todo tipo de labores, al final yo soy un sargento de la Guardia Civil con especialidad en Policía Judicial. Y un curso de laboratorio fotográfico. Y en el cuarto oscuro de revelar me escondí unos años, hasta que se olvidaron de mí. Cuando pensé que Pastrana ya era un nombre que solo encontrarían los ratones de hemeroteca pedí irme a la Unidad Central Operativa, el cuerpo de élite de la Policía Judicial que estaba montando la Guardia Civil. Chicos jóvenes, medios algo mejores de lo que suele tener la Guardia Civil pero, cuarenta años después, volví a chocar con los oficiales de la Academia y su sentido del reglamento. Las decepciones, de viejo, son menos agudas pero más amargas. Así dejé la Guardia Civil, amargo y como subteniente, un poco antes de lo que hubiera querido.

Soy Manuel Pastrana Griñán, subteniente retirado de la Guardia Civil. Me dedico a mi huerto y a mi familia y he decidido contar las cosas, hoy, que aún puedo elegir qué parte de mi memoria está con niebla.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Manuel Pastrana Griñán, 2018

© Joaquín Vidal Fernández de Castro, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): mayo de 2018

ISBN: 978-84-9164-361-6 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.